
HARLEQUIN
Deseo
El rastro de unos labios
Dawn Atkins




# El rastro de unos labios

Dawn Atkins



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid


El rastro de unos labios, n.º 1204 - marzo 2016
Título original: Lipstick on His Collar
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.
Publicada en español en 2003



I.S.B.N.: 978-84-687-8056-6

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

# Prólogo

Cuando aquella dama de rojo entró en el Backstreet, el bar se quedó en silencio y todas las miradas se volvieron hacia ella.

No era habitual ver a mujeres, y menos aún solas, en el local.

Llevaba un impresionante vestido color sangre, que se ajustaba provocativamente a sus curvas sensuales, acompañado de unos zapatos de tacón y un caro collar de diamantes que relucían insultantemente. Se quedó en la puerta, de pie, respirando intensamente, con aquella mata abundante y espesa de pelo negro enmarcándole el rostro.

Nick no entendía qué podía hacer alguien así en un lugar como aquel. Para él era el sitio de encuentro con sus amigos, pero a ojos de una mujer como aquella resultaría una pocilga.

Debió de darse cuenta de ello y se dio la vuelta dispuesta a marcharse. Pero, en ese mismo instante, su mirada se encontró con la de Nick. Sonrió y se encaminó hacia él son sensualidad y decisión.

Aquella era el tipo de mujer que daba problemas y caros, muy caros. Pero el vestido de seda muy fina se deslizaba provocativamente sobre sus senos y Nick pensó que, al fin y al cabo, no tenía nada mejor que hacer aquella noche.

La mujer de rojo se sentó en el taburete, justo al lado de él. Nick alzó su jarra de cerveza en señal de saludo y le sonrió.

Ella aceptó el gesto y se dirigió al camarero.

Ben miró a Nick y le guiñó un ojo antes de hablar con la nueva clienta.

–¿Qué quiere tomar?

–Un Martini –respondió inmediatamente ella–. Con un toque de ginebra.

–Marchando –dijo Ben, preparando el cóctel de inmediato.

Ella tomó la copa y se la bebió de un trago, como si fuera medicina. Carraspeó y golpeó la barra con la mano, haciendo vibrar todos los vasos. Tenía unas uñas perfectas, de manicura.

–¿Está usted bien? –le preguntó él, dándole un pañuelo para que se limpiara las gotas de ginebra que habían empapado su ojo.

–Gracias –dijo ella.

–Me llamo Nick –se presentó él.

–Yo, Miranda –levantó la copa, haciéndole a Ben una señal para que se la volviera a llenar. En cuanto la tuvo a rebosar, la alzó y

brindó–. Por ti, Nick –volvió a bebérsela de golpe.

–Te estás tomando esos cócteles demasiado deprisa, ¿no crees? –la miró con curiosidad–. ¿Tienes algún motivo?

Ella se volvió hacia él.

–Dime, Nick, ¿piensas que soy una mujer sin sexualidad alguna?

Nick se atragantó con la cerveza.

–Quiero decir, ¿parezco una mujer a la que no le gusta el sexo?

Nick sintió que estaba en un campo de minas.

–No soy quien para juzgar algo así…

–Me gusta el sexo como a la que más –le aseguró, aunque sin parecer realmente convencida. Lo miró tan fijamente que Nick se tensó–. Por ejemplo, podría acostarme contigo sin problemas.

–Me halaga oírlo –dijo él, sin saber bien qué debía responder.

–Solo es un decir –se retractó ella.

–Por supuesto –dijo él.

Miranda se volvió de nuevo hacia la barra y golpeó con la copa.

–Llénamela otra vez.

Tenía unos modales muy bruscos para ser una mujer tan refinada, lo que intrigó aún más a Nick.

–Quizás deberías esperar a que la ginebra te hiciera efecto. Puede ser muy traicionera.

–Eso espero –le aseguró ella.

Nick miró a Ben y le hizo una señal para que le diluyera la bebida. De no hacerlo, la dama de rojo perdería los papeles muy pronto.

–¿Y qué te ha traído hasta Backstreet?

–Me pillaba de paso –respondió Miranda.

–Vas demasiado elegante para un bar como este.

–Estaba en otro sitio más formal. Me dieron una mala noticia, así que me vine aquí siguiendo un impulso.

–Un impulso… ya.

–Tiendo a hacer cosas sin pensar y a arrepentirme luego –dijo con cierta tristeza.

–¿También te arrepentirás de haber venido aquí?

Ella lo miró en silencio durante unos segundos.

–No –dijo finalmente–. Esta vez no.

–Me alegro –respondió él.

Ella le lanzó una sonrisa tan brillante que lo deslumbró y lo dejó necesitado de más. De pronto, quería todas sus sonrisas, la quería a toda ella para él solo. Sintió una punzante necesidad de ayudarla.

Ben puso la tercera copa sobre el mostrador, distrayéndola durante unos segundos. Miranda volvió a bebérsela de golpe. Luego miró a Nick.

–¿Siempre aguan las bebidas aquí? –preguntó.

Nick no respondió a su pregunta.

–¿Qué tal si dejas que esta tercera copa se asiente bien en tu estómago?

Ella pareció considerar la opción.

–Ya veremos –dijo.

–¿Quieres hablar de esa «mala noticia»?

La sonrisa del rostro de Miranda se desvaneció.

–Lo resumiré en que ya no estoy comprometida –se atusó el pelo, lanzando al aire una ráfaga de delicioso perfume.

–Ya. Y no era lo que tú querías.

–Sí, sí era lo que yo quería –respondió.

–Pero no por elección propia.

–¿Es tan obvio?

–No. Solo que he estado en la misma situación. Hace unos meses que me divorcié.

–Lo siento.

–No lo sientas. Queríamos cosas muy diferentes.

Él habría deseado una vida tranquila y hogareña en su compañía, mientras ella quería convertirse en la ayudante del alcalde, cosa que Nick descubrió al encontrarlos juntos en la cama.

–Lo mismo me ha ocurrido a mí.

–Él se lo pierde –dijo él.

–Te agradezco el cumplido, pero creo que él ni se ha dado cuenta de que me he ido de la fiesta –lo miró fijamente–. ¿Puedo pedirte un favor?

¡Qué peligro!

–Por supuesto.

–Me gustaría que te quedaras conmigo mientras me emborracho y que te aseguraras que no hago nada completamente estúpido.

–Será un honor.

Le tendió la mano para estrechar la suya. Se sobrecogió al notarla cálida y frágil. A ella también le afectó su tacto.

–Sentémonos allí –dijo él tratando de controlar el apetito carnal que tan leve roce había despertado en él–. Hablaremos un rato.

Ella asintió y se puso de pie.

Nick la condujo hasta una mesa y la invitó a sentarse. Se sentó con aquella sensualidad natural que enloquecería a cualquiera.

Apoyó los codos sobre la mesa apretando sus senos que se mostraron sutilmente por el escote.

–Cuéntame cosas sobre ti –le pidió ella.

–Bueno… soy policía.

–¿Policía? Qué interesante –dijo Miranda.

–Supongo que lo es –Nick tuvo tentaciones de decirle que tenía una diplomatura en arte, pero pensó que no tenía sentido. Después

de todo, no iba a volver a verla en su vida.

–Tienes un cierto aire peligroso. Pero tu mirada es amable y te traiciona. Y cuéntame, ¿cómo es la vida de un policía?

Nick le contó las emociones y decepciones de su vida policiaca, más de lo que nunca le había contado a nadie. Quizás porque parecía realmente interesada. A Debbie nunca le había gustado escuchar sus historias.

Mientras hablaba, se cuidaba de evitar que Miranda siguiera bebiendo. Estaba mareada, pero no borracha, y así era como quería que permaneciera.

–¿Y tú? ¿Qué me puedes contar sobre ti? ¿A qué te dedicas?

–Yo… No hay mucho que decir –lo miró fijamente–. La verdad es que preferiría no hablar hoy de mí, si no te importa.

Nick dedujo que estaba pensando en el impresentable con el que había roto aquella noche.

–Escucha –le dijo él–. Un hombre que te rechace del modo que sea es un idiota.

–¿De verdad lo piensas?

–Con toda certeza.

–Gracias por decir eso –ella bajó los ojos.

Su prometido había acabado por machacar su estima.

–Mírame un momento, por favor –le rogó él y ella lo obedeció–. Eres una mujer increíblemente sensual y atractiva, y tengo que decirte que me cuesta controlar las manos estando cerca de ti.

–¡Oh! –exclamó ella–. ¡Cómo me alegra!

Sin más, se inclinó sobre él y lo besó, despertando aún más su deseo por ella. Sus labios le resultaron suaves, dulces y apetecibles.

Pero el sentido común lo obligó a poner fin a aquello.

–Creo que no es recomendable que sigamos con esto –dijo él con la voz ronca.

–Vaya… –parpadeó y lo miró. Se había ruborizado. Miró el reloj de diamantes que llevaba en la muñeca–. Tienes razón. Además es muy tarde. Debería marcharme. Gracias por este rato de conversación. Me ha ayudado bastante.

Abrió el bolso y sacó de la cartera un billete de cincuenta que dejó sobre la mesa. Excesivo, como ella.

Pero, al verla partir, notó el dolor de su gesto. La había herido. Pensaba que no la deseaba. No podía permitirlo. Tampoco podía soportar que saliera de su vida así. Ni siquiera le había dicho su apellido.

Salió detrás de ella.

Se la encontró dando tumbos de un lado a otro, mientras caminaba calle abajo. Iba llorando. Él sabía lo que tenía que hacer.

–¡Miranda!

Ella se volvió. Bajo la luz de la farola tenía el aspecto de una diosa de bronce.

Él acortó la distancia entre ellos, la tomó en sus brazos y la besó con pasión.

Ella gimió aliviada y dejó que el deseo tomara las riendas. Sus labios chocaron con frenetismo, luego sus lenguas se buscaron y conectaron con urgencia. Él la abrazaba con tanta fuerza que apenas si le permitía respirar.

Después de unos minutos, Miranda le susurró al oído:

–Por favor, llévame contigo.

–¿Estás segura?

–Sí. Quiero que hagamos el amor –lo miró fijamente, una mirada firme, solo enturbiada por el deseo, pero clara y decidida.

¿Quién era él para decirle que no a una dama?

Se encaminaron hacia la plaza Crowne y tomaron una habitación de hotel.

Mientras subían en el ascensor, él la abrazó. Se acoplaba tan perfectamente a él que, por un momento, olvidó que no le pertenecía. Se sentía responsable de ella, como si se tratara de alguien que necesitaba su protección.

Sin embargo, en el momento en que ella le lanzó una mirada llena de deseo, supo que no era protección lo que ella buscaba. Su tácita petición lo inflamó por completo.

La noche fue increíble, como un sueño febril. Nick se sintió en todo momento como si conociera a aquella mujer, aquel cuerpo, a la perfección. Quizás sería porque ambos habían sido traicionados o puede que fuera por el alcochol.

Al amanecer, la puso en un taxi y la mandó a casa.

Antes de partir, ella lo obligó a prometer que la llamaría.

Pero, cuando él lo hizo, ella se negó a responder a su llamada.

# Capítulo Uno

–Está usted raro con ese traje –le dijo el niño al pasar por la puerta junto a su madre.

Tenía razón. Nick se sentía como un gorila de circo, metido en aquel uniforme tan pequeño.

–Rickie, esas cosas no se dicen –lo reprendió la madre–. ¿Qué tal está Charlie?

Era de Charlie el uniforme que Nick llevaba puesto.

–Ya está casi recuperado.

–Fue apendicitis, ¿verdad?

–Sí, así es. Al parecer le darán el alta dentro de tres días –dijo Nick, impaciente por salir de aquel maldito uniforme y volver al barco que tenía atracado en el lago.

Charlie, su amigo y antiguo compañero de trabajo, le había pedido que lo sustituyera mientras estaba de baja. Nick había accedido gustoso de poder ayudar al que había sido, además, su instructor en la academia.

El trabajo era sencillo. Solo tenía que abrir puertas, ayudar a llevar bolsas y maletas, y ocuparse de que todo funcionara. De no ser por el uniforme, no le habría resultado tan humillante.

El niño continuaba mirándolo fijamente.

–¿No tienes deberes que hacer? –le preguntó Nick amablemente, para disuadirlo de que hiciera ningún otro comentario impertinente.

–Pues… –el niño miró a su madre.

–Sí, claro que tienes deberes. Así que será mejor que los hagas antes de ver la televisión.

–¡Mamá!

–Tienes que hacer tus deberes, para no terminar siendo portero como yo –le dijo Nick.

El niño hizo una mueca y la madre sonrió.

–Gracias, señor…

–Ryder –dijo él–. Pero llámeme Nick.

–Yo soy Nadine Morris, Nick. Encantada.

La mujer continuó su camino hacia el ascensor.

Nick se volvió hacia los cristales y observó la calle. El sol brillaba intensamente y la brisa estaba impregnada del aroma de los limones en flor. Pero él prefería el olor del océano y pronto podría disfrutarlo.

En cuestión de unos días podría regresar a la tranquilidad de su

barco, su pequeño paraíso privado. Después de pagar las deudas de su ex mujer con unos cuantos trabajos como chef o como guarda de seguridad, se escaparía al Pacífico.

Estaba absorto en sus planes de futuro, cuando vio que un coche se detenía justo delante de él. El conductor salió para abrirle la puerta a su pasajera, una impresionante mujer vestida con un traje negro muy ajustado, que llevaba un gran sombrero rojo mejicano y unas gafas caras.

Ella se apresuró hacia el maletero y lo abrió sin esperar al conductor.

La mujer trató de sacar las maletas, pero el conductor se interpuso y lo hizo él.

De pronto, reparó en que había algo familiar en aquellas curvas, en el pelo oscuro y ondulado que se mostraba bajo el sombrero. Nick observó sus manos mientras pagaba al taxista. No podía ser…

Pero lo era. Se trataba de Miranda. No era fácil olvidar aquellos dedos largos y suaves que habían acariciado su cuerpo.

Ella levantó la vista y sus ojos se encontraron.

«Me ha reconocido», pensó él.

Miranda Chase frunció el ceño cuando el taxista la apartó de sus propias bolsas. Era parte de su trabajo, lo sabía, pero odiaba que la gente hiciera por ella cosas que podía hacer por sí misma.

Observó con cierto temor cómo descargaba la bolsa en la que tan celosamente llevaba guardada la rara y exótica muestra de una flor. Esperaba que fuera el ingrediente clave de una nueva línea de cremas rejuvenecedoras con la que esperaba revolucionar su empresa.

Por eso había regresado a casa antes de tiempo, para poder probarla con la base que su laboratorio había creado y acabar así la prodigiosa fórmula.

Pagó al taxista y se dispuso a recoger las maletas. Pero alguien se le adelantó.

–Permítame que la ayude –la voz le sonó demasiado masculina y profunda para ser la de Charlie.

Un escalofrío la recorrió al reconocer aquel timbre. Levantó la vista y, de inmediato, recordó la noche más cálida de toda su vida.

¿Qué estaba haciendo Nick allí? Bajó los ojos, avergonzada.

–Hola, Miranda –la saludó él.

–Hola –respondió ella, sintiendo la garganta y la boca secas por el nerviosismo–. Nick, ¿verdad?

–Sí. Ya veo que te acuerdas –dijo él secamente.

Como si hubiera podido olvidarlo. Recordaba todo,

absolutamente todo sobre él.

–Ha pasado mucho tiempo.

–Sí –Nick se quitó la gorra y la sacudió contra su pierna. Se le notaba tan incómodo como a ella–. ¿Cómo estás?

–Bien –sonrió Miranda–. ¿Y tú? Bueno… leí en el periódico lo que te sucedió…

Él se encogió de hombros.

–Gajes del oficio –respondió él.

–Me alegro de que todo saliera bien al final –dijo ella.

Hacía aproximadamente un año, poco después de su noche juntos, Nick había recibido un disparo de bala en el corazón durante una redada. Había pasado en coma varios días. Cada mañana de aquel período, Miranda había abierto el periódico, ansiosa por encontrar noticias sobre su estado. Cuando, finalmente, había leído que había recobrado la conciencia, se había sentido tan aliviada que había llorado como si de un miembro de su familia se hubiera tratado.

–¿Estás trabajando en seguridad?

–Solo estoy ayudando a Charlie. Es amigo mío –se miró el traje–. El uniforme es suyo.

–Se nota –dijo ella–. ¿Vas a volver al cuerpo?

–No. He pedido la jubilación anticipada por causas médicas.

–Tiene sentido. Supongo que, después de haber estado a punto de morir, debe de resultar inquietante tener que regresar.

–No se trata de eso –dijo él–. Sino de que el disparo me hizo tomar conciencia de que la vida es muy corta y hay que disfrutarla. Ya he acabado con la tanda de delincuentes que me correspondía.

–Bueno –dijo ella–. Tengo que irme.

Tomó la maleta, pero estaba demasiado nerviosa y el sudor de las manos hizo que el mango se le resbalara.

–Será mejor que dejes eso para un profesional –Nick se hizo cargo de la maleta. Ella intentó alcanzar una de las bolsas, pero él se lo impidió–. Permíteme hacer mi trabajo, Miranda.

Ella se retiró, dejando que él se encargara de todo.

Una vez cargado el equipaje, se encaminaron hacia el ascensor. Lo depositó todo en el suelo.

–¿Qué piso? –preguntó él, con el dedo dispuesto a marcar el botón oportuno.

–Ya puedo subir yo sola –respondió ella, esperando poder escaparse de él.

–Charlie seguro que te lo lleva todo hasta arriba, ¿verdad?

–Sí, pero no es necesario…

–Entonces, yo también lo haré –dijo él con firmeza–. ¿Piso?

–Diez –acabó por sucumbir ella.

–El más alto –murmuró él–. No me sorprende.

–¿Qué se supone que significa eso?

–Eres una ejecutiva, y por eso vives en el piso más alto –explicó él.

Pero ella no creyó que aquel fuera el verdadero significado de su comentario. Por el modo en que se había comportado con él aquella noche, seguramente habría pensado que era una especie de dominadora impía que le gustaba estar siempre arriba. Le habría gustado poder explicarle que no se había comportado como ella misma aquella noche.

En realidad, daba lo mismo. No iba a decirle nada, no iba a explicarle lo que su cuerpo le había provocado, cuando estaban a solo unos centímetros de distancia en aquella pequeña cabina. El ascensor se movía lentamente y el efecto de su presencia empezaba a hacerse patente tal y como había ocurrido entonces. La diferencia era que ya no podía culpar ni al alcohol ni al desengaño.

Le miró las manos. Eran grandes, como las recordabas, con una apariencia inesperadamente suave. Manos suaves en un hombre rudo. El pensamiento le provocó un escalofrío.

–¿Tienes frío? –le preguntó él, malinterpretando el estremecimiento. Aquel hombre parecía conectado a ella de un modo invisible. Así había sido también en su único encuentro. Aquella noche había sabido en cada instante lo que ella deseaba, quería y necesitaba.

–No –respondió ella–. Estoy bien.

–No paras de decir eso.

Ella dio un paso atrás para alejarse de él.

–Relájate. No voy a morderte… al menos no muy fuerte.

–Me alegra oír eso.

Una año atrás, también habían subido juntos en un ascensor, pero lo habían hecho poseídos por un deseo mutuo y desenfrenado, atados por besos calientes y manos ansiosas que se entrelazaban con desesperación.

Dos situaciones muy diferentes.

El ascensor llegó a su destino y Miranda salió a toda prisa y se encaminó hacia su apartamento, seguida de Nick. Buscó las llaves y abrió la puerta.

Él se aventuró a entrar a toda prisa, sin mirarla.

Miranda notó que sus ojos no eran los mismos de aquella noche. Su mirada se había vuelto opaca, ilegible.

Nick dejó las maletas en el suelo y se detuvo a observar las pinturas y la escultura que decoraban el armonioso ático.

Miranda no pudo evitar preguntarse si el lugar contaría con su aprobación.

Nick continuó con las columnas, la chimenea, las escaleras que conducían al segundo piso y que llevaban al comedor. Luego, se acercó a la ventana y se quedó unos segundos mirando la ciudad.

–Un piso muy bonito –dijo él.

–Gracias. Yo también estoy contenta con el resultado. Ha quedado bastante agradable.

–¿Agradable? Es espectacular. ¿Lo diseñaste tú misma?

–Sí, la verdad es que sí.

–Es como tú.

Ella no acertaba a adivinar si lo decía como algo bueno o como algo malo. El nerviosismo la obligó a hablar.

–Me gusta mucho esta casa. Es muy tranquila y los vecinos son agradables.

–¿Dónde va la maleta grande?

–En mi dormitorio, que está arriba. Pero ya la llevo yo –no quería que Nick accediera a su cuarto.

–Déjame a mí –dijo él–. Con esos tacones tan altos, podrías romperte una pierna llevando peso ahí arriba –hizo un gesto con la mano–. Después de ti.

Nick llevó sus cosas hasta la habitación y se detuvo a observar la elegante decoración. Luego, se fijó en la enorme cama que había en el centro. Parecía absorto en el edredón de seda.

Miranda se imaginó de inmediato lo que sería caer junto a él sobre el frío y reconfortante tacto de aquella tela, con los cuerpos cálidos y desnudos.

Los dos levantaron los ojos al mismo tiempo y se encontraron. Estaban pensando lo mismo.

Miranda sintió que tenía que frenar aquello.

–Pon las cosas sobre la cama –le dijo ella.

Él posó la gran maleta y se volvió hacia ella. ¿Iba a besarla?

–¿Cómo puedes aguantar? –le murmuró a solo unos centímetros de distancia.

–¿Aguantar qué? –preguntó ella, sintiendo un deseo cada vez más incontrolable adueñarse de ella.

–Aguantar las gafas de sol dentro de la casa –se las quitó lentamente y las dejó en la cama. Luego hizo lo mismo con el enorme sombrero y la miró de arriba abajo,–. Te queda muy bien ese vestido.

–La seda es… una buena tela para la primavera –dijo ella.

–Sí, lo recuerdo.

El vestido rojo de hacía un año también había sido de seda. Seda roja. Le había dicho que era su color favorito mientras se lo quitaba.

Nick comenzó a sentir que le faltaba el aire. La tenía tan cerca que casi se tocaban.

¿Y si seguía quitándole cosas? ¿Y si lo intentaban de nuevo? ¿Volvería a ser igual que entonces?

–Asumo que no volviste con él.

–¿Con mi ex prometido? No, claro que no.

–Te vino bien la venganza.

–¿Qué quieres decir? ¿Crees que me acosté contigo por venganza?

Él se encogió de hombros.

–Es natural querer pagar con la misma moneda. No te culpo.

Aunque, en realidad, sí lo hacía.

–No fue ese el motivo. Aquella noche estaba huyendo, busqué un lugar donde esconderme y me encontré un bar. En aquel bar estabas tú tan…

–Oportuno, ¿no?

–Tan amable –dijo ella con firmeza–. Fuiste muy amable conmigo. Realmente te agradezco cómo… –se detuvo, incapaz de decir nada más sobre sus sentimientos de aquella noche.

–No tienes que darme las gracias. Obtuve una medalla por ayudar a damiselas en problemas.

Ella lo miró. ¿Solo había sentido pena por ella? ¿Solo por eso habían acabado juntos? ¿Había sido ese el motivo de que no la hubiera llamado? Seguramente sí. Debió de parecerle tan desesperada y necesitada… Se ruborizó.

No podía permitir que él notara su decepción y su desazón, así que se las arregló para reír.

–Y sigues ayudándome. Esta vez, con las maletas –decidió poner fin al encuentro y se encaminó hacia la puerta.

–Solo hago mi trabajo –dijo Nick.

–Espera un momento –volvió con su bolso y sacó el billetero, dispuesta a darle una propina como hacía con Charlie.

Nick la miró con dureza y Miranda entendió de inmediato que acababa de cometer un grave error.

–Dejemos algo claro, Miranda –le dijo–. Llevaré tus maletas, te abriré las puertas y todo lo que mi puesto requiera, pero nunca aceptaré dinero de ti. Nunca.

El aire se espesó hasta hacerse irrespirable.

Nick se dio media vuelta, bajó las escaleras y se encaminó a la salida.

Lo había herido de verdad.

# Capítulo Dos

Al oír que se cerraba la puerta, Miranda dio rienda suelta a sus emociones.

Ya se había sentido suficientemente estúpida aquella noche, como para encima tener la confirmación de que Nick se había acostado con ella solo por pena.

Y lo peor era que aquel hombre todavía le aceleraba el corazón de un modo que no acertaba a controlar.

Habría deseado más que nada en el mundo haber podido borrar de su vida todo lo sucedido desde el momento de su ruptura. Durante una fiesta benéfica, había sorprendido a su prometido, Donald, en una alcoba con otra mujer. Atónita e incapaz de decir nada, se había quedado allí de pie observándolos. Al cabo de un rato, había reaccionado y había salido huyendo de allí. Donald la había seguido y había tratado de explicarse. Pero al final, más que una explicación había resultado ser una desesperada sucesión de insultos. La había llamado fría, inmadura y asexuada.

¡Asexuada! Ella no era asexuada. Era una mujer a la que le gustaba el sexo como a cualquier otra… ¿verdad? Era cierto que Donald no despertaba en ella una pasión desgarradora, pero tampoco él parecía muy apasionado. Sin embargo, en brazos de aquella otra mujer, sí le había parecido lleno de deseo. Recordó el modo en que besaba en la boca a aquella extraña, cuando con ella decía que no le gustaba aquel tipo de gestos. ¡Qué necia había sido!

Se había sentido humillada, furiosa. Sin embargo, no le había partido el corazón. Casi había sido un alivio no tener que casarse con aquel hombre. ¿Acaso no había amado nunca a Donald? El miedo a lo que podía descubrir le había hecho esconder la cabeza y no querer aceptar que no sabía lo que era el amor.

Aquella noche, después de salir de la gran mansión en la que se celebraba la fiesta y de recorrer la Segunda calle sin rumbo fijo, había dado con el neón del bar Backstreet. Era la antítesis de los elegantes locales que frecuentaba siempre con Donald, así que le pareció el lugar perfecto para beberse unas copas y olvidarse de él.

Al entrar y sentir que todas las miradas, solo masculinas, se centraban en ella, se había asustado y había retrocedido, dispuesta a marcharse. Pero entonces había visto a Nick, con aquella mirada amable y esa sonrisa embriagadora. Solo su visión había hecho que se sintiera mejor, que recuperara parte de las fuerzas perdidas. Algo

la había impulsado a acercarse a él.

La noche se había caldeado y Nick había mostrado tanto interés por ella como el que Miranda sentía por él. Que un hombre rudo y masculino la deseara había sido el antídoto perfecto contra el desprecio de Donald. Además, había habido una magia especial entre ellos.

Pero no la había vuelto a llamar y el efecto balsámico de aquella noche se había desvanecido, quedando solo el amargo sabor de la necedad de sus actos.

Pensó en las posibles razones de su rechazo pero no acertó con la única cierta: ella no había sido para él más que otra víctima a la que consolar.

Aquello probaba que no sabía nada sobre los hombres, ni sobre el amor, ni sobre el sexo.

Por desgracia, había tenido que encontrárselo allí, en su mismo edificio. El único consuelo que le quedaba era saber que Charlie no tardaría en volver y Nick tendría que marcharse.

Bajó las escaleras, dispuesta a ahogar sus penas en el trabajo. Se metería en el laboratorio a experimentar con sus nuevas fórmulas. Ese había sido siempre el mejor método para evadirse de sus problemas.

En seis semanas habría conseguido una nueva y revolucionaria línea de productos de belleza que reportaría grandes beneficios a su empresa familiar y convulsionaría el mundo de los cosméticos.

Estaba ansiosa por conseguirlo.

Y para eso, tenía que ponerse manos a la obra, y olvidarse de Nick para siempre. Al fin y al cabo, no había sido más que un error.

Se apresuró a dirigirse a su laboratorio, que compartía espacio con la cocina.

Pero, en el instante en que entró, se dio cuenta de que algo andaba mal.

Miró al armario central que pendía del techo. Allí guardaba los tarros con las hierbas, flores secas y muestras de cremas. Uno de ellos estaba abierto. Era el que guardaba sus fórmulas secretas.

Miranda sintió un escalofrío. Alguien había estado allí, tocando sus cosas. Pero, ¿quién, cómo había entrado?

Retrocedió temerosa y se encaminó hacia la puerta con un único pensamiento: «Necesito a Nick».

Por suerte, él estaba todavía esperando al ascensor cuando salió a buscarlo.

–Deprisa, ven –le dijo ella–. Alguien ha entrado en mi casa.

Él se apresuró a seguirla.

–¿Te han robado algo? –preguntó él todavía inseguro sobre la veracidad de lo que ella le contaba.

–No lo sé. Pero puede que quien sea esté todavía dentro.

Eso fue todo lo que Nick necesitó para ponerse en alerta. Sacó una pistola de debajo de la chaqueta, sorprendiendo a Miranda.

–¿Hay alguna otra puerta en el piso?

–Sí, una al final del apartamento.

Él asintió y entró en el recibidor, apuntando al vacío con las dos manos.

–Quédate aquí –le ordenó él.

Pero ella hizo caso omiso y lo siguió. Al ver que se encaminaba a la cocina lo detuvo.

–No está ahí.

Nick se volvió hacia ella claramente sobresaltado por su voz.

–¿No te he dicho que te quedaras fuera?

–No puedo esperar allí.

–¡Testaruda! –dijo él.

–Tiene que estar por allí –dijo ella, señalando el pasillo.

Nick siguió sus pautas.

Recorrieron cada rincón de la casa sin éxito alguno.

–Si alguien ha estado aquí, está claro que ya se ha marchado –dijo Nick.

–¿Cómo que «si alguien ha estado aquí»? Ven conmigo y te lo probaré.

Lo condujo hasta la cocina y le mostró el bote abierto.

–Alguien ha tocado esto.

–¿Te han robado recetas?

–Exacto –dijo ella–. Pero no son recetas de cocina, sino las fórmulas de mis cosméticos. Es una información muy cara.

–¿Y las guardas aquí, en la cocina?

–Este es mi laboratorio también. Precisamente las escondo ahí para que nadie suponga que hay algo importante. Solo mi ayudante sabe de su existencia. Siempre pensé que los espías industriales buscarían en las oficinas, pero nunca aquí.

Revisó cuidadosamente el contenido y pronto comprobó que no faltaba nada. Quizás el ladrón no hubiera tenido tiempo de agarrar lo que buscaba, pues su inminente llegada lo había tomado por sorpresa. O puede que lo que quisiera fuera otra cosa.

Se encaminó rápidamente hacia el refrigerador y lo abrió. Un fuerte aroma a hierbas lo inundó todo.

Observó con detenimiento los recipientes. Estaban todos intactos, menos dos.

–Me da la sensación de que se ha llevado algunas semillas de vainilla y algo de lavanda –dijo ella y Nick la miró con escepticismo–. Crees que todo esto no son más que imaginaciones mías, ¿verdad?

–No. No creo que me hayas arrastrado hasta aquí en un ataque de pánico –dijo él, haciendo patente que eso era, exactamente, lo que pensaba–. Podemos llamar a la policía. Pero no creo que consideren un caso el perseguir a un tipo que se ha llenado los bolsillos de hierba, a menos que esa hierba se pueda fumar.

–Te agradecería que no bromearas con esto.

–Solo trataba de quitarle hierro al asunto.

Miranda lo miró fijamente.

–Mis fórmulas son lo más valioso que tengo en mi vida –le dijo ella–. Olvídate de todo esto, ya lo solucionaré yo sola. Seguro que tienes cosas más importantes que hacer.

Él sonrió.

–Sí. Tengo una puerta que abrir y cerrar, maletas que llevar y traer… –se encaminó hacia la salida y ella lo siguió–. Si sucediera algo, avísame.

–Algo ha sucedido, solo que tú no me crees –dijo ella en un tono brusco del que pronto se arrepintió. Al fin y al cabo, había acudido presto a su rescate. Debería haber mostrado un poco más de agradecimiento–. Quizás tengas razón. Tal vez Lilly, mi asistente, estuviera buscando algo y lo haya dejado así. Gracias por tu ayuda, Nick.

El gesto de Nick se suavizó.

–Llámame si me necesitas, lo digo con toda sinceridad.

Le tocó suavemente el brazo a modo de despedida y ella sintió un agradable calor que le recorrió el cuerpo de arriba abajo.

«Por favor, quédate», pensó, mientras veía que las puertas del ascensor se cerraban lentamente.

Para vencer la sensación que aquel leve roce había dejado en su piel, regresó a la cocina dispuesta a trabajar.

Buscó, entre las cremas que usaba como base, la de esencia de camomila que había pedido antes de su viaje. Debería haber llegado ya, sobre todo porque había otras que había pedido al mismo tiempo y ya estaban allí.

Se encaminó a su estudio para buscar el albarán de entrega.

Absorta en sus pensamientos, abrió la puerta sin pensar. Se chocó con un pequeño y delgaducho individuo. Los dos se sobresaltaron, gritaron y se quedaron en silencio al unísono.

No era más que un adolescente de menos de veinte años.

El muchacho se abrió paso apartándola sin mucho cuidado, pero Miranda tuvo tiempo de ver que llevaba un tatuaje en el brazo, y que iba vestido con una camiseta de deporte y unos vaqueros viejos. También llevaba una mochila en la que, probablemente, habría metido los objetos robados.

Sin pensárselo, Miranda le sujetó la bolsa por una correa.

El chico maldijo y pegó un tirón que hizo que la correa se le escapara de entre los dedos. Corrió por el pasillo hasta el recibidor y ella lo persiguió como pudo, resbalándose sobre la tarima brillante, hasta que, finalmente, se abalanzó sobre él y lo derribó al suelo, no sin antes haberse torcido un tobillo y al mismo tiempo que se golpeaba la barbilla contra la pierna de él. Sintió el sabor de la sangre: se había mordido la lengua, pero hizo caso omiso al dolor y se agarró con fuerza a la extremidad del intruso.

–¡Suélteme! –gritaba él.

–¡Devuélveme lo que me has robado! –le dijo Miranda consciente de que no podría sujetarlo durante mucho tiempo. Desesperada, decidió gritar–. ¡Auxilio!

Al oír la llamada, el chico tiró con fuerza y se liberó. Ella logró atrapar una vez más la bolsa, pero una patada la obligó a soltarla. El muchacho se levantó y salió corriendo.

Mareada y dolorida lo persiguió una vez más. Pero el tobillo le decía que no debía continuar.

Cuando estaba a punto de llegar a la puerta, el ladrón se tropezó y la mochila se cayó al suelo. Un jarrón chino lleno de pétalos de rosa se golpeó contra la pulida madera partiéndose en mil pedazos.

Miranda aprovechó la ocasión para agarrarse a la pierna de él otra vez e inmovilizarlo. Recibió una fuerte patada en la cara y eso la enervó hasta el extremo. Sin pensárselo dos veces, le dio un gran mordisco en la pierna a través del pantalón.

En ese momento, alguien llamó a la puerta y él ladrón se quedó paralizado.

–¡Ayuda! –grito Miranda.

–¿Miranda? –era Nick.

–¡Ayúdame Nick!

Al mismo tiempo que el ex policía trataba de abrir, el ladrón golpeó a Miranda en el plexo solar, agarró la mochila y se dio definitivamente a la fuga corriendo hacia la puerta de atrás.

Cuando Nick logró acceder al apartamento con su llave maestra, se encontró a Miranda tratando de recobrar la respiración.

–¿Qué ha pasado? –le preguntó.

–Por allí… –se las arregló para señalar el camino que el delincuente había seguido, pero sin poder levantarse.

–¿Estás bien?

–¡Vete por él!

Nick obedeció su grito desesperado y salió tras el agresor, mientras Miranda se quedaba en el suelo, dolorida y agotada.

Esperó pacientemente sin dejar de pensar cómo se les había podido pasar por alto su presencia en la casa. Se preguntaba qué se habría llevado y si se las habría arreglado para abrir la caja fuerte.

Se sentía mal, magullada, golpeada y preocupada.

Nick regresó minutos después.

–¿Lo alcanzaste?

Nick se sentó en el suelo junto a ella.

–No. Se me escapó. Pero… ¡estás sangrando!

–¡No es nada! –el dolor se intensificó al levantar la voz, así que decidió susurrar–. Estoy bien. No puedo creerme que al final se halla escapado.

–Lo que yo no puedo creerme es que no lo viera cuando inspeccioné la casa –dijo Nick en un gesto tenso.

–Seguramente estaría escondido en el armario del estudio. Es bastante grande.

–Lo siento de verdad, Miranda. Te he puesto en peligro por no haberte tomado en serio.

–No pasa nada.

–Claro que pasa. Podría haberte matado.

–Pero no lo ha hecho.

–De todos modos, he llamado a la policía.

–¿A la policía? ¿Por qué?

–Alguien ha entrado en tu casa, eso es razón más que suficiente.

–¿No podríamos mantener esto entre nosotros?

–¿Qué quieres decir?

–Mi familia es muy conocida y no nos conviene una publicidad de este tipo. Además, no querría que la competencia se enterara de lo sucedido.

–¡Un tipo te ha atacado!

–En realidad fui yo la que lo ataqué.

–¿Tú?

–Me lancé sobre él para detenerlo.

–¿Y el tobillo?

–Me lo torcí mientras lo perseguía.

–Vaya –dijo Nick realmente sorprendido–. No me puedo creer que fueras detrás de él. Es algo demasiado arriesgado, Miranda.

–Realmente, no. Era muy poca cosa. Y, la verdad es que actué…

–Sin pensar, ¿verdad? –él asintió lentamente–. Sí, ya recuerdo que eso te pasa a veces.

Miranda se ruborizó.

–Vas a tener un bonito cardenal en la cara –continuó mientras estudiaba su rostro–. ¿Crees que le habrás dejado al ladrón alguna marca?

–Ninguna visible. La más clara sería un mordisco en la pierna.

–Es una pena, porque eso lo había hecho más fácilmente identificable –se centró en su tobillo–. Déjame ver cómo está esto…

–¡Ay! –protestó ella.

–Creo que es un esguince –concluyó él–. Te llevaré a urgencias, aunque no creo que haya rotura.

–Déjalo así. Ponme un poco de hielo y ya está.

–¿Qué te pasa, Miranda? No quieres que intervenga la policía, no quieres ir al hospital. Necesitas ayuda, ¿sabes?

–Estoy bien. Tú mismo has dicho que no crees que esté roto. Me parece una pérdida de tiempo pasarme horas en urgencias. Tengo muchas cosas que hacer.

–De acuerdo. Pondremos hielo para la inflamación y veremos qué pasa. Pero te prohíbo que andes.

Al levantarse, los pantalones de Nick se rompieron, dejando entrever unos calzoncillos negros.

–Parece que tienes problemas con ese traje.

Nick se miró el trasero del pantalón.

–¡Maldita sea! –dijo–. Me temo que Charlie va a tener que reponer este uniforme. También he perdido la maldita gorra y no sé dónde.

–Estamos los dos hechos un desastre –dijo Miranda y sonrió–. Te agradezco que no me hayas mandado al hospital.

–Todavía no está decidido –dijo él–. Aunque te aseguro que no voy a ir enseñando mi ropa interior.

Nick se dio media vuelta y se encaminó hacia la cocina sin preocuparse lo más mínimo de su pantalón.

La verdad era que lo sentía por las enfermeras. No sabían la vista que se estaban perdiendo. Por suerte, la tenía toda para ella.

# Capítulo Tres

Enseguida, regresó Nick con una bolsa llena de hielo y dos filetes que había encontrado en la nevera.

–¿Para qué es la carne? –preguntó ella.

–El mejor antídoto contra los cardenales.

–¿Esperas que me ponga esos trozos de carne cruda en la cara?

–Relájate. Te aseguro que esto evitará que se hinche.

Ella suspiró y le dejó hacer lo que sugería.

–Sujétalos para que no se muevan –le dijo él.

Miranda lo hizo por no discutir. Era difícil contradecirle.

–Tengo una crema que ayudará a la reparación celular más rápido que esto, ¿sabes?

Nick hizo caso omiso y siguió con la cura, colocando el hielo en su tobillo hinchado.

–¡Ay! Eso duele.

–Pronto se te pasará. ¿Dónde guardas las aspirinas?

–En el armario del baño –dijo ella–. Tráeme también el Restorix, porque no me gustaría desaprovechar estos estupendos filetes.

Se sentía como una idiota con aquellos trozos de carne en la cara.

Nick fue por las medicinas y regresó en un momento.

–Traigo aspirina con codeína –dijo él–. Es más efectiva.

–Me produce somnolencia.

–Te conviene dormir –aseguró él–. Te va a doler mucho el tobillo.

–Pero tengo que trabajar.

–Olvídate del trabajo. Tienes que meterte en la cama. Los esguinces solo se curan con reposo y manteniendo la pierna elevada.

–¿Para qué necesito ir al hospital teniendo aquí al doctor Nick?

Miranda se tomó los analgésicos y él le aplicó con sumo cuidado la pomada curativa. Su tacto era tan delicado que la aliviaba solo con el roce de las yemas de los dedos.

No podía dejar de mirarle a la cara. Con la luz del día, las pupilas eran de un marrón acaramelado. Los pómulos marcados y una cicatriz en la mejilla le daban a su gesto un aire peligroso y sensual.

–Ya está.

–Gracias.

–¿Te duele?

–Sí, pero me siento mejor. Me alegro de que el ladrón saliera huyendo. Su reacción podría haber sido imprevisible.

–Claro.

–Me pregunto cómo pudo entrar en mi apartamento.

–También a mí me gustaría saberlo. No sé cómo pudo burlar mi vigilancia –dijo él–. Esta mañana el ascensor se quedó atascado y tuvieron que venir los bomberos. Quizás aprovechara la confusión.

–Pensar que estaba en mi casa me provoca escalofríos –Miranda comenzaba a darse cuenta realmente de lo que había sucedido.

–Es normal que te sientas más vulnerable en este momento. Pero no te preocupes, lo atraparemos.

Miranda no podía escucharlo. De pronto, las imágenes de lo acontecido se agolparon en su cabeza. Le vino a la boca el sabor a sangre, el olor de aquellos vaqueros que recordaba impregnados de gasolina o algo semejante. Las sensaciones eran tan fuertes que casi la dejaron sin respiración.

Miró a Nick como si esperara que él pudiera limpiar su cabeza de aquellos recuerdos.

–Yo… –las palabras no salían de su boca–. ¡Cielo santo!

Se echó a llorar desconsoladamente.

–Miranda –la tomó en sus brazos–. Tranquila –le dijo suavemente al oído.

–Lo… lo siento. Creo que estoy cansada… eso es todo.

–Llora cuanto necesites.

Sus brazos le resultaban familiares y reconfortantes, como si se tratara de su mejor amigo.

–Me estoy comportando como una tonta.

–No. Simplemente estás asustada.

–Me alegro de que estuvieras aquí, Nick.

–Realmente no me necesitabas para nada. Si hubiera tardado un minuto más, lo habrías vencido y atado.

–Cualquiera habría hecho lo que yo hice.

–Te aseguro que no. Eres única –dijo él agitando la cabeza en un gesto de que eso no era del todo bueno–. La policía lo atrapará.

–Pero no necesitamos a la policía. ¿No podrías llamar para cancelar la orden?

–No es como un encargo de pizza.

–No quiero que la policía intervenga en esto.

Nick la tomó en sus brazos para levantarla.

–Puedo andar yo sola.

–Será mejor que no apoyes nada de peso en ese tobillo.

Le era difícil rebatir a Nick cuando su rostro estaba tan peligrosamente próximo. Era muy guapo.Tenía un torso y unos

brazos fuertes y poderosos. De hecho, uno de los lados de la chaqueta se había roto por efecto de la presión.

De pronto, Nick se detuvo en seco.

–Hay un zapato en el recibidor.

Ella lo miró.

–Ya. Se lo quité yo al agarrarlo por la pierna.

–No me extraña que saliera huyendo. Seguramente temiera que acabaras desnudándolo.

–¿Sirve como pista?

–Sí, podría ayudar.

Bien. No pudo retener al delincuente, pero al menos había conseguido alguna evidencia de su estancia en la casa.

–También podría describirlo en detalle.

–Adelante.

Miranda cerró los ojos y la imagen del muchacho apareció vívida en su mente.

–Era muy joven, de unos veinte años, incluso menos. Muy delgado, no muy alto, un metro sesenta y algo, el rostro alargado, el pelo castaño, muy corto y un dragón tatuado en el brazo. Llevaba unos vaqueros, Levis 501, y una camiseta de tirantes en color azul índigo de algodón peruano.

–¿Algodón peruano?

–Sí –dijo ella con firmeza al oír cierta sorpresa en su voz.

–Cuando has dicho en detalle, lo decías en serio.

–Conozco bien la composición de las telas.

–Ya lo veo –dijo él–. ¿En qué habitación lo encontraste?

–En el estudio. Llevaba una mochila muy pesada.

–¿Cómo sabes que era pesada? –hizo una pausa–. Me lo imagino: la agarraste.

Ella asintió.

–Porque se llevaba tus cosas.

Ella sonrió.

–Por supuesto.

Se encaminaron al estudio y Nick se dirigió directamente a la pared donde se ocultaba la caja fuerte, justo detrás de una pintura.

–¿Cómo sabías que la caja fuerte estaba ahí?

–El resto de tus cuadros son todos originales. Este Degas es la única copia. Es lógico que lo utilices para ocultar la caja fuerte.

–Estoy impresionada.

Pronto descubrieron que la caja había sido vaciada. No quedaba rastro de las joyas que habían sido parte de su familia durante generaciones.

–Lo peor es que, en casos como estos, aunque la policía consiga atrapar al ladrón, generalmente no recuperan la mercancía robada.

La llevó hasta el sofá y la dejó allí.

–Pero estoy segura de que en la mochila llevaba más cosas. Pesaba demasiado. Yo diría que tenía una cámara. Probablemente había tomado fotos de mis fórmulas. Por eso estaban fuera de su sitio.

Antes de que pudieran seguir analizando la situación, dos policías se presentaron en la casa para examinar la escena del crimen. Tomaron muestras de las huellas dactilares y se llevaron el zapato.

A pesar de no estar de servicio, era evidente el respeto que los dos policías tenían a Nick y a sus opiniones.

Una vez hubieron terminado su inspección, los acompañó a la puerta, tiempo suficiente para que la codeína empezara a hacerle efecto a Miranda.

Cuando regresó ella estaba ya completamente relajada y con una expresión de felicidad.

–Es hora de llevarte a la cama –dijo él.

–Lo que tú digas –le tendió los brazos para que la transportara–. ¡Eres tan fuerte! –farfulló ella.

–Veo que la codeína ya ha funcionado.

–Sí, creo que sí –dijo medio adormilada.

–Eso está bien. Podrás descansar.

La llevó hasta el piso de arriba y Miranda se sintió como una recién casada en brazos de su esposo, una sensación que se fue intensificando a medida que se aproximaban a la cama.

La dejó allí lentamente y luego procedió a retirar el edredón. Su rostro estaba tan próximo al de ella que parecían dos amantes. Sus ojos se encontraron. Los de Nick brillaban con ansia y hambre de ella. La deseaba. Y en aquella ocasión no era por pena.

–Necesitamos más hielo –dijo él con la voz cargada de deseo.

Había tanto calor entre ellos que parecía una fragua.

Nick se levantó y se encaminó hacia la puerta como si estuviera huyendo de algo peligroso.

Miranda oyó que bajaba las escaleras y se sintió confusa. Había apartado de su mente hacía tiempo lo sucedido hacía un año, pero estaba ocurriendo otra vez.

Aquella noche, no solo había hecho que se sintiera sexy, sino que había habido algo más. Había sentido cosas que jamás había sentido con Donald. Se había dado entre ellos, además, una conexión y compenetración especiales. Habría deseado saber tantas cosas sobre él y sobre lo que el sexo podía haber sido con él. No sabían adónde les podría haber llevado todo aquello.

Miranda había pensado que él sentía lo mismo. Y cuando le prometió que la llamaría, ella lo creyó. Claro que llamaría. ¿Cómo

no iba a hacerlo después de una noche así?

Con la mente nublada por el efecto de la codeína, las imágenes de su pasión se representaban vívidas y palpables. Así que, cuando Nick entró con una toalla cargada de hielo ella le preguntó sin pensar: –¿Por qué no me llamaste?

–¿Llamarte? Estaba abajo sacando hielo.

–Me refiero a la mañana siguiente. Me prometiste que me llamarías. Pero no lo hiciste.

Nick frunció el ceño, confuso durante unos segundos. De pronto su gesto cambió. Había comprendido la pregunta. Pensativo, puso la toalla sobre el tobillo hinchado.

–Te llamé –dijo él–. Y tu ayudante me dijo que te daría el mensaje.

–¿Mi ayudante?

Él asintió.

–Nunca me lo dio –dijo ella dándose cuenta lentamente de las implicaciones que tenía todo aquello. ¿Acaso se le había olvidado a Lilly? ¿O lo había hecho deliberadamente?

–Al parecer los dos creímos que el otro no quería saber nada. Yo asumí que para ti una noche había sido más que suficiente.

–Pues no fue así.

–Es una pena –dijo él cubriéndola con las ropas de cama, sin querer encontrarse con sus ojos.

–La verdad es que sí –respondió ella con el corazón acelerado.

Eso significaba que no había estado con ella por pena. Quería verla otra vez, pero le había dolido que ella no respondiera a su llamada. Todo tenía sentido. Quizás podrían retomar su relación allí mismo…

–Pero eso ocurrió hace mucho –dijo él y se levantó–. Seguramente fue lo mejor.

Miranda se sintió como una idiota.

–Ya –dijo ella fingiendo una carcajada y apoyando la cabeza en la almohada.

–¿Tienes sueño? –le preguntó él, malinterpretando su movimiento.

Ella asintió. Se sentía mal y necesitaba estar ella sola.

–Ya te he entretenido mucho rato, deberías volver abajo.

–No quiero dejarte así sin nadie –dijo él–. ¿No tienes ningún familiar al que pueda llamar?

No. No quería que su familia se enterara de nada de aquello.

–Estaré bien. Gracias por todo lo que has hecho.

–De nada. Me siento responsable de lo sucedido –dijo él y miró las aspirinas que había dejado sobre la mesa–. Tómate otra dentro de cuatro horas y, si te sientes peor, llámame.

–Lo haré –le aseguró ella, aun pensando que no lo haría. Nick era la última persona de la que quería depender. Se sentía como una necia necesitada de la atención de alguien que no se la quería dar. Lo había dejado muy claro. Lo mejor era que sus vidas se mantuvieran independientes la una de la otra.

Lo que tenía que hacer era centrarse en su trabajo. Eso era lo que siempre la salvaba. Tenía cosas importantes que hacer, así que en unos minutos se levantaría y se pondría manos a la obra.

Pero la codeína era más fuerte que ella. Cerró los ojos para descansar un momento y se quedó profundamente dormida.

# Capítulo Cuatro

Miranda abrió los ojos y se dio cuenta de que se había quedado dormida. A juzgar por la luz que entraba por la ventana ya era por la tarde.

De pronto, oyó ruidos en la parte de abajo. Había alguien en su apartamento. No podía ser Lilly porque estaba todavía en Tucson. Miranda escuchó con atención con el corazón acelerado. ¿Sería el ladrón?

Agarró el teléfono y marcó el número de la portería, pero no obtuvo respuesta. ¿Sería Nick? No. Seguramente ya habría llegado el guardia de seguridad que vigilaba por la noche. Podía llamar al novecientos once y hacer que subiera. Pero, ¿y si se trataba de Lilly que había llegado antes de tiempo?

Oyó que quien fuera empezaba a subir las escaleras, así que se levantó y agarró un cepillo de plata del tocador como arma.

Esperó agazapada tras la puerta. Los pasos eran cada vez más cercanos.

Levantó el cepillo preparándose para golpear al intruso y abrió la puerta.

–¡Nick! –exclamó ella, y se detuvo justo antes de agredirlo.

Él le sujetó la mano y le quitó el cepillo.

–¿Pensabas matarme con esto?

–Es lo primero que he podido encontrar –dijo ella–. Me has asustado. Pensé que eras el ladrón.

–Y querías dejarle una marca definitiva esta vez –bromeó él–. Tienes que quedarte en la cama. Ese tobillo necesita reposo.

–Estoy bien –dijo ella–. No puedo quedarme en la habitación. Tengo cosas que hacer. ¿Cómo es que estás aquí? ¿No ha terminado ya tu turno?

–Quería comprobar que estabas bien. Llamé al timbre y, como no contestaste, deduje que seguirías dormida, así que entré con mi llave –le mostró la bolsa que llevaba en la mano–. He comprado venda elástica.

–No hacía falta que te molestaras. Me siento mucho mejor –mintió ella.

Haciendo caso omiso a sus palabras, él fue hasta la mesillas, sirvió un vaso de agua y echó una aspirina dentro.

Ella se bebió la medicina sin rechistar.

–Déjame ver qué tal va la pierna –la instó a apoyarse en él y,

juntos, se acercaron a la cama.

Nick encendió la lámpara y le levantó el pie para inspeccionarlo con detenimiento.

Miranda pensó que, sin duda, debía de sentirse mejor, pues el tacto cálido de sus manos tenía en ella un efecto devastador.

Sin el estrecho uniforme, Nick estaba aún más guapo. La camiseta negra marcaba con suavidad su torso musculoso y sus hombros anchos. Los vaqueros se ajustaban a la perfección a sus caderas estrechas.

–Está menos hinchado. Eso es bueno –concluyó él, y le colocó la venda alrededor del tobillo–. Esto debería ayudar.

–Gracias, Nick.

–¿Qué tal tienes la cara?

–¿Cómo la ves?

Él tomó su barbilla entre los dedos.

–Bueno… Tienes una raspadura en el lado derecho y un cardenal en la mejilla izquierda.

–Estupendo –dijo ella–. Debo de parecer un boxeador.

–Serías la chica perfecta de un motorista.

–¡Vaya, lo que siempre había deseado!

–Pero si ahora hay un montón de altos ejecutivos de Wall Street que tienen Harleys.

–¿Qué te hace pensar que yo quiero un ejecutivo de Wall Street?

–¿Es lo que quieres?

–Puede que sí y puede que no.

Él la miró de tal modo que le hizo sentir que el único tipo que quería en su vida era a él. Tenía que hacer que se marchara de su habitación y de su vida.

–Ya estoy mejor –se apresuró a decir ella–. No quiero estropearte la tarde.

–No te preocupes –respondió él, encaminándose a la puerta.

Librarse de él había sido más fácil de lo que imaginaba. Simplemente, se marchaba.

–Gracias por todo, otra vez –le dijo ella.

Nick se detuvo en la puerta.

–Subiré a buscarte cuando esté todo listo.

–¿Qué?

–La cena –dijo él.

Miranda oyó que empezaba a bajar las escaleras.

–¿La cena? –se puso de pie y fue a pata coja hasta el pasillo–. ¿Estás preparándome la cena?

La miró desde abajo.

–Escalopes de ternera. Te encantarán.

–No hace falta que te molestes, de verdad. Ni siquiera tengo

hambre –no quería pasar más tiempo en su compañía.

–Déjame que haga esto por ti, Miranda. Si estás herida ha sido por negligencia mía.

Ella estudió su rostro.

–De acuerdo –dijo–. Pero tendrás que dejar que te ayude.

–Por algún motivo, sabía que dirías eso –dijo él–. Espera un momento ahí –desapareció unos segundos y reapareció con unas muletas–. Las he alquilado en la farmacia.

–¡Muletas! Es una idea fabulosa. Así no tendré que ir a la pata coja –bajó las escaleras agarrándose a la barandilla hasta encontrase con él. Nick le entregó las muletas–. Gracias, muchas gracias.

–Te dejo practicando, mientras yo preparo la cena.

Después de dar unas cuantas vueltas por la casa, Miranda no tardó mucho en aparecer por la cocina.

–¿En qué puedo ayudar?

Él le acercó un taburete.

–Puedes ir haciendo la ensalada.

Miranda pronto se encontró partiendo lechuga, tomate y cebolla, sin poder apartar la vista de Nick. Jamás se le había ocurrido pensar que nadie pudiera resultar tan sexy cocinando. Estaba tan guapo, que casi se corta un dedo por mirarlo.

–Gracias por hacer esto –dijo ella–. Me alegro de que estés aquí.

Sus miradas se encontraron durante unos segundos. Se hizo un silencio tenso, hasta que Nick carraspeó y apartó los ojos.

–Esta cocina es estupenda pero, al parecer, no la usas, porque tienes las sartenes sin estrenar.

–En realidad es mi laboratorio, ya te lo dije.

–Pues sería el sueño de un cocinero.

–¿Cómo sabes tanto de cocina?

–Durante la academia, compartí habitación con un chef. Me enseñó muchas cosas. A veces trabajo en un restaurante.

Nick centró su atención en cocinar los escalopes, momento que ella aprovechó para observarlo por detrás.

Con el fin de apartar de su mente tan inapropiados pensamientos, le preguntó:

–¿Realmente crees que la policía podrá atraparlo?

–Harán todo lo que esté en su mano. Aunque la verdad es que están cortos de personal y no pueden seguir los casos con la dedicación que requieren.

–Es una pena –dijo ella mientras partía una cebolla–. Todavía no me puedo creer lo que ha sucedido, ¿sabes?

Nick se volvió hacia ella.

–Si tienes miedo de quedarte aquí sola esta noche, yo puedo…

–No, no. Estoy bien –la idea de que se quedara allí toda la noche

la asustaba–. Solo estoy preocupada. Estoy en el punto crítico de la creación de un nuevo producto. Las fórmulas que guardo en ese bote son clave.

Él agitó la cabeza de un lado a otro.

–Piensas que soy ridícula, ¿verdad?

–No.

–Sí, sí que lo piensas. Pero me da igual. Mis cosméticos harán que las mujeres se sientan mejor.

–¿Qué problema hay con dejar que la naturaleza actúe por sí sola?

–Es posible ayudar un poco a la naturaleza. Las mujeres siempre quieren mejorar su imagen.

–¿Por qué? Todas las mujeres son hermosas tal y como son. Tú, por ejemplo: tienes unos ojos verdes preciosos, que te empeñas en ocultar detrás de todo ese maquillaje.

–Gracias. Pero no todo el mundo piensa eso sobre la belleza. Lo bueno que tienen mis productos es que son rejuvenecedores, pero utilizando fórmulas botánicas totalmente naturales.

–Suena muy científico –dijo él.

–Lo es –respondió ella–. Soy licenciada en química cosmética.

Él soltó una carcajada y ella se volvió apuntándolo con el cuchillo que tenía en la mano.

–Si te ríes de mí te troceo como a la cebolla.

–Lo siento –dijo Nick–. Es que es…

–Poco corriente lo que hago. Lo sé. Chase Beauty es una marca también muy poco corriente. Mi abuelo fundó la empresa en los cuarenta, con la idea de ofrecer a las mujeres sin mucho poder adquisitivo un producto cosmético asequible. Por eso se vende en supermercados y droguerías.

–He visto los anuncios.

–La mayoría de las empresas dedicadas a productos naturales están situadas en lugares exóticos en los que todo se hace a mano. Se venden en tiendas exclusivas o por correo, y son muy caros.

Nick se aproximó a ella con unos cuantos espárragos en la mano.

–¿Me prestas el cuchillo?

–Sí, claro. ¿Te estoy aburriendo?

–No –dijo él–. Lo que cuentas tiene su interés.

Ella continuó. Le encantaba hablar de su trabajo.

–La idea de mi nueva línea es ofrecer ese tipo de productos exclusivos a un precio módico.

–Interesante.

–Mucho. Por eso es tan importante para mí mantener esas fórmulas en secreto. Me asusta pensar que un competidor haya conseguido robármelas. Si otra casa me quita la idea, Chase Beauty

no podrá asumir el riesgo de sacar la nueva línea. Es un mercado pequeño y, si alguien llega a él antes que nosotros, ya no tendremos cabida.

–Tiene sentido.

–Las dos cosas con las que cuento son mis fórmulas exclusivas y contratos especiales con granjeros para que planten los ingredientes que necesito en toda su plantación. Así me saldrá más barato.

–Una idea inteligente.

–Así lo creo yo también. En este último viaje que he hecho, he conseguido el ingrediente natural que permite que la mezcla se mantenga unida.

Él la estudió con detenimiento.

–Parece que sabes muy bien lo que haces. ¿Por qué no trabajas en la fábrica de tu familia? Parece que sería más seguro.

–Es un modo de mantener todo esto en secreto. Jamás se me habría ocurrido pensar que corría riesgo alguno. Además, prefiero trabajar sola.

–Lo entiendo –dijo él. Pero, por su tono, Miranda se dio cuenta de que aquello era lo único que entendía de su historia. Sin duda, no compartía la idea de que las mujeres necesitaran cosméticos.

–Mi producto le dará a la compañía un nuevo empuje, después de los problemas que tuvimos el año pasado. La asociación de derechos de los animales nos acusaron falsamente de hacer test con cobayas. No había nada de verdad en ello, y pensamos que fue un juego sucio de nuestro competidor, L'Mage. Quizás lo oyeras en las noticias.

–No, no oí nada. Pero, ¿por qué harían algo así?

–Para ganarnos mercado y por motivos personales. Mi padre y el propietario de L'Mage son rivales desde hace mucho tiempo.

–¿Hay alguna posibilidad de que Chase Beauty no quiera comercializar tus productos?

–Sí, la hay. Mi hermano quiere cambiar las directrices de la marca y hacerla más exclusiva. Pero esa no era la filosofía inicial –Miranda se interrumpió para oler el pepino que tenía en la mano–. Tiene un aroma muy fresco. Hace mucho que no hago mascarilla. Me voy a reservar un trozo. ¿Me pasas el plástico de envolver?

Él hizo lo que le pedía.

–Espero que no malgastes toda la comida en mascarillas para la cara.

–No la malgasto, la pongo a buen recaudo para un uso estupendo –agarró también unas hojas de lechuga.

Sin previo aviso, Nick aproximó la boca a un trozo que ella tenía en la mano.

–Para esto es para lo que sirve la comida –le dio un suave

mordisco y ella sintió que sus labios le rozaban la piel. La maniobra resultó extremadamente sensual–. Para comer.

Miranda tragó saliva.

–Pero también hay otros usos…

Sin dejar que terminara, tomó de su mano el resto de lechuga que quedaba y se la acercó a ella a la boca con sensual delicadeza.

Ella mordió con idéntica actitud y gimió de placer.

–¡Deliciosa!

–Vas entendiendo la idea –dijo él–. Las verduras son para comerlas, no para echárselas en la cara –alcanzó un tomate y se lo mostró–. Míralo. Es perfecto. Maduro, pero sin pasarse.

–Pues la verdad es… –le dijo ella, quitándole el cuchillo de la mano, antes de que partiera el preciado ejemplar–. Que el tomate es estupendo para quitar puntos negros.

–¡Ag! Ya no volveré a mirarlo del mismo modo –dijo él y volvió con sus espárragos.

–Y los espárragos tienen mucha vitamina A y revitalizan la piel.

–¡Eres imposible! –replicó él.

Ella sonrió contenta de haber ganado la pequeña batalla. Combinó los ingredientes en una ensaladera.

Nick dio el toque final a todos los platos y los colocó en al mesa. Ella se dirigió hacia el comedor con las muletas y se sorprendió al ver la exquisita disposición de lo que había servido y el tentador aspecto que tenía todo.

–Está precioso, Nick.

–Me alegro de que te guste.

–No creo que ningún hombre me halla preparado nunca la cena.

–Tampoco ningún hombre había permitido antes que te robaran delante de sus narices –dijo él, ayudándola a sentarse, luego le acercó otra silla para que colocara el tobillo herido–. Lo único que se echa de menos es un buen vino. Pero será mejor no pensar en nada así mientras tomas codeína –sirvió un zumo de manzana espumoso en las copas y alzó la suya–. Por tu pronta mejoría.

Ella levantó la suya.

–Por los viejos amigos.

–No –replicó él, con una mirada muy intensa–. Por los que fueron amantes.

# Capítulo Cinco

A Miranda le dio un vuelco el corazón. Con mano temblorosa chocó su copa contra la de él.

La cena que, hasta momentos antes, había sido distendida y relajada, se había convertido en algo desconcertantemente romántico.

Trató de concentrarse en la deliciosa comida.

–Esta carne es exquisita. Casi se deshace sola en la boca –dijo ella.

–Me alegro de que te guste. A Charlie le agradará saber que su acompañante es bien recibido en la casa.

–¿Su acompañante?

–Sí, me quedaré con él hasta que esté completamente repuesto. Lake Pleasant está demasiado lejos para venir a visitarlo todos los días.

–¿Es allí donde vives?

–Sí, en mi barco.

–¿Tienes que vivir en un barco? Qué triste.

Él se rio.

–No tengo que vivir ahí. Usé el dinero de mi seguro y el de mi retiro anticipado para comprarme un barco. Era algo que siempre había deseado. De momento estoy en el lago, pero pienso dirigirme a la costa en cuanto pueda.

–¿De vacaciones?

–No. Para siempre. Querría haberme marchado el próximo mes, pero he tenido que posponerlo –miró hacia la ventana con el ceño fruncido.

–¿Por lo de Charlie?

–No. Porque tengo que reunir algún dinero –dijo él y ella lo miró interrogante–. Mi ex mujer ha tenido ciertos problemas con los pagos a hacienda y yo le he prometido que me haría cargo de los gastos.

–Eso es muy amable de tu parte.

–Realmente no. Lo que no quiero es que los inspectores de hacienda me persigan a mí. Necesito plena libertad y marcharme de aquí sin ataduras.

–Y, cuando te vayas, ¿te quedaras sin casa?

–No. Mi casa será el mundo entero.

–No puedo imaginarme vivir así –dijo ella. Le provocaba vértigo

la sensación de no tener una dirección fija.

–¿Has estado alguna vez en un barco?

–Hice un crucero.

–Eso es estar en un hotel flotante. Yo me refiero a un barco de verdad, donde puedes sentir el poder del viento y de las olas.

–Entonces no, nunca.

–Es algo increíble, como nada que hayas sentido antes.

–¿Se vive bien en el lago?

–Los fines de semana es un poco ruidoso, pero yo tengo un buen lugar de atraque y el resto del tiempo es como estar en el cielo –pareció perderse en sus propios pensamientos por un momento–. Es el lugar más tranquilo posible. Solo se oye el canto de los pájaros, el aullido de algún que otro coyote y el sonido del agua al chocar contra el casco.

–Haces que suene realmente maravilloso.

Él sonrió.

–Tú lo odiarías, Miranda. Vivir en un barco es como estar eternamente de camping, solo que con más humedad. No creo que a ti te guste algo así.

–No seas tan rápido en sacar conclusiones.

–He visto tu baño. Tienes tantos cosméticos que podrían llenar mi barco entero.

–Yo solo te digo que soy más de lo que parezco a simple vista.

–Estoy seguro de ello –dijo él. Sus ojos se encontraron y se sintieron repentinamente transportados al pasado, a aquella noche de hacía una año en la que ninguno de los dos parecía tener suficiente del otro.

El poder animal que aquel hombre ejercía sobre ella era tan embriagador que Miranda se sintió desvanecer. Estiró la mano para dejar la copa pero se le resbaló. Al tratar de sujetarla, la silla se inclinó y el pie herido cayó de la silla al suelo.

–¡Ay!

–¡Cuidado! –le dijo él, ayudándola a colocar la pierna de vuelta en su lugar.

Miranda agradeció que el dolor hubiera aplacado la tensión sexual que había entre ellos.

Nick recogió el líquido caído y durante el resto de la cena Miranda se aseguró de que la conversación fuera menos intensa y más fluida.

–Estaba todo delicioso –le aseguró ella, dejando la servilleta sobre la mesa.

Apoyada sobre su pierna sana, se puso rápidamente de pie, ansiosa por dar fin a aquel encuentro.

–¿Por qué tienes tanta prisa? –le preguntó Nick–. ¿Estás

cansada?

–Debería trabajar un rato.

–¿Por qué no te relajas y dejas que se te cure ese tobillo?

–No puedo permitírmelo –dijo ella–. Tengo que cumplir con una serie de plazos. Tengo un competidor ansioso por ganar mi puesto.

–¿Alguien te ha dicho que eres indomable?

–No exactamente –dijo ella, recordando los adjetivos que Donald había usado en su último encuentro.

Miranda agarró unos platos, dispuesta a llevarlos a la cocina.

–Dame eso. No puedes llevar nada con muletas.

Ella lo siguió hacia la cocina. Cuando llegó ya estaba llenando el fregadero con agua.

–No tienes que fregar. Lilly estará aquí mañana. Ella lo puede hacer.

–No voy a dejarle tanto trabajo –respondió él.

Mientras él lavaba, ella se dedicó a preparar la infusión astringente que necesitaría para su próxima mezcla.

Nick tenía razón sobre una cosa en particular: estaba cansada y la codeína empezaba otra vez a hacer estragos.

Pero no quería darse por vencida estando Nick allí.

Se volvió para colocar los recipientes en su sitio, pero uno se le cayó de las manos.

–Déjame que te ayude –le dijo él recogiéndolo del suelo–. Pareces cansada. Deberías acostarte.

–Luego –dijo ella, que odiaba le dijeran lo que tenía que hacer.

–¿Dónde quieres que lo ponga?

–Ya lo hago yo –dijo ella, tomando el bote con tanta fuerza, que lo lanzó por los aires. Aterrizó justo al lado de ellos, salpicándolos a ambos con la fuerte composición que contenía.

–¡Ay!

–¡Esto quema! –dijo Nick–. ¿Qué es? ¿Ácido?

La agarró por la cintura y la tomó en sus brazos como si no pesara. Una vez en el fregadero le hundió la cara en el agua.

Ella alzó la cabeza y escupió agua.

–¡Me estás ahogando! –dijo ella–. Ahora, lávate tú.

Él se dio una rápida enjuagada.

–Estás más impregnada que yo. Tienes que limpiarte bien.

Miranda permitió que le echara abundante agua en el rostro, empapándola hasta la cintura.

–¿Qué demonios era esa cosa? –preguntó él.

–Un concentrado de mentol, vinagre y eucalipto. Es muy fuerte.

–¿Todavía te escuece?

–No, estoy bien. ¿Y tú?

–No me cayó tanta cantidad como a ti.

–Pues yo estoy empapada.

–Sí, eso parece –dijo él, mirando directamente a sus pechos que se insinuaban detrás de la camisa.

Ella se estremeció y no de frío.

–Estás helada –dijo él, tomándola una vez más en sus brazos–. Tienes que cambiarte de ropa.

–No tienes por qué llevarme en brazos.

–Te vas a resbalar con el agua y no me quiero sentirme responsable de otra herida más.

–Esta vez no ha sido culpa tuya. He sido yo la que ha tirado el bote –dijo ella, inadecuadamente feliz de estar en sus brazos. Odiaba sentirse débil y dependiente, pero en aquel instante le parecía maravilloso.

–¿Qué tal está tu cara?

–Bien –mintió ella.

Nick la llevó hasta el dormitorio y la dejó en la cama.

–Te traeré algo para que te puedas cambiar.

–Hay una bata en el baño.

Pronto apareció con una prenda de satén rosa en un brazo y una toalla sobre el hombro desnudo.

¡El hombro desnudo! Se había quitado la camisa, probablemente para que se secara.

¡Estaba imponente! Tenía unos brazos musculosos y un torso fuerte y bien marcado cubierto de un ligero vello que creaba un suave reguero hasta esconderse por la cinturilla del pantalón. Parecía totalmente ignorante del efecto que su apariencia tenía sobre ella.

Él le entregó las dos cosas y Miranda tardó unos segundos en poder hablar.

–Gracias –dijo. Le hizo una señal para que se volviera de espaldas.

–¿Realmente tengo que hacerlo?

Ella asintió y él obedeció de mala gana. Miranda se vistió a toda prisa.

–Ya –le dijo en cuanto estuvo lista.

Al volverse él observó deleitado la sensualidad del suave tejido que cubría su cuerpo.

–¿Necesitas algo más de mí? –le preguntó en un tono demasiado sensual.

Ella tragó saliva. Allí estaban los dos, él medio desnudo y ella apenas tapada con una fina tela que acariciaba delicadamente sus senos.

–No… gracias.

La mirada de Nick era una clara invitación a que cambiara de

opinión. Pero no lo hizo.

–Bueno, al menos lo he intentado –dijo él con un suspiro–. Iré por mi camisa.

Volvió del baño con su ropa en el brazo y se detuvo junto a la mesilla para ponerle una pastilla en un vaso de agua.

–Parece que lo único que hago es darte analgésicos.

Al tenderle la mano con el vaso, ella notó una cicatriz en el pecho.

–¿Eso es de cuando…?

–De cuando me dispararon. Es una de las tres que tengo –le mostró otra en el abdomen y una más debajo de las costillas–. Esta fue la que me atravesó el pulmón.

–¡Oh, Nick! Siento que tuvieras que pasar por todo aquello.

–Ya lo he superado –dijo él–. Y, al final, resultó ser algo bueno. Conseguí la baja permanente y eso me va a permitir vivir la vida de otro modo.

Ella lo miró fijamente.

–Pero te encantaba ser policía. Recuerdo que me lo dijiste.

Él frunció el ceño.

–Sin embargo, me fui en el momento adecuado. Empezaba a sentirme frustrado. Me daba la sensación de que no hacía sino cambiar la basura de sitio, pero nunca llegar a solucionar los problemas.

Su voz sonó cargada de amargura.

–Pero casi perdiste la vida por cumplir con tu obligación.

–Era parte de mi trabajo, eso es todo.

Miranda no podía apartar la mirada de la cicatriz.

–Parece peor de lo que es –le dijo él–. Puedes tocarla si quieres.

–No, no me atrevo –dijo ella.

Él le tomó la mano y se la colocó encima de la gran marca.

Pero su calor y su tacto le provocaron una sensación intensa que le aceleró la respiración. Sus ojos se encontraron y el deseo de hacía un año pareció revivir.

–Aquella noche tuve la sensación de que nunca podría cansarme de ti.

–Yo también.

–¿De verdad? –preguntó el con una mirada que confesaba abiertamente cuánto la deseaba.

–Quería más, mucho más… y muchas más noches –sin pensar, lo besó.

Él dudó un momento, luego la levantó de la almohada y respondió a su beso.

Miranda sintió su boca cálida y segura, tal y como la había sentido tiempo atrás, solo que mejor, porque el alcohol no

enturbiaba sus sentidos.

Ansió sentir el pecho ardiente de Nick sobre sus senos, pero el satén se lo impedía.

Como si hubiera leído su pensamiento, él le quitó suavemente la bata. El vello de su pecho rozó sus sensibles pezones. Ella atrapó su boca con más ansia.

¡Quería más, mucho más! Lo quería todo de él.

Lentamente, la mano de Nick se deslizó por sus piernas y se posó cálida e insinuante sobre su pubis.

–¡Oh! –gimió ella.

Pero, de pronto, Nick se detuvo.

–¡Aquí hay alguien! –dijo.

Miranda oyó entonces el sonido de unas familiares llaves. Era Lilly.

Se apartó de Nick a toda prisa y se ató la bata, justo en el momento en que Lilly asomaba la cabeza por la puerta.

–¡Oh! –dijo esta–. Lo siento.

–No pasa nada –respondió Miranda totalmente ruborizada–. No te vayas –le rogó con una fingida carcajada con la que trataba de quitar importancia a la tensa situación–. Permíteme que te presente. Este es Nick… un viejo amigo.

–Encantada de conocerlo –dijo Lilly claramente incómoda con la situación.

–Esta es Lilly –continuó Miranda–. Mi ayudante.

Nick asintió.

–La verdad es que nos conocimos por teléfono, hace aproximadamente un año –dijo él.

–No lo recuerdo –dijo Lilly, pero Miranda pudo intuir que mentía. Se preguntó el porqué de aquella extraña actitud. ¿Qué motivo habría tenido para ocultarle una llamada? ¿Habría querido protegerla después de su reciente decepción con Donald?

–He regresado antes de tiempo de mi viaje –dijo Miranda–. Y, por casualidad, me he encontrado a Nick sustituyendo a Charlie. Nos hemos puesto a hablar y… –incómoda con su propia inseguridad, Miranda decidió cambiar de tema–. Y, ¿cómo es que estás tú aquí?

Lilly se ruborizó.

–Yo… bueno… tenía que hacer una serie de cosas –miró fijamente a Miranda–. Pero, ¿qué le ha pasado a tu cara?

–Nada –respondió ella–. Me caí. También me he torcido el tobillo. Pero ya te lo contaré luego.

–¿Estás bien?

–Sí, estoy bien.

–Siento haberte molestado. Será mejor que hablemos mañana –

la mujer miró por última vez a Miranda e ignoró por completo a Nick.

Acto seguido se marchó.

–Estoy seguro de que ha pensado que he sido yo el que te he puesto los ojos así.

–No, no es eso. Es que no está acostumbrada a verme… a verme con nadie.

–¿Así que nunca te traes hombres a casa?

–He salido a cenar alguna vez que otra –se defendió ella.

–Pero nunca los invitas a café después.

La verdad era que, generalmente, no le apetecía nada más allá de un beso de despedida en el portal.

–He estado demasiado ocupada para tener una relación.

–¿Demasiadas cremas que mezclar?

–Exactamente.

Nick tomó su rostro entre las manos.

–Ya es hora de que me vaya. Es tarde y estás cansada. Además, creo que lo sucedido ha sido un error. El pasado es el pasado –la besó en la frente–. ¿Estás bien?

–Sí –mintió ella, decepcionada por su declaración.

–Mañana llamaré a los policías que han estado aquí.

–Gracias.

–Me alegro de haberte visto otra vez, Miranda.

–Igualmente.

Eso era todo. El pasado era el pasado. Tenía razón. Una relación entre ellos no tenía ningún sentido, ni los conduciría a ninguna parte. Así que se limitaría a concentrarse en su trabajo y se olvidaría de Nick… una vez más.

«Eres un verdadero idiota, Nick Ryder», se dijo a sí mismo, mientras bajaba por las elegantes escaleras de caracol.

Se suponía que tenía que cuidar a aquella mujer, no que seducirla.

Debería haber pedido una pizza en lugar de haberle preparado la cena.

Al acercarse a la puerta de salida, una voz lo sobresaltó.

–¿Se va tan pronto? –era Lilly.

–Es tarde.

Era una mujer muy hermosa, pequeña y femenina, a pesar de que parecía querer ocultar sus encantos.

Llevaba unas gafas que impedían ver bien sus ojos.

–Miranda no es el tipo de mujer que usted piensa –le dijo.

–¿Y qué tipo de mujer pienso yo que es?

–Puede resultar infantil a veces. Le han hecho mucho daño.

Lo miraba con desconfianza.

–No necesita preocuparse por mí. No hay nada entre nosotros. Buenas noches –dijo él y se marchó.

No había nada, ni lo habría. Miranda no era el tipo de mujer con el que debía relacionarse. Pertenecían a mundos distintos. Y él ni siquiera aprobaba una vida superficial como la que ella tenía.

Entró en el ascensor y dio al botón de la planta baja.

Se sentía inquieto, agitado. ¿Qué tenía Miranda que le provocaba unos deseos incontrolables de volver a su lado? Era aquella vulnerabilidad combinada con su empeño en mostrar fortaleza. Eso lo incitaba a protegerla, a hacer que las cosas le fueran más fáciles. Le gustaba sentirse necesitado.

Por eso se había complicado la vida con Debbie, su ex mujer, para quien nunca nada de lo que había hecho había sido suficiente.

No quería otra mujer así en su vida, no quería decepcionar a nadie más. Se marcharía al Pacífico en busca de la ansiada libertad. Soportaría con dignidad un par de días más abriendo y cerrando puertas para Miranda Chase y luego la apartaría de su vida para siempre.

# Capítulo Seis

En cuanto se sentó en el lavabo de la peluquería, Miranda se arrepintió de haber ido. Estelle, la peluquera, no paraba de hablar del robo.

Su intención había sido contarle que se había caído mientras esquiaba en México, pero Lilly ya había hablado con ella y le había hablado de lo sucedido.

Estelle no paraba de hablar sobre lo inseguro que se estaba convirtiendo aquel bloque de apartamentos. Miranda trataba de concentrarse en el agua caliente y reconfortante que caía sobre su cabeza, y trataba de olvidar el desafortunado encuentro con Nick que la había mantenido despierta toda la noche.

Pero no era fácil. Tenía sentimientos confusos y contradictorios a lo que no quería dar rienda suelta, pero que inevitablemente la torturarían mientras él estuviera cerca.

Menos mal que el ex policía se marcharía al día siguiente.

En el cuarto piso, Nick sujetaba la puerta del ascensor para que la anciana Irene Faraday entrara con su pequeño y recalcitrante perro.

–¿Cuándo regresa Charlie? –le preguntó la mujer, tal y como hacía cada día.

–Mañana –respondió Nick con un suspiro. Estaba ansioso por marcharse de allí, y más aún desde que había llegado Miranda.

La mujer miró con altivez y cierto desprecio el uniforme ajado e impropio de Nick.

–Según he oído, dejó usted que un ladrón nos aterrorizara ayer.

–¿Perdón?

–Estelle Moody me lo ha contado.

–¿Estelle Moody?

–La propietaria de la peluquería que tenemos en este mismo inmueble. Además, oí a los policías mientras jugaba mi partida de póquer con Nadine Morris, ya sabe, la madre del pequeño Ricky. Está divorciada. ¿A usted le gustan los niños, Nick?

–A mí…

–Lo entiendo. Ese pequeño Ricky está un poco malcriado –el perro hizo un ruido gutural como para subrayar el comentario. La mujer cambió de tema–. Fue a Miranda a quien robaron, ¿verdad?

Una chica agradable. Lo único malo es el olor.

–¿El olor?

–El olor que sale de su apartamento. Un día me desmayé por un vapor que salía de su ventana. Quién podría imaginarse que el jazmín pudiera ser tóxico. Nadine llamó a urgencias para que me pusieran oxígeno.

–Siento que fuera tan grave.

El perro reclamó la atención de Nick subiéndose a sus piernas.

–Ese uniforme debe oler a Charlie, por eso se sube. Charlie siempre sacaba a Dexter.

El ascensor se detuvo y un hombre vestido con un traje caro y profusamente perfumado entró.

–Buenos días, señor Lattimer –dijo la señora Faraday–. ¿Cómo está la señora Lattimer?

–Está muy bien, gracias –respondió secamente el hombre, ignorando por completo a Nick y sin mirar a la señora Faraday a los ojos.

–Le conté a su señora mi idea para una máquina de barajar cartas. Estoy segura de que es una gran idea para hacer dinero. Las que hay en el mercado no funcionan bien. Si usted quisiera ayudarme con la patente, podríamos compartir beneficios.

Lattimer se volvió y le lanzó una sonrisa paternalista y desagradable.

–Soy abogado de patentes industriales, señora, no trabajo con particulares. Pero gracias por pensar en mí.

La señora Faraday se quedó sin habla.

«Arrogante», pensó Nick. Los tipos como aquel estaban tan ocupados coleccionando coches caros y comprando trajes importados que se olvidaban de lo que era realmente importante.

Por eso, precisamente, se quería marchar de aquella ciudad, y huir de todo lo que no entendía…

Como sus sentimientos por Miranda Chase. Bueno, eran en parte comprensibles, porque la dama era una verdadera delicia: hermosa, vulnerable, con unos ojos verdes que invitaban a perderse en ellos.

Un gruñido lo sacó de sus pensamientos.

Miró para abajo justo en el momento en que Dexter le enganchaba el pantalón y empezaba a tirar.

–¡Lo siento! –dijo la señora Faraday toda azorada–. Me está castigando por no haberlo sacado antes.

–No se preocupe.

¿La estaba castigando a ella? Entonces, ¿por qué era él quien tenía un desgarro en la pernera?

Por fin el incómodo trayecto llegó a su fin.

El ascensor abrió sus puertas en la planta baja, dejando salir a

todos sus ocupantes, justo en el momento en que Miranda salía de la peluquería. Estaba perfecta incluso con muletas. Acababan de peinarla con un exótico juego de trenzas. Llevaba un suéter escotado y unos pantalones que marcaban todas las curvas de su increíble cuerpo. ¿Es que aquella mujer no tenía ropa amplia?

Tenía noticias que darle y aquel era un momento tan bueno como cualquier otro.

Estaba con Estelle, que parecía no poder parar de hablar. La peluquera la había acompañado hasta la puerta.

–Gracias otra vez –dijo Miranda, claramente ansiosa por librarse de la mujer. Al volverse, se encontró de frente con Nick.

–Miranda –dijo él.

–Hola, Nick –le molestó la espontánea felicidad que le provocaba verlo.

–Tenemos que hablar –le dijo él–. Me he enterado de algunas cosas.

Estelle seguía en la puerta, atenta a la escena.

Al ver que no tenía intenciones de irse de allí, Miranda y Nick se encaminaron al sofá que había cerca de la cabina de seguridad, lo suficientemente alejado de la peluquería como para que les permitiera cierta intimidad.

–¿Qué has averiguado?

–Al parecer hay un ladrón en la zona que se dedica a entrar en las casas a plena luz del día y que sabe abrir cajas fuertes. También entra ocasionalmente en algunas oficinas. Pensamos que ha podido ser él.

–¿Sí?

–Así que no tienes que preocuparte más por tus fórmulas. No era eso lo que buscaba.

Miranda no estaba tan segura.

–¿Qué posibilidades tienen de atraparlo?

–No lo sé. Te iré informando.

–Gracias, Nick –le dijo ella, mirándolo directamente a los ojos con sorprendente intensidad.

–Lo de anoche fue un error. No debería meterme en las habitaciones de las damas en bata de satén. Creo que me relaciono poco, lo que me hace vulnerable.

–Será eso –dijo ella, tratando de disimular su profunda decepción. Para ella había sido una experiencia sensual y maravillosa. Pero no iba a dejárselo ver–. Me alegro de que te dieras cuenta. No me estaba comportando como yo misma. Fue la codeína.

Se rio.

–Deberías tener más cuidado.

–¿Me estás diciendo que fue todo culpa mía? Porque eras tú el

que no dejaba de suministrarme drogas.

–No. Solo digo que con los medicamentos fuertes, a veces se pueden hacer cosas que uno no…

–¿Puede ayudarme? –los interrumpió Leonore Lattimer, la esposa del abogado que poco antes había bajado con Nick en el ascensor. La mujer lo llamaba con cierta impaciencia.

–Voy –le dijo Nick–. Ya te iré informando si me entero de algo más.

Miranda se quedó observando cómo Nick acompañaba a la mujer hasta su Range Rover y descargaba dos enormes jarrones.

A pesar de los bultos, le abrió la puerta a la señora Lattimer y llamó al ascensor.

Lo último que Miranda vio de él fue un guiño que le hizo justo antes de que se cerrara la puerta.

Aquella tarde, al abrir la puerta, Miranda se sorprendió al encontrarse a Nick.

–Tu paquete.

–Nick… No esperaba verte aquí otra vez.

–Mi último encargo –dijo él, entrando en la casa para depositar el paquete en la mesa de mármol.

–Gracias –dijo ella–. Al fin mañana te podrás quitar ese uniforme.

Miró la pernera rota y él le dio la explicación que tácitamente le estaba solicitando.

–Dexter me mordió.

Ella se rio.

–¿Qué tal tienes el tobillo? –le preguntó Nick.

–Mucho mejor –dijo ella–. Mañana voy al ortopeda. Me van a poner una escayola especial, para que pueda librarme de las muletas. Gracias por todo, Nick.

–Ha sido un placer poder ayudarte.

–Supongo que esto es una despedida –dijo ella, con una inadecuada sensación de tristeza.

–Sí –la observó en silencio unos segundos. Cuando volvió a hablar, su voz sonó extremadamente suave–. Te ofrecería un paseo en barco para que escucharas el aullido de los coyotes y pudieras contar estrellas conmigo, pero…

–Sería maravilloso.

–Pero eso no es lo que tú quieres. Tú buscas un tipo que beba vino caro y no cerveza de la lata, un tipo al que le guste el sexo sobre sábanas de seda y no bajo la luz de la luna.

–Eso no es cierto, Nick –dijo ella–. No le doy importancia a ese

tipo de cosas. Soy perfectamente capaz…

Él la interrumpió.

–No soy el hombre que tú necesitas.

Podría haberle rebatido aquella afirmación. Pero la verdad era que no sabía realmente qué era lo que necesitaba, ni lo que quería de un hombre. Además, ella tampoco era la mujer que él necesitaba. Solo que era un hombre demasiado educado para decírselo así de claro. Para Nick, lo que había entre ellos no era más que química, nada real.

Nick notó que Miranda se tragaba con dolor las palabras que querían fluir de su boca. Notó que se sentía decepcionada, pero que aceptaba el sentimiento sin más. Si hubieran terminado lo que habían empezado el día anterior, no habría sido capaz de renunciar a él tan fácilmente. Y eso fue lo que lo invitó a tomarla en sus brazos.

Las muletas cayeron sonoramente al suelo y Miranda gimió su rendición en cuanto la boca de él atrapó la de ella.

Nick quería obtener lo mejor de aquel momento, memorizar cada sensación para que se quedara eternamente presente en él.

Pero, cuando rompió el beso, comprobó que no se sentía mejor.

Se inclinó, recogió las muletas y se las devolvió.

–Adiós, Miranda.

Ella lo miró desconcertada y él cerró la puerta antes de arrepentirse.

En cuanto bajó las escaleras, le entregó las llaves al guarda de noche y se marchó.

Miranda se arrepintió de aquel último beso en el instante mismo en que lo vio marchar. La había dejado frustrada y necesitada de más.

No podía permitirse aquel tipo de relaciones. Pues, aun en el caso de que Nick la deseara, solo querría algo pasajero. Ella no sabía si sería capaz de mantener la cabeza fría en vista de cómo reaccionaba a sus besos.

Respiró profundamente y agarró el paquete que Nick le había traído. Era pequeño. No tenía dirección, ni franqueo.

Dentro, en una caja de terciopelo, encontró un frasco de cosmético y una nota.

«No hay secretos para nosotros. Te tenemos».

–¡Dios santo! –dijo ella. Con los dedos temblorosos abrió la tapa. El olor le resultó dolorosamente familiar.

–Mi crema limpiadora –susurró ella.

El ladrón había tomado fotos de sus fórmulas, y aquella era la

confirmación.

Sintió un escalofrío. Necesitaba ayuda.

A toda prisa, bajó en busca de Nick. Lo encontró en el aparcamiento a punto de tomar su coche.

–¡Nick! –gritó ella y él se volvió y la esperó.

Le contó lo sucedido con todo detalle.

–¿Estás segura de que es la misma mezcla que haces tú?

–Claro que estoy segura.

–¿Por qué pueden querer que sepas que te la han robado?

–¿Para asustarme? ¿Para obligarme a que me dé por vencida?

–¿Has tocado mucho el paquete?

–No.

–Sacaré las huellas dactilares –dijo él, y se puso en marcha hacia el edificio.

–Espera –le dijo ella.

Él se volvió a mirarla.

–¿Me vas a ayudar? –le preguntó Miranda.

–Te estoy ayudando. Vamos.

–Me refiero a una ayuda real y profesional.

–Bueno, la policía está para eso.

–Tú mismo me dijiste que no tenían gente suficiente. No tienen tiempo para crímenes de este tipo. Además, no conocen la industria. Si tú y yo trabajamos juntos, podemos dar con los responsables.

–No lo sé.

–Te pagaré. Me dijiste que necesitabas dinero.

–No.

Ella lo miró fijamente durante unos segundos.

–De acuerdo. Tendré que contratar a un investigador privado.

–Eres la mujer más cabezota del mundo.

–¿Y bien? ¿Lo harás o no?

Él resopló.

–Tomo esa respuesta como un sí. No te arrepentirás. Formaremos un gran equipo.

–Lo haré solo con dos condiciones –dijo Nick–. Primero, no permitiré que me pagues.

–Pero es un trabajo y necesitas dinero. Dijiste…

–Miranda, quiero hacer esto como amigo.

–Pero…

–Lo digo en serio.

–De acuerdo, no te pagaré. ¿Cuál es la otra condición?

–Que la investigación se haga a mi modo. Seré el que dirija.

–Por supuesto –respondió ella.

–Estamos de acuerdo, entonces –se encaminó hacia la puerta de entrada a toda prisa y ella lo siguió a duras penas con las muletas–.

Mientras yo llevo las pruebas a la comisaría, quiero que tú hagas una lista de todas las personas que saben dónde guardas tus fórmulas o que puedan tener un motivo para robarlas. No dejes a nadie fuera, ni a amigos ni a familiares. La mayoría de los crímenes de este tipo suelen tener su origen en alguien próximo.

–De acuerdo –dijo ella. También llamaría a Raul Quintero, un escritor autónomo que dedicaba artículos en *Cosmetics Pulse*. Le pediría que hiciera una discreta investigación sin alertar a sus competidores.

Nick observó a Miranda absorta en sus pensamientos y recapacitó sobre los peligros de lo que estaban a punto de iniciar juntos.

Iba a sumergirse en el mundo de Miranda Chase, lo quisiera o no, y eso era jugar con fuego.

# Capítulo Siete

Dos horas más tarde, Lilly le abrió la puerta del apartamento de Miranda a Nick.

No parecía precisamente feliz de que Nick estuviera trabajando en el caso. No se fiaba de él.

–Lilly, podrías servirle a Nick algo para…

Antes de que Miranda pudiera terminar su petición, Lilly apareció con un plato de pollo y verduras, y una cerveza para él. Puso los platos con cierto desdén sobre la mesa.

–Gracias –dijo Nick.

–Estaré en mi dormitorio –dijo secamente la mujer mientras se retiraba. Nick sacó la crema y la dejó sobre la mesa–. No tiene huellas dactilares. ¿Has hecho la lista?

Miranda asintó y le señaló un papel que estaba sobre la mesa.

Nick lo leyó.

–Aquí solo hay cuatro nombres y tres de ellos son empresas.

–Lo sé. Son mis competidores principales. L'Mage es nuestro enemigo histórico. Pero el sospechoso más claro para mí es Lyle Lattimer. Vive aquí y podría controlar mis entradas y salidas.

–¿Lattimer? Me lo he encontrado en el ascensor esta misma mañana.

–Es un abogado especializado en patentes y lo vi hace unos días en un congreso de belleza y cosmética. Debe de tener un cliente en el campo. Creo que deberíamos interrogarlo.

–¿Interrogarlo?

–Ya te he dicho que es mi principal sospechoso.

–Tú no tienes que sacar conclusiones ni interrogar a nadie, solo tienes que hacer una lista. Añade más nombres, cualquiera que pueda tener algún resentimiento contra ti o alguien con quien hayas tenido problemas en el pasado. Yo me encargaré de hacer las preguntas. Y la primera persona con la que quiero hablar es Lilly.

–¿Lilly? Lilly nunca me haría daño.

–Trabaja contigo. Podría tenerte celos.

–Lo siguiente que harás será acusar a mi hermano, solo porque no estamos de acuerdo en algunas cosas.

–Escríbeme su nombre y su teléfono.

–No seas ridículo.

Él la miró con frialdad y dureza.

–De acuerdo, de acuerdo. Tú llevas la investigación –dijo ella

mientras le escribía el nombre y el teléfono en un papel.

–Termina la lista mientras hablo con Lilly. Para mañana, quiero que me organices los interrogatorios en Chase Beauty.

–Pero..

–Sin ponerlos en alerta.

–¿Qué les vas a decir?

–Les voy a preguntar dónde estaban los pasados días y hablaré con ellos sobre los cosméticos.

–Por cierto, no quiero que le cuentes a mi padre lo sucedido. Creerá que estoy en peligro y me pondrá un guardaespaldas. Eso sería ridículo.

–Miranda, sé exactamente lo que hago.

–No acuses ni a mi hermano ni a él de nada, por favor.

–Miranda…

–De acuerdo, de acuerdo. Tú sabes lo que haces. Pero sé sutil.

Él resopló indignado.

–Está bien, ya me callo. Y, ¿qué vas a hacer ahora?

–Voy a hablar con los de mantenimiento, por si vieron algo o a alguien extraño. También interrogaré a los residentes. Puede que alguien dejara entrar al ladrón. ¿Quién tiene las llaves de tu apartamento?

–Mi hermano Theo. A veces se queda aquí, cuando ha bebido demasiado y no quiere conducir hasta su casa.

–¿Quién más?

–Lilly.

–Bien, hablaré con Lilly.

–Será una pérdida de tiempo.

–Quizás. Pero puede que haya cosas que no sepas sobre ella. Como, por ejemplo, por qué apareció ayer por tu apartamento sin previo aviso, cuando se suponía que debía estar en Nuevo México.

–Seguro que hay una explicación razonable para eso. No podría creerme jamás que Lilly quisiera hacerme daño.

–Nunca se sabe.

–¿Es que no confías en nadie?

–En quién confíe yo es irrelevante. Eres tú la que tiene que tener cuidado. Posees algo que otros quieren, yo no. Yo tengo y mantengo una vida muy sencilla.

Miranda lo miró fijamente. Era tan diferente a ella que se estremeció. No quería ataduras. No tenía fe en la gente. Aunque, mirando en su interior, eso no parecía tan cierto. Más bien era un hombre que huía de algo. Le habían hecho daño. Probablemente su ex mujer.

Él se encaminó hacia la puerta.

–Una última cosa, Nick.

–¿Sí?

–Me gustaría poder hablar con un amigo periodista que siempre se entera de todo.

–Adelante, llámalo –dijo antes de partir.

Menos mal, porque ya lo había hecho.

El hermano de Miranda llegó a la sala en la que Nick estaba realizando los interrogatorios tarde y con mala cara. Tenía los mismos ojos verdes de su hermana solo que más pequeños.

Miró ostentosamente a su reloj de oro y se dirigió a Nick.

–Tengo solo unos minutos. Salga fuera conmigo. Necesito un cigarro.

Nick lo siguió hasta una terraza en la que había unos bancos. En cuanto se sentaron, Chase sacó la cajetilla y le ofreció tabaco.

–No fumo –dijo Nick.

–Yo estoy dejándolo –sacó unas cerillas con el logo de un hotel, el Hermosa Inn, y encendió el cigarro–. ¿Y bien? ¿De qué va todo esto?

–Estoy ayudando a su hermana en una investigación.

–¿Qué? –dijo él soltando una bocanada de humo.

Nick le explicó la situación.

Él hombre torció la boca en un gesto de mofa.

–¿Mi hermana piensa que alguien le ha robado sus fórmulas? –agitó la cabeza de un lado a otro–. No me extrañaría que todo esto fuera un montaje suyo.

–¿Por qué iba a hacer algo así?

–Por publicidad –dijo Chase y miró fijamente a Nick–. ¿Conoce bien a mi hermana?

–Lo suficiente como para ayudarla en esto.

–Buena suerte, amigo –le dijo, dándole unas palmadas en el hombro–. No se deje llevar demasiado por mi hermana. Es muy entusiasta, pero está totalmente equivocada en cuanto al modo de hacer las cosas. Trabaja con una idea anticuada. Es una soñadora.

–Pues a mí me parece que se lo toma muy en serio.

–Siempre hace las cosas muy en serio –le dijo el hermano y se encogió de hombros–. Ahora me tengo que ir –tiró el cigarrillo–. Si necesita algo más, dígaselo a mi secretaria.

No le dio a Nick ni la oportunidad de darle la tarjeta. Theo Chase no parecía tener interés alguno en lo que su hermana hiciera o dejara de hacer. Era molesto y arrogante. A Nick le habría gustado haberlo agarrado de las solapas y haberlo agitado hasta que se le bajaran los humos, y mostrara más humildad y cierto respeto por su hermana.

Por el contrario, el padre de Miranda, Carl Chase, parecía apoyar al cien por cien el trabajo de su hija. También era extremadamente protector y se había pasado más tiempo interrogando a Nick sobre quién era, que viceversa.

Nick se había cuidado muy mucho de contarle al hombre el asalto a su hija y a la caja fuerte, tratando así de evitar que se asustara.

La entrevista posterior con media docena de directivos y un par de managers no lo llevó a ninguna parte. Todos lo miraban con distancia y cierta sospecha y se limitaban a responder escuetamente a las preguntas, sin rellenar los silencios que intencionadamente creaba para poner nervioso a un posible culpable.

Tras los interrogatorios regresó a Palm View, el edificio de Miranda, sin dejar de pensar en sus sospechosos.

Tenía sentimientos contradictorios respecto a Lilly. Por un lado la notaba ambiciosa, pero por otro parecía francamente agradecida a Miranda. Procedía, como él, de la clase obrera, lo que le provocaba cierta simpatía hacia ella. Según decía, le debía mucho a Miranda, pues le había dado un buen trabajo y un lugar para vivir.

Sin embargo, durante todo su encuentro la había notado nerviosa, con las mejillas encendidas y no había dejado de jugar con un bolígrafo que tenía en la mano y en el que figuraba también un logo.

Lo único que había sacado en claro hasta entonces era que aquel caso le iba a llevar más tiempo del que había pensado en principio. No obstante, y a pesar de los pesares, sentía curiosidad.

Saludó a Charlie, que ya había retomado su puesto, al entrar en el portal. Estaba estupendo con el nuevo uniforme que le había regalado.

Luego subió a casa de Miranda. Se preguntaba con qué lo sorprendería en aquella ocasión.

–Tengo un plan –dijo ella nada más verlo.

–Por qué será que me lo esperaba…

Ella frunció el ceño y se apartó para dejarlo pasar. Por el tipo de escayola que llevaba supo que había ido al ortopeda.

–¿Ya no necesitas muletas?

–No. ¿A que esto es estupendo? –levantó la pierna y la movió de un lado a otro.

–Estupendo, sí –asintió él, pensando que mejor aún era el vestido corto que llevaba.

–¿Has encontrado algún sospechoso en Chase Beauty?

–De momento no.

–Ya te lo dije –dijo ella–. Yo he conseguido hablar con Raul Quintero, el intrépido reportero, y se ha puesto a investigar

también. Le he prometido una exclusiva en espionaje industrial si consigue algo. Lo bueno es que eso será, además, buena publicidad para mi nuevo producto…

–¿Y tu plan? –la interrumpió él.

–Sí, un momento –se encaminó a la mesa y regresó con un papel–. He hecho una lista con todos los residentes de este edificio que puedan saber algo o puedan tener algún motivo para el robo.

–Estupendo –dijo él.

–Entonces me encargaré de interrogarlos.

–Tú no vas a interrogar a nadie. Aceptaste…

–Sí, sí, que tú llevarías la investigación. Pero conozco bien a toda esta gente. Tú no eres más que un desconocido para ellos. Será más fácil que hablen conmigo.

La tenía tan cerca y olía tan bien que Nick no podía centrarse en lo que decía. Tardó en responder, pero finalmente cedió reconociendo que tenía parte de razón.

– Iré contigo.

–¡De acuerdo!

–Y haré las preguntas.

–Bien. Empezaremos con Lyle Lattimer. Como verás he subrayado su nombre.

Ya ante la puerta de Lattimer él le susurró:

–Supongo que no me vas a hacer caso si te pido que no hables. Pero trata de no decir nada inadecuado. Es abogado y nos puede acusar de algo.

–Solo lleva patentes.

–Miranda…

–De acuerdo, de acuerdo.

Nick resopló agotado. Tenía que conseguir que Miranda no se metiera en problemas.

Diez minutos más tarde se dio cuenta de que esa era una empresa imposible, cuando se encontró metido en el armario del recibidor de Lattimer. Al sonar el teléfono, se habían despedido de él, metiéndose acto seguido en el armario del recibidor por invitación de Miranda.

Ella había visto publicidad de L'Mage en su escritorio y quería saber de qué se trataba.

Nick, que se había visto envuelto en una situación que no había buscado, habría deseado recriminarla duramente. Pero no podía. Lattimer estaba a solo unos metros de ellos, hablando por teléfono.

–Sí. Les dije que necesitaba ese archivo… De acuerdo, ya voy para allá.

Lattimer tardó unos segundos en abandonar el apartamento.

En el momento en que la puerta se cerró, Nick salió del armario.

–Antes de que me grites, escúchame –le dijo ella–. Necesito solo un momento para mirar sus archivos y abrir su ordenador. Tengo una corazonada…

–¿Una corazonada? No creo que la policía aceptara esa excusa como algo razonable para un allanamiento de morada.

–No va contra la ley encontrarse atrapado en una casa, ¿verdad? No vamos a robarle. Si no tiene nada que ver con el asunto, esto le benficiará.

–Deberías buscarte un abogado –le dijo Nick pero sin detenerla–. No puedo creer que te haya permitido meterme en esto.

Ella encendió el ordenador, pero vio con desconcierto y profunda decepción que los archivos no estaban nombrados, sino numerados.

Acababa de acceder al más reciente, cuando oyeron que alguien introducía la llave en la cerradura.

Nick agarró a Miranda y la metió en el armario de nuevo.

La puerta se abrió y se oyeron las voces de una mujer y un hombre. Parecían estar besándose. Ella era sin duda la señor Leonore Lattimer –¿Cuánto tiempo tenemos? –murmuró un hombre cuya voz no correspondía con la de Lyle.

–Tiene reuniones toda la mañana. No volverá hasta dentro de un par de horas.

–¡Cielo santo! –dijo Miranda.

–Fantástico. Ahora no solo somos allanadores de morada, sino también voyeurs.

El espacio dentro del armario era tan reducido, que Miranda y Nick estaban prácticamente el uno en brazos del otro.

La pareja que estaba al otro lado de la puerta empezó a gemir y a reír. Estaban haciéndolo en el salón. Los cuerpos desnudos se restregaron contra la piel del sofá.

–Creo que vamos a estar aquí un buen rato –dijo Nick.

–Sí, me temo que sí –dijo ella, poseída por un repentino e incontrolable deseo.

Los dos se abrazaron al mismo tiempo y con tanta fuerza, que perdieron el equilibrio y golpearon la puerta del armario.

–¿Qué ha sido eso? –preguntó Leonore.

Nick y Miranda se quedaron inmóviles.

–Nada –le dijo el hombre.

La pareja continuó a lo suyo.

–Hemos estado a punto de tener problemas serios.

–No me culpes –le dijo ella–. Ha sido tu codo el que ha golpeado…

–¡No me refiero a eso! Quiero decir que no deberíamos… ¡Déjalo!

Unos minutos después la señora Lattimer y su amante se encaminaron hacia el dormitorio.

–¡Prepárate!

En cuanto oyeron cerrarse la puerta, salieron a toda prisa del armario y del apartamento, dejando a los pecadores en paz.

# Capítulo Ocho

En cuanto estuvieron en el ascensor, Nick la soltó.

–Me prometiste que te portarías bien.

–Te prometí que no diría nada inapropiado y no lo he hecho.

–Pero me has metido en un armario –él agitó la cabeza–. Necesito un psicólogo. No sé qué me pasa cuando estoy contigo: pierdo la razón.

Miranda no sabía si sentirse halagada o insultada.

–¿Adónde vamos ahora?

–Tú te vas a tu apartamento. Yo voy a aclarar un poco mi cabeza y a hacer el trabajo como considero que debe hacerse.

–No sé por qué te quejas tanto. Hemos salido sin problemas de casa de Lattimer.

–Sí, al más puro estilo de Abbott y Costello.

Él sonrió, pero parecía totalmente decidido a hacer las cosas a su modo.

–Te dejaré que lo hagas todo tú solo, pero con una condición.

–¿Qué condición?

–No me mires así. Solo es un pequeño favor.

–¿Tendré que meterme en un armario?

–No. Solo quiero que pruebes uno de mis productos.

–¡Un maquillaje de esos! ¡Ni hablar!

–No te pongas todo machito. Es una mascarilla limpiadora diseñada específicamente para hombres. Te gustará. Te facilitará el afeitado y te hará parecer más joven.

–¿Tengo aspecto de viejo? –preguntó él ligeramente tenso.

«Estupendo», pensó ella. «Tiene un punto de vanidad».

–No, no es eso. Tienes un aspecto… fantástico –no estaba dispuesta a decirle que le parecía tremendamente atractivo–. Pero esta crema te ayudará a estar aún mejor.

–No sé…

–O eso, o me iré contigo a los interrogatorios.

–Está bien. Lo haré cuando vuelva. Pero que sea rápido.

–Tardarás solo cinco minutos en aplicártelo y otros tantos en aclarártelo. Piensa en todos los hombres a los que estarás ayudando en el mundo.

–Sí, claro. Soy un verdadero héroe que va a salvar al género masculino de las arrugas –agitando la cabeza se encaminó al ascensor.

Miranda se metió en su apartamento y se quedó unos segundos apoyada en la puerta. Tenía el corazón acelerado por el deseo. ¿Qué demonios le pasaba cuando tenía a ese hombre cerca? Aquel ansia de Nick se le estaba yendo de las manos.

Se estremeció al pensar en lo que podría haber sucedido en el armario.

Se encaminó hacia la cocina con la sensación de sus besos en los labios.

Tenía que admitir que estaba contenta de tenerlo a su lado, de hacer cosas con él. Incluso lo desagradable le resultaba divertido en su compañía. Era diferente a todos los hombres con los que había estado. ¿Y si lo que sentía era más que puro deseo? No se atrevería a permitir nada así. Él se marcharía muy pronto. Tenía que apartarlo de su pensamiento.

Suspiró y se encaminó a su cocina laboratorio.

Trabajó intensamente durante dos horas, al cabo de las cuales, Nick regresó.

–¡Estoy en la cocina! –le dijo ella al oír que la llamaba.

Él se aproximó a ella y miró por encima de su hombro.

–¿Qué cocinas?

–Lavanda y agua de rosas.

–¿Es eso lo que quieres probar en mí?

–No.

–Bueno, pues vamos a hacer el experimento científico.

–Lo dices como si fuera una tortura. Anda, siéntate –Miranda se lavó las manos y sacó la crema de la nevera.

Nick hizo lo que le pedía.

–¿Has averiguado algo?

–No demasiado –dijo él y miró el bote que ella tenía en las manos–. ¿Es eso?

–Esto es crema limpiadora. Luego va la mascarilla.

–¡Me dijiste un solo producto!

–¡No seas infantil!

–Debería haberme imaginado que habría algo más. Contigo siempre lo hay.

–Deja de quejarte y compórtate como un hombre –impregnó un algodón con crema limpiadora.

–Permitiendo que me hagas esto, no me siento precisamente como un hombre.

–¿No te parece mejor que llevar el uniforme de Charlie?

–Pues, para que lo sepas, a Nadine Morris le gusto incluso con ese uniforme.

–¿Sí? –ella se detuvo a unos centímetros de su cara.

–Sí. Hemos estado hablando en su apartamento. Trabaja mucho

y no tiene ocasión de conocer a muchos hombres.

Así que Nadine Morris había estado intentando ligar con Nick. Se sintió estúpidamente celosa. Aunque, por otra parte, lo comprendía. ¿Cómo podía ninguna mujer resistirse a él?

–Hay gustos para todo –dijo ella y comenzó a impregnarle la cara con la crema. En ese mismo instante la tensión creció. No se había planteado a priori lo que sentiría al estar tan cerca de él. Era como verse una vez más pegada a su cuerpo dentro de un armario vacío. Demasiado tentador–. Toma, hazlo tú –se apartó–. Tienes que extendértelo haciendo círculos sobre el rostro. Luego te lo tienes que aclarar en el lavabo.

Él suspiró, hizo obedientemente lo que ella le pedía y luego se mojó la cara.

–Espera a que el agua caliente te abra los poros.

Él la miró con cara de pocos amigos y continuó.

–Estoy convencida de que Lattimer es nuestro hombre –dijo Miranda.

Nick levantó el rostro empapado de agua.

–¿Nuestro hombre? –preguntó con sorna.

–Habla con él otra vez, ¿de acuerdo? –antes de que él pudiera objetar, ella continuó–. Prometo no intervenir.

–No te creo –dijo él.

Tenía el rostro húmedo y limpio y las puntas del pelo mojadas, lo que le daba un aspecto sensual y seductor.

Nick se secó la cara y continuó.

–Charlie ha hablado con los de mantenimiento y con los bomberos que estuvieron aquí cuando se atascó el ascensor. Nadie vio nada. La dueña del salón de belleza ha insistido mucho en decirme lo peligroso que es este edificio, el gran talento que tienes y lo sano que es tu pelo.

Miranda lo miró avergonzada.

–¿Te ha dicho eso?

–Sí. Y que tus uñas son muy fuertes también –dijo él con un ridículo gesto.

–Ella y Lilly son amigas y estoy segura de que hablan de mí –ella abrió el frasco que contenía la mascarilla.

–¿Eso es lo que me vas a echar?

Ella asintió.

–Parece mousse de salmón –continuó él.

–Es el aceite de zanahoria lo que le da ese color.

Él aspiró el olor que tenía.

–Es muy fuerte. ¿Qué contiene?

Ella le dijo los ingredientes.

–No parece que tenga nada mágico.

–Le he añadido algunas vitaminas y hormonas vegetales.

–¿Hormonas? Un momento, no me irán a salir pechos.

–Claro que no. No se trata de hormonas sexuales. Solo ayudan a dar vigor a la piel.

Se acercó peligrosamente a él, metiéndose entre sus piernas. Era una situación de insinuante proximidad, pero no podía dar marcha atrás.

Puso un poco de crema en otro algodón.

–Tienes que aplicarte esto, haciendo hincapié en la frente, pómulos y barbilla. Que quede una capa gruesa y homogénea.

Él la miraba tan fijamente a los ojos que le resultaba imposible concentrarse.

Por fin, tomó un poco de crema con dos dedos y se la aplicó sobre el rostro a modo de pintura de guerra.

–Ahora extiéndetelo bien.

–¿No es suficiente con esto?

–¡Por favor! –impaciente, optó por aplicársela ella misma, a pesar de sus reticencias. Tenía la piel caliente y los músculos de su rostro se notaban firmes. Muy pronto, un insinuante calor comenzó a fluir entre sus cuerpos.

–Esto es estupendo –dijo él con los ojos cerrados.

Un poco de crema le cayó en los labios y ella se lo quitó suavemente con un dedo. Él abrió la boca y le tocó la yema con la lengua.

Ella inspiró con fuerza y sintió que el cuerpo se le derretía de placer.

Lo miró firmemente a los ojos, llena de deseo. Una vez más, él le pasó la lengua por el dedo, como esperando a que se retirara. Pero no lo hizo.

Soltó finalmente el dedo, buscó su boca y la tomó en sus brazos. Las mejillas de Miranda se impregnaron de mascarilla.

Él rompió el beso y murmuró:

–¿Qué sucede ahora?

–Tenemos que dejarla actuar durante media hora –susurró ella.

–Media hora, ¿eh? Supongo que tendremos que buscarnos algo que hacer durante ese tiempo.

La agarró como a una novia, y ella se sintió pequeña y vulnerable cobijada en sus brazos. Sentía sus senos turgentes rozando su torso. La fiereza de su beso le decía que él la deseaba tanto como ella lo deseaba a él.

Podía notar que estaba fuera de control, como un adolescente. Miranda le provocaba algo contra lo que no podía luchar.

Nick deslizó las manos por el torso de ella hasta los montes de sus senos. Allí se deleitó con sus pezones. El contacto la electrificó y

apretó su seno contra la mano de él, como si no tuviera suficiente.

Aún con el rostro impregnado de crema naranja aquella mujer le resultaba increíblemente hermosa. Sintió un deseo incontenible.

–Una cama –dijo él–. Necesitamos una cama.

Ella asintió.

–Vamos a quitarnos la mascarilla –Nick agarró una toalla y limpió el rostro de Miranda–. ¡Vaya!

–¿Qué pasa?

–Esto –él retiró toda la crema de su piel y se volvió hacia ella.

–¡Estás naranja!

–Tú también.

–Cielo santo… la emulsión ha debido potenciar la acción del caroteno.

–¿Estoy muy mal? –le preguntó Nick.

–No demasiado –respondió ella, horrorizada con lo que le había hecho. Tenía toda la cara naranja, con la única excepción de dos círculos blancos en los ojos y otro en la boca–. No te preocupes, tengo el cosmético adecuado para esto en el baño.

–Quizás más tarde –se aproximó a besarla.

–No podemos dejar que el color penetre en nuestra piel. Será un momento. Ven conmigo –lo condujo al piso de arriba con determinación, aunque él seguía intentando besarla–. Se te quitará. No hay razón para asustarse…

Apenas había terminado la frase cuando, tras abrir la puerta del baño, se contradijo con un gran grito.

En el gran espejo, había escritas unas palabras amenazadoras. Pero lo que realmente le provocó terror fueron los ratones. Docenas de ratones blancos habían tomado posesión del lugar y corrían de un lado a otro como posesos.

Miranda se lanzó como una desesperada a brazos de Nick.

–¿Qué demonios es esto?

–¡Cierra la puerta, cierra la puerta! –le rogó ella.

Para cuando lo hizo, Miranda ya había visto que varios roedores se habían metido en su dormitorio.

–Tranquila, no pueden hacerte nada.

–¡Sácame de aquí! –estaba rígida de terror y ocultó el rostro en el pecho de Nick–. ¡Sácame de aquí, por favor!

Nick bajó las escaleras con ella en brazos y vio que un grupo de ratones bajaban con ellos.

–¡Dios santo! –susurró ella y cerró los ojos.

Nick hizo una pausa en el piso de abajo.

–¡Vámonos fuera! –dijo ella señalando la puerta.

Hasta que no estuvieron en el descansillo con la puerta cerrada Miranda no pudo respirar. Lentamente, abrió los ojos.

–Relájate –le dijo Nick–. Ya estás a salvo. Jamás me habría imaginado que te dieran tanto miedo los ratones.

–Tengo una fobia. Mi hermano solía torturarme con su mascota, metiéndomelo en la cama cuando era pequeña. Ahora no los puedo soportar.

Ella sintió un escalofrío y se apretó contra él.

–¡Qué imagen tan dulce! –dijo la señora Faraday que acababa de salir del ascensor y se encaminaba hacia ellos–. Y a media mañana.

–Señora Faraday, no es lo que parece –dijo Miranda avergonzada, aunque tratando de sonreír a la mujer.

–Que sea vieja no significa que sea ciega –dijo la mujer y les hizo un guiño.

–No, de verdad, no es lo que usted cree, no estábamos… Verá, había… bueno, no importa.

–Por favor, no tengo problema en que una pareja sana se dé una alegría a media mañana –los miró con detenimiento–. ¿La cara naranja? ¿Es eso lo que se hace hoy en día? –agitó la cabeza de un lado a otro y se metió en casa de Nadine Morris.

Al menos no entró a decirle a Nadine que saliera a ver el espectáculo, aunque estaba segura de que le daría cumplida cuenta de lo que acababa de ocurrir.

–Menos mal que no se me ha escapado lo de los ratones –dijo Miranda y sintió un escalofrío–. ¡Es tan espantoso!

–¿Qué ponía en el espejo? ¿Lo recuerdas? –le preguntó él.

–«Chase Beauty, asesinos. Parad o haremos que paréis» –aquellas palabras, escritas en rojo, le resultaban increíblemente familiares–. ¡Claro!. Era lo que los activistas ponían en sus pintadas una año atrás, cuando nos acusaron de utilizar animales.

–Sí, recuerdo que me lo contaste.

De pronto se dio cuenta de algo más.

–El rojo era «candy-apple».

–¿Qué?

–Es el tipo de color que ellos decían testábamos en animales. Había otro slogan: «Candy-apple es veneno».

–Interesante –dijo Nick y frunció el ceño–. ¿Y L'Mage estaba detrás del incidente de hace un año?

–Sí. Lo sabemos con certeza, pero nunca pudimos probarlo.

–Puede que esta vez alguien quiera que pienses que es L'Mage. También puede ser algún activista loco.

Ella sintió un escalofrío.

–¿Crees que eso es posible?

–Todo es posible. Han debido meter los ratones mientras estábamos en casa de Lattimer. Así que debe de ser alguien que sabe muy bien todos tus movimientos y que puede entrar en tu casa

cuando y como quiere. Por cierto, ¿dónde está Lilly ahora?

–En clase. Los martes y los jueves siempre va a clase hasta las cinco.

–Muy oportuno.

–No puede ser Lilly. Me gustaría que te quitaras esa fijación que tienes con ella.

–Alguien trata de asustarte y puede ser cualquiera. Por cierto, has dicho que tu hermano solía aterrorizarte con ratones.

–Sí, pero…

Nick abrió la puerta.

–¡No entres ahí!

–Necesito examinar la escena, llamar a los detectives para que tomen huellas y avisar a los exterminadores.

–¡Pero yo no puedo entrar!

–Exacto. Quizás lo que querían era que te tuvieras que ir y así tener tiempo para actuar con más calma. Así que te irás, pero no sin haberles puesto primero una trampa.

–Pero, adónde voy a ir.

–A mi barco. Sé que allí estarás segura.

–¿Tu barco? –ella tragó saliva.

–Parece que, después de todo, lo vas a ver.

–Pero, Nick…

–Estoy al mando, ¿recuerdas? Te vas a ir a mi barco y no quiero objeciones.

Una hora más tarde ya estaban de camino a Lake Pleasant en el jeep de Nick.

Por orden de este, Miranda había hecho una mezcla falsa que imitaba su fórmula, con el corazón en un puño pensando en que pudiera aparecer algún ratón.

Nick, por su parte, había alquilado una cámara de vídeo y la había instalado para poder grabar los movimientos del intruso.

Miranda llenó una bolsa con todos los ingredientes que necesitaba para seguir trabajando en sus cosméticos y metió un cazo de cocción lenta.

Incapaz de subir a su dormitorio, fue Nick el que se encargó de su maleta y de traer la crema limpiadora que los libraría del tinte naranja que la mascarilla había dejado en su rostro.

Ella le había dejado a Lilly una nota diciéndole que estaría en Paradise Valley.

–Se va a extrañar de que me haya ido con mi familia –le dijo ella mientras él conducía.

Nick se limitó a encogerse de hombros.

–¿Cuándo irán a cazar los ratones? –continuó ella.

–Mañana.

–¿Y cómo lo harán?

–No lo sé. Les podrán trampas, supongo.

–No los matarán, ¿verdad?

–Por eso los llaman exterminadores, Miranda.

–Pero no podemos permitir que los maten. Tienen que ponerlos en jaulas. Los llamaré para decírselo.

–Miranda.

–Tengo que hacerlo –dijo ella mientras buscaba su teléfono móvil–. ¿A qué empresa has llamado?

Él resopló aparentemente hastiado y se lo dijo.

Así era aquella mujer: insistía en proteger a los animales que más terror le causaban en el mundo. Miranda era el ejemplo más claro que conocía de contradicción pura. Por eso con ella se sentía siempre en una montaña rusa, algo que, o bien acabaría por volverlo loco o por enamorarlo por completo… si es que no lo estaba ya.

# Capítulo Nueve

Una vez en el puerto, Nick ayudó a Miranda a subirse al bote y observó con atención cómo evitaba mojarse con el agua de lluvia que había depositada en los asientos. Estaba totalmente fuera de su elemento.

Era patente que Miranda odiaría la estancia en el barco, y que no haría sino romper su paz y su silencio con un continuo parloteo.

Pero no le importaba. Su necesidad de protegerla era mayor que todo lo demás.

Aquel era el lugar perfecto para mantenerla a salvo. Además, así él podría inspeccionar su apartamento sin que ella apareciera detrás a cada momento y podría volver a Chase Beauty sin que interfiriera.

Nick arrancó el motor fuera borda del bote, ajustó el acelerador y soltó la amarra. Dio un ligero empujón para alejarse del muelle, lo que provocó que el barco se balanceara un poco.

–Si quieres, puedes ponerte un chaleco salvavidas –le dijo, indicando dos chalecos naranja que había bajo los asientos.

–¿Esto? –dijo ella ella al sacar uno de ellos.

Bueno, estaba un poco viejo, pero hacía su función.

–No estamos muy lejos –le dijo él–. Siéntate y sujétate bien.

Cuando viera el retrete químico que tenía el barco, su cara de disgusto se convertiría en una auténtica cara de horror.

Miranda trató de acomodarse y sonrió nerviosamente.

–Esto va a ser como una aventura, ¿verdad?

–Sí, claro –respondió él. Lo estaba intentado, tenía que admitirlo.

Aunque, en el fondo, lo que esperaba era que fuera tan molesta e insidiosa que dejara de gustarle.

El sol se reflejaba sobre la pulida superficie del lago, calentaba sus cabezas y sus hombros con excepcional intensidad. A Nick le resultaba muy agradable, relajante, tranquilizador. Se sentía mejor y las cosas empezaban a cobrar cierto sentido.

Atravesaron el lago hasta acecarse a su destino: Nick´s Lady, su hogar.

–Ahí está –dijo señalando el barco.

Era una nave de color crema, de unos once metros de eslora, con el casco decorado con una raya azul marino. Se veía nueva y bien cuidada. Al verla se dio cuenta de cuánto la había echado de menos.

–¿Ese es tu barco? –preguntó ella abriendo los ojos–. Es muy…

Él esperó a que ella terminara la frase.

–Es muy compacto –concluyó finalmente.

Nick se rio.

–Hay espacio para todo.

–Ya…

Ató el cabo a la cornamusa del barco y se subió a bordo. Miranda le pasó el equipaje y luego la ayudó a embarcar.

Una vez dentro, arrancó el motor y puso rumbo a su lugar favorito, donde fondearon.

–Hay una vista maravillosa –dijo ella.

Nick abrió la puerta de la cabina y entraron dentro.

Miranda se sorprendió de que estuviera tan bien equipado. Tenía un pequeño salón, dormitorio y cocina, todo en un reducido espacio.

–¡Tienes de todo! –dijo ella–. Hay horno, cocina… incluso un microondas, solo que en miniatura.

–Por supuesto –dijo él con orgullo–. ¿Me creías un ermitaño?

Bajó un par de escalones más hacia el sofá.

–Esto es fantástico. Me gusta un montón. Y puedo trabajar perfectamente en esta mesa.

–Me alegro de que te parezca bien –dijo él siguiéndola mientras se encaminaba al dormitorio–. Aquí dormirás tú esta noche.

–¿Y tú?

–Yo dormiré en el sofá –dejó las maletas en el pequeño espacio que había junto a la cama.

–¿Qué es esto? –preguntó ella, sentándose en la cama y tomando una foto que había en la cabecera.

–Es el mar de Cortés, en las costas de México. Son aguas siempre en calma y transparentes como el cristal. Es un lugar paradisíaco.

–¿Ahí es donde quieres ir?

–Sí. Pensar en ese lugar me hizo superar con más rapidez mi convalecencia en el hospital. Hubo momentos en los que creí que no saldría de aquello, pero me decía «voy a ponerme bien, a comprarme ese barco que tanto he deseado y marcharme de aquí».

Le resultó curioso darse cuenta de que aquellas palabras no tenían el mismo impacto en él que tenían días atrás. Lo que había sido una necesidad de huir de su vida y de su pasado, se había convertido en un deseo de compartir con Miranda todo aquello que tanto le satisfacía. Era extraño.

Ella lo miró con un gesto sereno.

–Me alegra que sepas lo que quieres.

¿Realmente lo sabía? Sus palabras despertaron en él una duda hasta entonces inexistente. Miranda lo confundía.

–Así es exactamente como yo me siento con mi trabajo –dijo ella

con un brillo especial en la mirada y un gesto de determinación.

Por muy incomprensible que le resultara a Nick, aquel mundo de la cosmética lo era todo para Miranda: su pasión y su versión de la libertad. Por eso, haría lo que estuviera en su mano para que ella consiguiera su propósito.

–Resolveré el caso, Miranda. No te preocupes.

–No lo estoy –dijo ella–. No mientras te tenga a ti cerca.

Lo miró con una confianza plena. Nick se aseguraría de no decepcionarla.

–Me alegro.

Miranda respiró profundamente.

–La cama huele a ti.

–Lo siento… cambio las sábanas siempre que puedo, pero…

–Huele muy bien –dijo ella–. Llevas un aroma muy particular, un poco antiguo pero muy masculino.

–Old Spice –le dijo él–. Era la colonia que usaba siempre mi padre.

–Sí, es eso a lo que huele. Quizás debería considerar ese tipo de olores para mis productos de hombre. Por cierto, ya casi has recuperado tu color normal.

–Tú también –dijo él estudiando su rostro.

Incluso ligeramente tintada de naranja, aquella mujer estaba preciosa. Le gustaba verla allí, sentada en su cama. Claro que todavía estaría mejor desnuda…

–¿Dónde está el baño?

¡Maldición! Empezaban los problemas. Él señaló un puerta.

–Pensé que eso era un armario –dijo ella, abriendo lentamente. Dentro se encontró una estrecha ducha, un retrete químico y un pequeño lavabo–. Es muy…

–¿Compacto? –preguntó él.

Ella asintió.

–Tiene de todo.

Le explicó cómo funcionaba y ella escuchó atenta, pero no muy convencida de que quisiera utilizarlo.

–Bueno, ahora será mejor que regrese. ¿Estarás bien aquí sola?

–Sí, claro –le aseguró ella–. Trabajaré en mis fórmulas.

–¿Por qué mejor no te relajas leyendo un libro en cubierta? –propuso él. Pero ella lo miró descontenta–. De acuerdo, pero no hagas nada peligroso. No utilices fuego. ¿Has traído tu móvil?

–Sí.

–Si tienes alguna pregunta, llámame. Volveré antes de que anochezca. Traeré algo para la cena y prepararemos un margarita.

–Suena muy bien.

Mientras se alejaba en la barca, no dejaba de mirar hacia atrás,

cosa que nunca antes había hecho. Miranda estaba allí, en cubierta, despidiéndolo con la mano. Él agitó la suya, mientras notaba una extraña sensación en el pecho, un inesperado calor y un ilógico deseo de regresar a su lado.

Miranda observó cómo se alejaba, sintiendo que, a pesar de la separación había una curiosa conexión entre ellos que perduraba a pesar de la distancia. Sintió un reconfortante calor en el pecho.

Saboreó la sensación durante un momento. Luego bajó las escaleras de la cabina dispuesta a trabajar.

Reconoció que estar allí, en el barco de Nick, en aquella diminuta cocina tenía su gracia.

Se concentró en su trabajo y logró crear cinco ejemplos de cremas que colocó como pudo junto al pequeño lavabo de Nick.

Decidió entonces tomar un libro y sentarse en cubierta a descansar un rato.

Muy pronto, la agradable sensación del sol en su rostro empezó a reconfortarla. Pocas veces se tomaba tiempo para relajarse. Notó cómo su ansiedad iba desapareciendo. Se detuvo a observar la naturaleza que la rodeaba.

Sin duda, vivir en un barco sería incómodo y podría hacer que las labores más básicas se convirtieran en una ardua tarea. Pero tenía la compensación de la paz y la tranquilidad que aportaba.

Observó el horizonte y vio cómo poco a poco el sol se iba ocultando. Sintió entonces la excitación de la perspectiva del regreso de Nick. Era absurdo sentir que estaba esperando a su hombre, pero era eso, exactamente, lo que sentía.

Pronto sus expectativas se vieron cumplidas y vio aparecer a Nick en su barca.

En cuestión de unos minutos, subió a bordo y ella no podía ocultar su alegría y su felicidad.

Sin darle apenas tiempo a entrar, comenzó a interrogarlo.

–¿Qué has descubierto? –le preguntó impaciente.

–Lilly ya había regresado cuando llegué a tu casa. Se comportaba normalmente y Charlie me confirmó que no había hecho nada sospechoso. ¿Te ha llamado?

–No. Así que, si no se comporta de un modo extraño, ¿no significa eso que es inocente?

–No necesariamente. Mañana por la mañana visionaré la cinta y veremos si aparece alguien en ella.

–¿Has hablado con Lattimer?

–Fui a su casa, pero no había nadie –dijo él–. Por cierto, encontramos huellas dactilares en el espejo del baño y las he

mandado al laboratorio.

–Así que quizás puedan identificar a la persona.

–Quizás. Me llamarán para darme los resultados.

–¿Qué haremos ahora?

–De momento, cenar y descansar.

–Estupendo. Yo me voy a dar una ducha.

–Toma, aquí está tu ropa –dijo Nick dándole la maleta que había preparado–. Por si no te gusta lo que elegí, te dejo un chándal mío. No es sofisticado, pero sí muy cómodo.

Miranda se lavó rápidamente para no desperdiciar el agua caliente y salió de la pequeña cabina cubierta ligeramente con una toalla.

Abrió la maleta ansiosa por cambiarse y cuál fue su sorpresa al ver el contenido.

Había metido el vestido de fiesta rojo de aquella primera noche juntos, un picardías negro y la ropa interior más escasa que tenía. En una esquina había puesto el cepillo de dientes y unas deportivas. Eso era todo.

–¡Cielo santo! –dijo ella entre molesta y divertida.

–¿Qué sucede? –le preguntó Nick asomando la cabeza.

Le mostró el vestido de seda, mientras se sujetaba como podía la toalla.

–¿Es esto lo que me has traído? ¿En qué estabas pensando? Bueno… me imagino perfectamente en qué estabas pensando.

–¿Cuál es el problema? Te he traído un vestido y ropa interior.

–Pero este es un vestido de noche.

–Bueno, está anocheciendo, ¿no? Y te he traído el cepillo de dientes.

–Algo es algo –dijo ella con una carcajada.

–Nunca me olvido de lo esencial.

–¿Y mi maquillaje? Estaba justo al lado del cepillo de dientes.

–No necesitas maquillaje.

–¿Cómo puedes decirme eso? ¡Mírame!

–Te estoy mirando –dijo él con un tono insinuante.

–Pero…

Sus miradas se encontraron y un intenso calor recorrió a Miranda. Se sentía sensualmente desnuda bajo la escasa toalla. Nerviosa por la situación, rompió voluntariamente la magia del momento.

–Supongo que tendré que resignarme con lo que hay –dijo ella.

No podía dejarse llevar por aquella atracción irracional.

Decidida a acabar con toda su sensualidad, optó por ponerse el enorme chándal que él le había prestado. Con el pelo mojado y el rostro limpio de maquillaje se sentía como una pordiosera.

Al salir a cubierta, se sorprendió de lo que Nick había organizado. Había convertido la cubierta en un encantador lugar para cenar y había preparado una deliciosa ensalada que había colocado en el centro de la mesa.

Vestido con unos vaqueros y una camiseta blanca le pareció el hombre más atractivo que había visto jamás.

Al aproximarse a él le tendió un vaso.

–Su margarita, *madam* –dijo él.

–Gracias –respondió ella–. Esto está increíble.

–Y tenemos además un espectáculo exclusivo todo para nosotros –la tomó del brazo y juntos se giraron hacia el crepúsculo. El sol había teñido el horizonte con la más impresionante gama de rosas, violetas y naranjas.

Ella fijó su atención en Nick, que observaba absorto el cielo. El brillo dorado del sol se reflejaba sobre su rostro, dándole a su piel un brillo único. La tensión había desaparecido de su rostro. Su mirada estaba viva y parecía… feliz.

–Te encanta estar aquí, ¿verdad?

–Mucho –sonrió él, chocó su vaso contra el de ella y se quedó mirándola–. Eres la criatura más hermosa que ha pisado esta nave.

–Anda ya. Seguro que tienes uno montón de mujeres

–Pues no. La verdad es que eres la única mujer que ha subido a bordo.

–Estás bromeando, ¿verdad?

–Este lugar es solo para mí… y ahora para ti.

Miranda sintió que el corazón se le aceleraba. Levantó su copa.

–Salud –dijo ella y dio un trago a su margarita.

–No has hecho el brindis completo: salud, dinero y amor, y el tiempo para gozarlos –completó él.

–¿Eso es lo que tú quieres?

–Veamos… Tengo salud y el suficiente dinero una vez que pague lo que debo. Y seguro que me queda tiempo.

–¿Qué me dices del amor?

–No sé –dijo él con cierta tristeza–. Quizás eso ya sea mucho pedir.

–No lo creo –respondió ella–. Solo porque hayamos tenido mala suerte, no quiere decir que no podamos encontrar el amor. Todo el mundo puede encontrarlo.

–¿Eso crees? –murmuró él y la miró fijamente–. Algo me dice que serías muy perseverante una vez que encontraras el amor.

–Sí, probablemente. La cuestión está en saber con certeza que estoy enamorada.

–Entiendo lo que dices –respondió él–. A veces los sentimientos te confunden o el amor te ciega sobre cosas importantes.

–Ya –dijo ella, pensando si aquel comentario era, en realidad, una advertencia.

–Claro que, otras veces, sencillamente sabes todo lo que tienes que saber –dio un paso y se aproximó a ella. Por primera vez, los ojos de Nick lo decían todo: transmitían calor y un sentimiento profundo.

–¿Tú crees? –preguntó ella.

–Sí, lo creo –dijo él, captando aún con más fuerza su mirada. La necesitaba, pero no era solo deseo, había mucho más. Algo había cambiado. Quizás tenía que ver con aquel lugar que era tan especial para Nick.

Ella también sentía esa misma necesidad. Quería hacerle el amor allí mismo, en el barco y en aquel increíble lugar.

Miranda se bebió el resto del cóctel y le dio el vaso vacío.

–En seguida vuelvo –le dijo.

Nick había hecho todo lo que había estado en su mano para que aquella fuera una noche especial. Ahora le tocaba a ella.

Bajó a la cabina, se quitó el chándal y se puso el vestido de noche. Nick lo había traído por algo. Ella sabía que le encantaba y se lo iba a poner para él.

De vuelta en cubierta, lo encontró en la proa mirando al lago.

Con cuidado, se acercó a él, agarrándose al pasamanos y a los obenques.

Él se volvió al notar su cercanía y abrió los ojos admirado al verla.

–Estás preciosa –le dijo.

–He hecho lo que he podido –llevaba los pies desnudos y el pelo suelto se agitaba con la brisa. Exenta de maquillaje y joyas estaba más hermosa que nunca.

Se aproximó lentamente y lo besó.

–Me vuelves loco con ese vestido –le susurró al oído, mientras sus manos se deslizaban por su cuerpo–. Lo mismo me ocurrió aquella noche.

–Hazme el amor –le susurró al oído–. Tal y como ocurrió aquella noche.

–¿Estás segura?

–Completamente.

La besó y su mano se deslizó hasta su pubis. Ella gimió.

La lengua de él se hizo paso entre sus labios y ella abrió la boca invitándolo a penetrar aún más.

Muy pronto Miranda sintió que su vestido descendía hasta sus pies dejándola completamente desnuda en brazos de Nick.

# Capítulo Diez

Un minuto más tarde, Miranda ya estaba tumbada sobre el suelo del barco, caliente por el sol de todo el día.

Embriagada por el deseo, vio cómo Nick se quitaba la camiseta y dejaba al descubierto su torso musculoso perfectamente esculpido.

Al quitarse los pantalones le mostró que estaba ansioso por poseerla. Luego se acostó junto a ella, mientras su virilidad pujante se apretaba contra su pierna.

–Eres preciosa –le dijo él suavemente y le acarició el rostro, tocándola como si quisiera memorizar su rostro, sus mejillas su boca, sus labios–. Estás mucho mejor sin maquillaje.

–Nick –le susurró ella contra los labios y él la besó apasionadamente.

La boca de Nick viajó hasta sus senos y allí se regocijó con sus pezones erectos, provocándole un placer único.

Entreabrió sus piernas con la mano y susurró su nombre.

–Miranda.

Ella se estremeció con el tacto de sus dedos. Si seguía así, el clímax llegaría demasiado pronto.

Pero hizo exactamente lo que tenía que hacer. Tal y como había ocurrido un año atrás, él parecía leer en su mente qué era lo que quería y necesitaba. Pero sus sentimientos eran más fuertes de lo que habían sido entonces y su conexión más intensa. No quería que aquello acabara nunca.

Cada delicioso tacto la llevaba más cerca del cielo. El orgasmo se aproximaba a toda prisa, a pesar de que ella quería esperar, no quería que nada de aquello concluyera.

Con un gemido violento le rogó que la hiciera suya y él se abrió paso con ansia en su feminidad enardecida. Juntos llegaron a la cumbre del placer y ella gritó con desgarro.

Cuando los espasmos cesaron, se quedaron el uno en brazos del otro, mientras la brisa fresca acariciaba sus cuerpos.

Un pájaro trinaba.

–Parece que tenemos compañía –dijo él refiriéndose al ave y se apartó ligeramente de ella. Enseguida la volvió a abrazar.

–Ha sido tan…

–Fantástico –terminó él.

–Sí, fantástico.

–¿Tanto como la última vez?

–Más, mucho más –dijo ella, con la esperanza de que él sintiera lo mismo.

Él asintió.

–Aquello ocurrió hace mucho tiempo.

–¿Quieres decir que el pasado es el pasado? –preguntó ella, observándolo para averiguar si se arrepentía de lo sucedido.

–Y el presente es el presente. Tenemos que recuperar el tiempo perdido.

Ella sonrió y lo besó aliviada. ¡Se sentía tan bien en sus brazos!

–No puedo creer que esté aquí –murmuró.

–Yo tampoco –respondió él.

Le habría gustado poder preguntarle cómo le hacía sentir su presencia allí, en su reino privado. Habría deseado saber sus sentimientos en general, si le agradaba tenerla de vuelta, si deseaba que se quedara a su lado. Pero entendió que era demasiado pronto, que tenía que darle tiempo a Nick para que él mismo entendiera los mensajes de su corazón. También ella necesitaba conocerlo un poco más.

–¿A tu mujer le gustaba navegar?

Él se tensó y ella se arrepintió inmediatamente de haber hecho la pregunta, pero la sonrisa de Nick la tranquilizó.

–Le gustaba ir en barco, más bien en yate, pero nada de actuar como marinera. En verano, yo solía alquilar ocasionalmente una motora, pero se molestaba si se le mojaba la ropa o si se manchaba.

–Era un poco como yo, ¿verdad? Tú piensas que me parezco, ¿no es cierto?

–¿Esto te preocupa?

Ella asintió.

–Debbie no era mala persona. Tuvo una infancia difícil y supongo que eso marcó su personalidad. Era ambiciosa y le gustaba tener cosas buenas, como a ti. Pero tú eres diferente. Tienes un gran corazón, eres emprendedora y no esperas que los demás te sirvan. Trabajas para alcanzar tus sueños y yo admiro mucho eso.

–¿Aún cuando se trata de un sueño frívolo?

–Lo único que cuenta es que es algo importante para ti y que quieres ayudar a tu familia. Respeto eso.

–Gracias.

Hubo un breve silencio que rompió ella.

–¿Qué te sucedió con Debbie?

–Ella quería más de lo que yo podía darle. Quería que me ascendieran, pero eso significaba dejar la calle y yo no accedí.

–¿De verdad? –preguntó ella en un tono incrédulo.

–De verdad. Ya te dije que era un tipo muy simple.

–Pero también eres un gourmet, te interesa el arte y has leído

mucho. He visto todos los libros que tienes.

–Me interesan algunas cosas, eso es todo. Pero no saques conclusiones. Si no, empezarás a sonar como Debbie –dijo él en un tono ligero.

–De acuerdo –dijo ella–. Sigue con tu historia. Debbie quería que ascendieras y…

–Y encontró a alguien más ambicioso –dijo él con un gesto de dolor.

–¿Cuando todavía estaba contigo?

Él asintió.

–Debiste de sentirte furioso –y herido. Tenía la certeza de que habría sido así, aunque jamás lo reconocería.

–Al principio sí. Pero luego entendí que era lo mejor. Yo no soy el tipo de hombre que deba estar casado. Me gustan la soledad y el silencio, tener mi propio espacio –miró al barco indicando a qué se refería.

–Sin embargo, me has invitado a venir aquí.

–Lo sé. He roto mis propias reglas –sonrió–. Para eso, precisamente, son las reglas, para romperlas. Esta es una ocasión especial.

–Lo es –los dos se comportaban de un modo completamente diferente allí.

–Creo que ha llegado la hora de cenar. Iré por una manta para taparnos.

Bajó las escaleras que llevaban al interior de la cabina y ella se dirigió hacia la mesa, vestida solo con el vendaje que cubría su tobillo.

Pronto regresó con la manta y un par de margaritas. Se sentó al lado de ella y envolvió ambos cuerpos con la gruesa tela.

–Qué sensación tan agradable –dijo ella, al notar sus cuerpos desnudos en contacto protegidos por el cálido ropaje.

Nick puso la ensaladera en el centro y ella pinchó un poco. La lechuga estaba crujiente y fresca, cubierta con un sabroso aderezo.

–Deliciosa –dijo ella, volviéndose hacia él para meterle un trozo en la boca.

Alimentarlo de aquel modo resultaba un gesto tremendamente íntimo.

Compartieron sensualmente la comida y, cuando terminaron, se abrazaron amorosamente.

El robo parecía algo lejano y olvidado. Lo único que sentían era el placer de estar el uno con el otro.

Miranda pensó que nunca antes había estado más feliz.

–Gracias por compartir tu paraíso conmigo –le dijo ella–. Ahora entiendo lo que puedes encontrar en este tipo de vida.

–No has visto nada aún. Espera a que naveguemos.

–¿Vamos a navegar? ¿Esta noche?

–Sí, claro. Es el mejor momento.

Recogieron los restos de la cena y Nick preparó el barco para zarpar. Izó las velas y orzó hasta ceñir el barco, tomando el mejor rumbo para que aprovechara el empuje del viento. La fuerza de este escoró la nave ligeramente hacia un lado.

A la luz de la luna, las velas lo hacía parecer un barco fantasma. La enseñó a amollar y a cazar las velas cuando cambiaban de rumbo e, incluso llegó a decir de ella que era una buena marinera.

El viento se hizo más fuerte y el barco aumentó la marcha, cortando el agua como un cuchillo afilado.

Ella se amedrentó un poco. Pero no le importaba. Estaba feliz, embriagada por el efecto del placer sexual y del tequila.

Se alegraba de que Nick dominara la situación y se sentía segura a su lado.

–¿Te gusta esto?

–Me encanta –respondió ella apretándose contra él y sintiendo una confianza plena y extraña a un tiempo–. Sería maravilloso navegar hasta alejarse de todo –sus propias palabras la sorprendieron–. Olvidarse de la lucha de cada día, vivir el momento, y disfrutar del viento, del agua y de la libertad.

–Y comer comida de lata y aguantar las tormentas –añadió Nick.

–Eso sería parte de la diversión, como una aventura –se apartó de él, saliéndose de la manta que los envolvía y extendió los brazos sintiéndose como Eva en el Paraíso.

–Ten cuidado con el tobillo –el advirtió él.

Ella se movió para apoyarse mejor en la pierna sana, pero perdió el equilibrio. Nick la sujetó y soltó una carcajada.

–Creo que es el tequila el que habla.

–No, de verdad. No estoy borracha. Lo digo en serio.

Nick volvió a reírse, pero ella notó cierta satisfacción en su sonrisa. Le gustaban sus palabras.

Nick la sentó y la acurrucó en sus brazos y ella notó el latido de su corazón y se sintió segura. No le importaba su negocio, ni tenía ganas de seguir luchando. Si Nick estaba a su lado eso era lo único que necesitaba.

Poco a poco se fue relajando, hasta que una pesada somnolencia se adueñó de ella.

Nick la dejó momentáneamente reposando en la bañera del barco, arrió las velas y fondeó.

La llevó en brazos, medio dormida, al interior de la cabina y la besó suavemente en la mejilla. La observó durante unos minutos. Parecía una princesa yaciendo en su cama, con el pelo revuelto

alrededor de su rostro. Sin maquillaje estaba más hermosa que nunca: no había falsedad ni fingimiento. Debbie solía decir que tenía que ponerse la máscara, como si asumiera que su verdadero «yo» no fuera adecuado. Quizás ver a Miranda tan devota a un mundo de falsedad lo preocupaba. Pero Miranda no era Debbie.

«Sería maravilloso navegar hasta alejarse de todo», recordó las palabras de ella y sonrió. Claro que no le gustaría vivir en un barco, pero le había sorprendido gratamente que tuviera un pensamiento como aquel. Y la verdad era que no era mala marinera, aprendería rápido el funcionamiento de las velas, de las drizas y de las escotas.

De pronto, agitó la cabeza. ¿Es que se estaba volviendo loco? ¿Miranda viviendo en un barco? Era impensable.

La principal diferencia entre ellos la había descrito ella. Para Miranda aquello solo era una aventura. Para Nick era un modo de vida.

La pregunta que se tenía que hacer era si realmente era aquel modo de vida el que seguía queriendo. Estaba disfrutando de verdad aquel trabajo de investigación con ella, aunque no tanto como para volver a la policía. Sí reconocía, no obstante, que todo aquello le había quitado de encima algunas pesadas sensaciones que lo habían acompañado desde que había recibido los disparos.

Estar con Miranda hacía que la vida recobrara un nuevo sentido. Quizás no fuera más que sexo. Sí, seguramente sería eso. No se había acostado con nadie desde hacía meses. Y lo que Miranda y él tenían era extraordinario sexo.

Recordar sus labios, sus senos, su cuerpo caliente hizo que la deseara otra vez. Estaba a punto de caer en la tentación de meterse con ella en la cama, cuando sonó el teléfono móvil. Era Charlie. Había entrado en el apartamento de Miranda mientras Lilly estaba fuera y había cambiado la cinta. Había visto la anterior y no había encontrado nada extraño. Lilly había recogido los restos de crema que Miranda había dejado en la cocina, había metido el frasco en la nevera y se había marchado. Nada extraño.

Nick colgó el teléfono y miró de nuevo a su invitada. Le había prometido resolver aquel caso pero, hasta entonces, no había solucionado nada.

Se tumbó junto a ella, demasiado preocupado como para hacerle el amor. Cruzó las manos bajo la nuca y se quedó observando la luz que había sobre su cabeza. Estaba convencido de que Lilly escondía algo. Quizás no era más que una buena actriz. Quizás apareciera actuando de un modo realmente incriminatorio en la siguiente cinta. Por la mañana, registraría todas las habitaciones de la casa para ver si encontraba algo sospechoso.

Miranda gimió y apoyó la cabeza sobre su pecho.

Nick se sintió bien, muy bien.

Una serie de sonidos inclasificables despertaron a Miranda a la mañana siguiente.

Movió la lengua y la sintió seca. Había bebido tequila. El tequila le daba siempre dolor de cabeza.

Abrió los ojos y sintió que un rayo de luz la cegaba. Alzó la cabeza pero se golpeó con algo y al girar se dio con la rodilla contra el lateral del barco.

–¡Ay!

Se sentó y miró a Nick que estaba preparando una tortilla.

Miranda tenía tal resaca, que no podía ni apreciar lo guapo que estaba.

–¡Buenos días! –dijo él.

–No son precisamente buenos para mí –dijo ella–. El tequila me da dolor de cabeza.

–Lo siento –sacó la tortilla al plato.

Luego, se dirigió hacia ella y se sentó en la cama, haciendo que el colchón rebotara.

–¡Despacio! –le rogó ella.

–Buenos días otra vez –dijo él aproximándose a ella para cubrir su boca con un beso lujurioso.

Ella se apartó.

–¡Me huele mal el aliento!

Él sonrió y se encogió de hombros.

–Es normal tener mal aliento por la mañana. Dentro de un rato se te pasará.

Volvió a besarla y ella notó que él olía a una mezcla de menta, café y jabón. Seguramente, se habría duchado.

Ella se apartó de nuevo.

–Al menos deja que me lave los dientes.

–No puede ser. Tengo el tiempo justo para hacerte el amor, comerme el desayuno y salir corriendo –se quitó los pantalones y la besó de nuevo–. Umm... Sabes muy bien.

–¿Cómo que tienes el tiempo justo? ¿Y yo? Yo me voy contigo

Él continuó besándola.

–Yo también quiero volver a la ciudad. Tengo que trabajar.

–Puedes trabajar aquí.

–No, no puedo.

Él deslizó su boca hasta su estómago desnudo acercándose peligrosamente a su feminidad.

De pronto, Miranda vio un gran insecto volador que se encaminaba hacia ella. Era largo y tenía dos cabezas. Se golpeó

contra su brazo.

–¡Ah! –gritó y se apartó de Nick, golpeándose la cabeza contra el techo.

–¿Qué pasa? –preguntó Nick.

Ella señaló el amenazador insecto que volaba de un lado a otro.

–Pero si no es más que una libélula –dijo Nick–. Bueno, más bien son dos, que están haciendo lo que nosotros habíamos empezado, solo que con más suerte –se aproximó a ella y la besó de nuevo.

–No –dijo ella, que empezaba a sentir un poco de claustrofobia en aquel espacio tan confinado. Le dolía la cabeza y se sentía incómoda–. ¿Cómo puedes soportar un sitio tan pequeño?

–No hace falta más para lo que yo tengo en mente –deslizó un dedo por entre sus piernas.

–No hasta que se me quite este dolor de cabeza.

Nick se detuvo y la miró fijamente.

–De acuerdo. Quizás más tarde –su gesto fue de clara decepción.

Miranda sintió pánico y deseó haberse podido retractar de lo dicho. Acababa de fallar en una importante prueba.

–Lo siento. No me encuentro bien, Nick. Quiero ir a casa a ver si todo está en orden y podemos volver a estar juntos en mejores circunstancias.

–Sí, claro –dijo él con una sonrisa forzada–. Saca unos pantalones cortos y una camiseta de mi armario y sube a desayunar.

Ella se levantó y se metió en el diminuto baño a asearse. Al mirarse en el espejo se espantó de la imagen que vio allí. No podía entender que Nick le dijera que estaba guapa.

De pronto recordó cómo la noche anterior, sumida en los vapores del sexo y del alcohol, le había dicho a Nick que le gustaría escaparse de todo en aquel barco. ¿Huir de su vida? ¿En qué había estado pensando? Le encantaba su vida. Y, aunque así no hubiera sido, aquel era el último lugar en el que quería estar. Con la luz de la mañana, el barco le pareció un lugar sucio, donde, además, olía al agua del lago. No podía soportar aquel reducido espacio, pasarse todo el tiempo llevando ropa enorme y tener que ducharse en aquel ridículo baño.

Salió a cubierta una vez vestida y lavada y se sentó enfrente de Nick.

Vio su vestido rojo descuidadamente tirado en un rincón, arrugado y sucio.

Notó su propio olor a alcohol viejo y decidió que lo que realmente habría deseado en aquel momento era una ducha, ropa limpia y una plancha.

El lago que la noche anterior le había parecido tan hermoso y romántico, se le hacía frío, duro e implacable.

Nick, al contrario que ella, era la viva imagen de la salud. Parecía calmado, despierto, relajado y contento, a pesar de que no quisiera mirarla mientras le servía el café. Sin duda su negativa y sus quejas lo habían herido.

Lo sentía mucho, pero la verdad era que se estaba como un pez fuera del agua en aquel barco. Lo único que quería era volver a casa.

–Gracias –dijo ella cuando él le dio la taza.

–Deberías comer algo. Eso te ayudará con el dolor de cabeza.

La noche anterior, sus almas habían estado tan unidas que las había sentido como una sola. Pero, de pronto, eran como dos extraños. ¿Acaso la magia de la noche se había debido solo al deseo de escapar de la vida real durante unas pocas horas? ¿Al sexo y al tequila?

Pinchó con el tenedor un poco de huevo revuelto y se lo metió en la boca.

–Está delicioso.

Él asintió sin levantar la vista de su plato.

–Charlie llamó anoche y me dijo que no encontró nada extraño en la cinta. Quizás la nueva nos diga algo. Necesito registrar la habitación de Lilly, ver si encuentro algo.

Nick estaba completamente distinto, como si lo sucedido la noche anterior no significara nada.

Ella no respondió. Se limitó a ayudarlo a recoger los platos, tratando de recordar cómo habían sido las cosas entre ellos unas horas atrás. Luego agarró su vestido de noche, metió sus cosas en la pequeña maleta que Nick le había traído y salió de nuevo a cubierta.

–¿Lo tienes todo? –le preguntó él.

–Sí –«todo excepto a ti», pensó ella. Se le había escapado. No había signo alguno en su rostro de que hubieran yacido juntos, de que hubieran intercambiado palabras de amor.

–Siento haber sido tan desagradable antes –dijo ella–. Es que…

–No estás en tu elemento –terminó la frase por ella–. Lo sé. Te llevaré de vuelta a la civilización y te sentirás mejor.

–Yo…

–Escucha, lo de anoche fue estupendo, dejémoslo así –se inclinó sobre ella y la besó, un beso sincero, profundo y cálido, pero muy corto, que significaba «este es el final de la historia»–. ¿De acuerdo?

–Claro –dijo ella con el corazón dolorido.

Miranda recopiló todas sus cosas y se montaron en la barca que habría de llevarlos al muelle.

Nick arrancó el fueraborda y se alejaron del Nick's Lady. Miranda sintió entonces unas profundas ganas de llorar. Deseó una

segunda oportunidad para volver a sentir lo que había sentido la noche anterior.

Pero pronto se dijo que no era más que un sueño baldío, que se empeñaba en creer que había entre Nick y ella más de lo que realmente había.

Apartó la vista del barco y se concentró en lo que le esperaba. Pronto se alegraría de estar de vuelta en su casa y en su vida. Allí era donde debía estar.

# Capítulo Once

Para cuando llegaron al apartamento, Miranda ya había conseguido centrarse en el caso y en su trabajo. Era más seguro que pensar en Nick y en lo que acabaría su historia con él.

Llamaría a Raul y a un distribuidor que conocía a fondo la industria. Luego probaría en su propio rostro algunas de las nuevas cremas rejuvenecedoras que estaba preparando.

Esperaba poder llegar al ascensor sin que nadie la viera.

Pero, nada más entrar al portal se encontró con Estelle Moody.

–¡Cielo santo! ¿Qué te ha pasado? Vente conmigo, esto es una emergencia –dijo la peluquera evaluando su estado.

Miranda no tenía tiempo para esas cosas.

–Tengo que hacer unas cuantas llamadas, Estelle. Ahora no puedo –le dijo, aunque no sabía cuándo iba a poder.

–No tardes. Corres el riesgo de que se te abran las puntas.

Estaban a punto de subir, cuando una voz los detuvo.

–¡Un momento!

Nick pulsó el botón para abrir las puertas e Irene Faraday se apresuró a entrar con su perro, Dexter. Miró a Miranda de arriba abajo.

–¿Qué le ha hecho a esta pobre muchacha, señor Ryder? Se supone que el amor embellece, no estropea.

–He pasado la noche en un barco –le explicó Miranda.

–¿Y por eso te vistes ahora como una pordiosera? El gris no te queda bien. Si a esto añadimos lo de las ratas…

–No eran ratas, sino ratones. Pero, ¿cómo lo sabe?

–Los exterminadores estuvieron aquí toda la mañana con esas sofisticadas trampas que usan. A mí me era indiferente, pero Dexter ha pasado mucho miedo.

–Lo siento de verdad, señora Faraday, pero nada de esto ha sido culpa mía. Alguien está tratando de asustarme.

–Harold Burroughs, el propietario del edificio, está protestando mucho sobre todos esos inconvenientes que estás provocando.

–¿De verdad? –odiaba causarle problemas a sus vecinos.

–¿Y has oído las últimas noticias?

–¿Qué noticias? –preguntó Miranda no sin cierto temor.

–Los Lattimer se divorcian. Roscoe, el de la agencia de viajes, me dijo que la señora Lattimer había reservado un viaje con un hombre que no era el señor Lattimer.

–¡Guau!

–Al día siguiente Billy Bailey, el vecino, oyó que el matrimonio tenía una terrible pelea.

Miranda miró a Nick de reojo. Ambos sabían muy bien quién era el misterioso hombre con quien Leonore Lattimer se iba a marchar. Al menos sabían cómo gemía.

El ascensor se detuvo pero, antes de salir, la señora Faraday se dirigió a Nick.

–Cuide un poco mejor de nuestra Miranda, señor Ryder.

–Lo intentaré.

La mujer lo señaló con el dedo.

–No lo intente, hágalo.

Tan pronto como se cerró la puerta, Nick y Miranda soltaron una carcajada.

–¡Me habría encantado estar encerrada en el armario para haber podido escuchar aquella pelea!

–¡A mí también! –respondió él. Pero, al darse cuenta de que la situación había suavizado la distancia que él había impuesto, dio marcha atrás y cambió de tema–. Espero que encontremos algo útil en tu apartamento.

Miranda esperaba sentirse aliviada una vez en casa pero, en lugar de eso, sintió miedo. Sus ojos se movían de un lado a otro buscando movimientos furtivos, escuchando si había algo extraño.

–¿Y si no consiguieron llevárselos todos? –dijo ella con un nudo en la garganta.

–Seguro que lo hicieron. Pero ven aquí –le pasó un brazo por el hombro.

–Me estoy comportando como una necia, lo sé. Son solo ratones.

–Yo estoy a tu lado –le dijo él–. No voy a permitir que ningún roedor te haga daño.

Ella sintió su fuerte y reconfortante brazo como una tabla de salvamento.

–¿Qué voy a hacer contigo, Miranda?

«Amarme», pensó ella, pero no pudo decirlo.

–Darme otra oportunidad. Me he puesto muy tonta cuando estaba en el barco.

–No sé si esa es una opción inteligente –respondió él, pero ella notó que no quería darse por vencido tampoco–. Demos una vuelta por la casa para comprobar que todos los ratones se han ido.

Ella asintió.

Entraron en la cocina y encontraron una nota de Lilly.

*He recogido todo y he guardado la muestra que habías preparado. Deberías ser más precavida. Iré a Chase después de clase. Volveré a eso*

*de las seis.*

–No suena como alguien que quiere robarme –dijo Miranda.

–Ya veremos.

No parecía haber ratones en ninguna parte, pero a Miranda se le aceleró el corazón cuando empezaron a subir las escaleras.

–Entraré yo primero –dijo Nick al llegar al dormitorio.

–¿Está todo bien? –preguntó ella.

–Dame un segundo.

Miranda no podía quedarse fuera como una necia, así que decidió entrar. Su habitación estaba hermosa como siempre, pero se estremeció al pensar que podría haber ratones debajo de su cama.

Vio que Nick estaba en el baño, limpiando los restos del mensaje y los polvos con los que habían tomado las huellas.

–Ya está –dijo él al cabo de un rato.

–Gracias –respondió ella.

–¿Por qué no te cambias de ropa mientras yo veo la cinta e inspecciono la casa a ver si encuentro algo?

Antes de meterse en la ducha, llamó por teléfono y dejó un mensaje para Raul y para el distribuidor. Ninguno de los dos podría llamarla antes de dos horas.

En cuanto sintió el agua caliente caer por su cuerpo se sintió mucho mejor. Pronto pensó en lo maravilloso que sería poder volver a hacer el amor con Nick.

Quizás podrían tomarse un descanso en algún momento y volver al punto en que lo dejaron con el episodio de las libélulas.

Quería hacer algo especial para recuperar a Nick otra vez.

Nick se encaminó hacia la habitación de Lilly sin poder dejar de pensar en Miranda. La deseaba y mucho. Pero el pequeño incidente de la mañana había sido una clara señal de alerta que debía escuchar antes de que le ocurriera lo mismo que con Debbie.

Quizás Miranda no fuera igual, pero se parecía demasiado y él sentía que se estaba enamorando.

A partir de aquel momento, se limitaría a ayudarla con su caso, pero no volvería a acostarse con ella.

Nick entró en la habitación y se dirigió directamente al escritorio.

Abrió los cajones y encontró solo papel de oficina, algunas facturas y el bolígrafo con el que había estado jugando el día que la interrogó, y que tenía el logo de un hotel, el Hermosa Inn. Estaba apoyado sobre un cuaderno y Lilly parecía haber estado escribiendo una carta.

Estaba a punto de mirar en la papelera en busca de alguna pista, cuando notó que el tapete de la mesa parecía abultado en una parte. Lo levantó y encontró unos papeles.

Eran una serie de folletos, algunas hojas de cuentas y lo que parecía un informe financiero sobre el estado de tres compañías de cosméticos que Miranda le había nombrado.

Así que Lilly estaba informándose sobre lo que hacía la competencia. Eso no la condenaba directamente, pero sí levantaba sospechas. ¿Por qué escondía toda aquella información?

Nick tomó los papeles y salió dispuesto a enseñárselos a Miranda.

Pero al llegar al pasillo, escuchó el dulce susurro de una música y olió un suave aroma a rosas. A sus pies, había creado un camino de pétalos.

Siguió la pista que conducía hasta su dormitorio y allí se la encontró, tendida en la cama, en una pose sensual y vestida con un transparente camisón blanco. Se había maquillado ligeramente.

Estaba tratando de seducirlo y la verdad era que lo estaba consiguiendo.

Su capacidad de pensar se desvaneció y su promesa de no volver a hacerle el amor se evaporó. El deseo estaba a punto de tomar las riendas de sus acciones… y lo hizo.

Atrapó su boca con ansia y la sintió perfecta y familiar. Sus dedos se deslizaron por debajo de la fina tela que la cubría y ella creyó enloquecer con su tacto.

–Estás tan caliente, tan preparada para mí –le murmuró Nick al oído.

Ella asintió y descendió la mano hasta acariciar su virilidad a través del pantalón. Él gimió.

–Quiero estar dentro de ti.

–Sí, por favor, sí.

Él se despojó de su ropa y sin esperar más le hizo el amor.

El clímax fue intenso y largo, llevándolos a experimentar un placer nuevo.

Luego, el uno en brazos del otro, disfrutaron de la calma que sigue a la tempestad.

–Miranda…

–No me digas que no sabes lo que vas a hacer conmigo, porque yo no puedo darte una respuesta.

Él se incorporó y la miró fijamente.

–Sé exactamente lo que quiero hacer contigo.

Se dirigió al baño y llenó la bañera añadiéndolo una mezcla aromática de jazmín y ylang-ylang que ella tenía junto a los grifos.

La tomó en sus brazos y la llevó hasta allí. Juntos compartieron

el lujurioso contacto del agua caliente sobre sus cuerpos.

Media hora más tarde, Nick jabonaba suavemente los pechos de Miranda.

–Creo que esa parte la tengo ya muy limpia.

–Cuando uno hace un trabajo, debe hacerlo a conciencia.

–Me parece bien.

–Esto es estupendo –dijo él observando cómo el jabón se deslizaba por la palma de su mano.

–Mi mundo también ofrece ciertas ventajas, ¿no crees?

–La mayor de ellas es poder estar contigo.

Lo miró directamente a los ojos y sintió algo muy intenso y totalmente nuevo. Pero sabía lo que era. Estaba enamorada de Nick.

–Nick, yo… –el sentimiento era tan fuerte que casi lo dijo espontáneamente. Pero en el último momento se contuvo–. Estoy muy a gusto contigo.

–Yo también contigo –respondió él.

¿Significaría eso que él también la amaba? No podía saberlo y tampoco tenías las fuerzas suficientes para preguntárselo. Lo que sí sabía era que necesitaba más tiempo para conocer mejor aquel nuevo sentimiento.

–Hacer el amor contigo es siempre algo muy especial.

–Yo siento lo mismo. Además, formamos un buen equipo para otras cosas también.

–¿Qué vamos a hacer al respecto?

Él frunció el ceño al deducir lo que le estaba preguntando.

–Yo acabaré por irme a la costa, como ya te dije.

–Sí, claro –dijo ella y apoyó la cabeza en su pecho para ocultar su decepción.

–Pero eso no tiene por qué ser de inmediato –dijo él.

–¿De verdad? –ella se incorporó y lo miró con una amplísima sonrisa.

–Ya veremos lo que sucede –dijo él y la besó dulcemente.

Las cosas se estaban poniendo interesantes, cuando Nick se apartó de ella y, bruscamente, le empujó la cabeza dentro del agua.

Ella sacó la cabeza de inmediato tosiendo.

–¿Estás tratando de ahogarme?

–Necesitaba que bajaras la cabeza –dijo él mirando por encima de su hombro.

–¿Qué? –se volvió a mirar.

–¡No…!

Lo había visto. Había un ratón justo detrás de ella, arrugando la nariz.

–No grites, por favor, yo lo atraparé –le dijo él. Salió del agua y, al tratar de alcanzar al roedor, se resbaló en el mármol y cayó al

suelo, golpeándose ligeramente la cabeza con el borde de la bañera.

–¡Ay! –gimió él, tocándose primero la cabeza y luego el tobillo.

–¿Estás bien? –le preguntó ella.

–Sí, lo estoy –le dijo él entre dientes.

Mientras tanto el maldito ratón estaba allí, riéndose de ellos.

Eso fue definitivo para que, llevada por un impulso irracional, Miranda agarrara un bote y atrapara a la criatura.

–¡Lo tengo!

–¡Fantástico! –dijo él, pero, al levantarse, notó un fuerte dolor al apoyar el pie.

–Espera un minuto –dijo ella–. Necesitas que te ponga hielo.

–No, estoy bien –dijo Nick marchándose a pata coja.

–¿Adónde vas?

–Tengo que comprobar algo –dijo él, mientras se ponía la ropa.

–Espera un momento. Iré contigo.

–Relájate. Volveré enseguida.

Confusa ante tan repentino cambio de humor, Miranda se levantó y se quedó allí de pie, desnuda y mojada, viendo cómo se alejaba de ella.

Nick se encaminó a toda prisa a la habitación de Lilly. Había visto algo que podía resolver el misterio.

Al golpearse la cabeza con la bañera, una serie de imágenes fugaces le habían hecho darse cuenta de cosas en las que no había reparado antes.

El bolígrafo con el que Lilly había estado jugando durante su entrevista tenía impreso el logo de un hotel, Hermosa Inn. Reconoció la misma imagen en las cerillas que Theo Chase había utilizado para encenderse el cigarrillo.

Lilly y el hermano de Miranda habían estado en el mismo hotel. Había algo entre ellos y tenía que averiguar de qué se trataba.

Por la disposición de las cosas en el escritorio, Lilly había estado escribiendo una carta. La pregunta era a quién y por qué.

Observó el cuaderno con detenimiento. Si pasaba un lápiz sobre la hoja que había quedado, podría leer lo que se había escrito en la de encima. Pero no necesitó hacer eso, porque encontró en la papelera dos bolas de papel arrugado. La segunda era la más completa.

*Querido Theo:*

*No podemos seguir así. La nueva línea de belleza que está creando Miranda es su vida y también la mía. Si descubre lo que está ocurriendo, yo…*

Así que eso era. Lilly y el hermano de Miranda lo habían preparado todo, pero la ayudante se estaba arrepintiendo. Nick sintió un escalofrío. La idea de que a Miranda la estuvieran traicionando le provocaba un ansia tremenda de protegerla y vengarla.

Pero no podría decírselo a ella hasta que no estuviera completamente seguro y tuviera pruebas. Sabía exactamente dónde conseguir esas pruebas: en Chase Beauty. Donde, por la hora que era, probablemente Lilly y Theo estarían juntos aún.

Nick subió al dormitorio.

–Tengo que irme –le dijo, terminando de vestirse a toda prisa–. Necesito resolver algo.

–Quiero ir contigo –respondió ella.

–No tardaré. Quiero que te quedes aquí y, si vuelve Lilly, no le digas nada, pero entretenla para que no se vaya.

Sin esperar una respuesta, Nick bajó las escaleras sobre una pierna, pues tenía el tobillo aún muy dolorido.

Al llegar abajo, el teléfono sonó. Era uno de los detectives. Las huellas dactilares encontradas correspondían a Thad Tims, un raterillo con una larga lista de detenciones. Anotó su nombre. Una vez que la policía lo atrapara, podría demostrar su vinculación con Lilly y Theo. Seguramente lo habrían contratado para que asustara a Miranda.

–Nick –lo llamó Miranda desde la cima de la escalera–. Llévate las muletas. Están en el armario de la entrada.

Él le hizo un gesto de que lo dejara.

–Te recuerdo que un tobillo torcido requiere reposo. Al menos llévate las muletas.

–¡De acuerdo, de acuerdo! –dijo él, haciendo lo que le pedía–. ¿Ya estás contenta?

Miranda asintió y él salió de la casa.

Le perturbaba enormemente lo que ella iba a tener que pasar si sus sospechas eran ciertas. Pero ella le había pedido que resolviera el caso y eso era, exactamente, lo que iba a hacer.

Miranda acababa de entrar en su laboratorio dispuesta a ponerse a trabajar, cuando oyó que la puerta se abría.

–¿Nick?

–No, soy Lilly –los tacones de la mujer repiquetearon por el pasillo, hasta que asomó la cabeza por la puerta de la cocina. Estaba realmente pálida.

–¿Qué sucede?

–Necesito hablar contigo –le dijo Lilly.

–¿Sobre qué?

–Sobre la nueva línea de cosméticos que has creado.

–¿Qué pasa? –nunca había visto a Lilly tan nerviosa.

–Creo que deberíamos abandonar Chase Beauty.

–¿De qué estás hablando?

–Llevo algún tiempo pensando en ello. Podríamos crear nuestra propia empresa. Chase Beauty está cambiando. Y con todo lo que está sucediendo, lo del robo y las amenazas de L`Mage…

–¿Qué te hace pensar que fue L`Mage? –dijo Miranda extrañada.

–Por lo del espejo. Estelle me dijo lo que habían escrito y con qué color.

–¿Cómo sabía Estelle todo eso?

–¿No se lo dijiste tú?

–Claro que no. Yo no se lo he dicho a nadie. La policía, Nick y yo fuimos los únicos que vimos el espejo. Y la persona que lo hizo, claro está.

–¿Hablaste con Charlie? Quizás él se lo dijera.

–¿Qué sabe Charlie sobre colores de barras de labios?

–No lo sé –Lilly frunció el ceño y agitó la cabeza–. Pero sobre lo que yo quería hablar era la posibilidad de crear nuestra propia empresa. He estado dándole vueltas y he pensado incluso en un nombre: Madre Naturaleza. Sería perfecto.

–Eso es una locura. ¿Por qué iba a dejar Chase Beauty?

–Porque está cambiando y no creo que tus productos vayan a encajar ahí –dijo ella con la mirada brillante–. Estelle tiene unas fantásticas ideas. Podríamos trabajar desde su salón.

–Lilly, ¿qué me estás ocultando?

Lilly se quedó en silencio, mirándola fijamente. En ese momento, sonó el teléfono. Era uno de los detectives del caso, preguntando por Nick. Escuchó atenta lo que tenía que decirle y colgó.

–Ya saben quién es el muchacho que entró aquí. Se llama Thad Tims. Dicen que están a punto de atraparlo.

–¿Thad Tims? Ese es el sobrino de Estelle.

–¿Su sobrino?

–¡Dios santo! –dijo Lilly–. ¿Estelle? ¿Cómo puede ser y por qué?

–Solo hay un modo de averiguarlo –dijo Miranda agarrando sus llaves–. Vamos a la peluquería.

Nick pasó de largo el escritorio de la secretaria, haciendo caso omiso a sus quejas, y entró directamente en el despacho de Theo Chase.

–¿Qué demonios…?

Chase se puso de pie.

–¿Dónde está Lilly? –preguntó Nick–. Tengo que hablar con los dos.

–Se acaba de marchar. ¿A qué viene todo esto?

–Vamos, Chase, no juegue conmigo. Sé lo que hay entre Lilly y usted.

–¿Qué se supone que sabe? –preguntó Chase con un tono inseguro y culpabilizador.

–Lo primero, que se acuesta con ella –los ojos de Chase parpadearon involuntariamente y Nick supo que había dado en el clavo–. Para hundir a Miranda.

Chase lo miró confuso.

–Eso es ridículo. Lo que haya entre Lilly y yo no es asunto suyo. Y no tiene nada que ver con Miranda.

–Si puede hacerle daño, es asunto mío. ¡Es su hermana, por favor! ¿Cómo ha podido hacerle algo así, sabiendo lo que ella siente hacia los ratones?

–¿De qué está hablando? ¿Qué ratones?

–Usted contrató a ese muchacho para que le llenara el baño de ratones y para que escribiera esas amenazadoras palabras en el espejo.

–No sé de qué está hablando.

–Claro que lo sabe. He encontrado una carta de Lilly…

–¡Deje a Lilly fuera de todo esto! No sé nada de ratones ni de amenazas, pero no necesito ese tipo de presiones para detener a Miranda. Eso ya ha ocurrido, pero no es asunto suyo.

–¿Qué?

–Su línea de productos no se va a aceptar, el consejo ya ha tomado la decisión. Se la comunicaremos en la próxima reunión.

Nick se quedó atónito, y lo miró fijamente. ¿Estaba diciendo la verdad?

–¿Qué piensa su padre sobre todo esto? Él apoya a Miranda.

–Mi padre vive en el pasado, pero es un hombre de negocios y sabe que esto es lo mejor.

Aquel tipo parecía realmente orgulloso de poder quitarse a Miranda de en medio.

–Sé que tiene algo que ver con todo este asunto, por mucho que se haga el inocente. Así que será mejor que aclare las cosas.

Mientras Nick se encaminaba hacia la puerta, Chase lo llamó.

–Hay mucho trabajo en la empresa para mi hermana. Le irá bien –cuando Nick se volvió a mirarlo, añadió–. No se preocupe por ella, Ryder.

–Es mi trabajo.

Chase sonrió.

–Venga, hombre. Está claro que es mucho más que trabajo. Tiene aspecto de querer tirarme ahora mismo por esa ventana.

–Eso es exactamente lo que querría hacer.

–Escuche, puede que usted crea conocer a Miranda, pero me temo que se está equivocando. Lo que busca lo encontrará solo cerca de casa.

–Me parece que es usted quien no la conoce.

–Se lo digo por su propio bien.

Lo que se leía entre líneas era un claro mensaje: «Usted no es lo suficientemente bueno para mi hermana». Pero lo que Nick veía era que era Theo Chase el que no daba la talla.

Nick condujo hasta el apartamento de Miranda dispuesto a enfrentarse con Lilly, pero durante el camino no pudo dejar de pensar en lo que Chase había dicho. ¿Sería verdad?

Si realmente habían tomado la decisión de no sacar su línea de productos, Miranda se sentiría hundida, capturara o no a los culpables del robo.

Para Nick todo aquello era un sin sentido. Miranda no necesitaba aquella vida absurda y superficial para ser feliz. Ojalá pudiera hacérselo ver. Quizás si se la llevara con él una temporada, ella acabaría por entenderlo.

¿Era eso lo que él quería, pasar más tiempo a su lado? Sí, claro que sí. Lo que había entre ellos era mucho más que una relación de trabajo o de amantes. Estaba enamorado de ella. Era un sentimiento que no tenía nada que ver con lo que había sentido por Debbie.

Pero, ¿estaba ella enamorada de él? Quizás. ¿Qué deberían hacer al respecto?

Puede que aquel desastre le diera a Miranda la oportunidad de recapacitar y, tal vez, quisiera marcharse con él. A lo mejor, lo que había dicho en el barco en el fondo fuera verdad.

Estaba seguro de que a Miranda le encantaría el mar de Cortés. Allí podría aprender a disfrutar de las cosas simples.

Sin embargo, quedaba una pregunta pendiente. ¿Y él? ¿Realmente la quería a su lado día y noche durante todos los días de su vida?

No tenía todas las respuestas claras.

Solo había una cosa que sí sabía a ciencia cierta y era que Miranda iba a sentirse traicionada y dolida con todo aquel asunto. Iba a necesitar su ayuda para superarlo y él estaba dispuesto a seguir a su lado, sin importarle lo que eso implicara.

# Capítulo Doce

Cuando Nick entró en el portal del edificio vio que Charlie estaba hablando con Estelle, así que tomó directamente el ascensor y subió hasta el último piso.

Miranda abrió la puerta. Lilly estaba justo detrás de ella.

–Hemos resuelto el caso, Nick –dijo Miranda muy contenta–. Sabemos quién es el ladrón.

–¿De verdad? –no parecía en absoluto perturbada y Lilly tampoco.

–La policía viene de camino –continuó Miranda–. Se ha descubierto a sí misma.

–Al menos has hecho lo que debías –le dijo Nick a Lilly–. Porque tu novio lo ha negado todo.

–¿Mi qué?

–¿Por qué estás hablándole así a Lilly? –preguntó Miranda. Se volvió hacia su ayudante–. ¿Qué novio?

–Me parece increíble que te hayas estado aprovechando de la mujer que te ha dado tanto –la culpó Nick.

Miranda tenía la sensación de estar viendo una película de la que no sabía el hilo argumental. Nick estaba acusando a Lilly y esta se había quedado pálida como una pared.

–Nick, ya está bien –dijo Miranda–. La policía no viene por Lilly, sino por Estelle Moody, la peluquera. Ella y Burroughs querían echarme del edificio. Estelle sabía muchos detalles de mi trabajo por Lilly –de pronto se volvió hacia Lilly–. ¿Qué novio?

–¿Qué te prometió Theo? –le preguntó Nick–. ¿Un buen puesto, mucho dinero?

–¿Theo? –Miranda miró a su ayudante que cada vez estaba más pálida. Parte de lo que Nick decía era verdad–. ¿De qué está hablando, Lilly?

Lilly bajó la cabeza.

–Quería contártelo, pero todo se ha ido complicando de tal modo, por lo que ha ocurrido en Chase, por lo del robo…

–Lo siento, Miranda, pero no todo el mundo es tan honesto como tú. Hay gente que no tiene principios.

Lilly alzó la vista con fuerza.

–¡Cállate de una vez! No sabes ni entiendes nada. Si no fueras tan cabezota, escucharías por una vez y te enterarías de la verdad –le dijo a Nick. Luego miró a Miranda–. He estado viendo a Theo.

–¿De verdad?

–Sé que puede parecer una locura. Nosotros… la verdad es que ocurrió y no sé muy bien cómo –se le llenaron los ojos de lágrimas–. No sé cómo. No era mi intención, pero sucedió.

–¿Por qué no me lo contaste? –preguntó Miranda confusa. Le resultaba difícil entender que Lilly se hubiera enamorado y más aún de su hermano.

–Sé que es estúpido y que no puede durar. Tu hermano y yo procedemos de mundos diferentes…

–Pero si lo quieres realmente, puede funcionar –dijo Miranda.

–¿Y la carta? –preguntó Nick–. Vi una carta en la papelera en la que le decías a Chase que teníais que parar…

Lilly lo miró conmocionada.

–¡Has estado registrando mis cosas! –se volvió hacia Miranda ignorándolo por completo–. Creí que lo mejor era que dejáramos de vernos por todo lo que estaba sucediendo. Theo quería cambiar las directrices de la empresa e invertir en otro tipo de negocios. Yo traté de convencerlo de que estaba equivocado, pero ha hecho caso omiso. Ha conseguido que el consejo apruebe su plan y que den el no a tu nueva línea de productos.

–¿Qué? –dijo Miranda desconcertada.

–Pero no pasa nada. Podemos separarnos y crear nuestra propia compañía –dijo Lilly.

–¡No puedo creerme todo esto! ¿Por qué no me lo has dicho antes? Hablaré con Theo. Debería haberme mantenido al día de los planes de empresa inmediatos que tenía mi hermano.

–Los beneficios son su mayor preocupación. Los directivos están nerviosos por las pérdidas del año pasado.

–Tranquilízate, Miranda –intervino Nick, dándole unas palmadas en la espalda para mostrarle su apoyo–. Lo que yo quiero saber es cómo sabías que el ladrón era Tims.

–Un detective llamó mientras tú no estabas. En el momento en que nos dio el nombre, Lilly recordó que era el sobrino de Estelle. Eso era lo que tratábamos de contarte –le dijo Miranda, con la mente confusa por tantas noticias–. Cuéntaselo tú, Lilly.

–Burroughs es el propietario del edificio. Al parecer, Estelle se enteró de que quería vender el edificio y de que tenía un problema con el contrato de Miranda. Le pidió a Burroughs una buena cantidad y se comprometió a disuadir a Miranda para que se fuera.

–¿Quería dinero?

–Para abrir un nuevo salón de belleza –dijo Lilly–. Su idea fue conseguir dos cosas de una sola vez. Quería, además, que Miranda produjera sus cosméticos en exclusiva para ella, tenerla como socia. Sabía muchas cosas sobre ella porque yo se las había contado.

Jamás se me habría ocurrido pensar que podría llegar a hacer nada tan descabellado.

–No te preocupes, Lilly, sé que no fue culpa tuya.

–¿Y Tims?

–Estelle sabía que acababa de salir de la cárcel, así que lo contrató para que asustara a Miranda.

–¿Y lo de la caja fuerte?

–Es un ladrón. No se pudo resistir.

Nick no parecía muy convencido de que aquella fuera la versión verdadera de la historia. A Miranda le resultaba increíble que todavía sospechara de su ayudante.

–Puedes bajar e interrogarla tú mismo. Charlie la tiene en custodia hasta que llegue la policía.

–Sí, me gustaría hacerlo –dijo Nick–. Cuando vuelva, hablaremos. Superarás esto.

Lilly se marchó a su habitación y Miranda se quedó sola en mitad de su hermoso apartamento con la mente confusa.

No había habido ningún competidor tratando de conseguir su fórmula, solo se había tratado de un nimio sabotaje de aficionados.

Lo único cierto era que su compañía la estaba dejando fuera de juego.

No. No iba a permitir que eso sucediera.

Miranda agarró el teléfono y le ordenó a la secretaria de Theo que lo interrumpiera.

–¿Qué demonios crees que estás haciendo impidiendo que mi línea salga al mercado?

–Iba a hablar contigo sobre eso la próxima semana, Miranda. Vamos a cambiar la estrategia de empresa.

–¿Otra estrategia? ¿Qué otra estrategia? La única posible es la que tenemos: vender buenos productos a un precio razonable.

–Estás fuera de onda, Miranda. Eres de la vieja escuela, como papá…

–¿De qué va todo esto? ¿Se trata de «papá te quiere más a ti»?

–Claro que no. Tengo la aprobación de los socios y directivos.

–Lo que tienes es un ego demasiado grande. Eres mi hermano, y te quiero, pero nunca me escuchas. Sé que desprecias mi trabajo y no puedo hacer nada contra eso. Pero te aseguro que no voy a permitir que juegues neciamente con la compañía.

–Cálmate. Podemos discutir esto razonablemente.

–Que esté enfadada no significa que no sea razonable.

–Miranda…

–No uses ese tono paternalista conmigo, Theo. Me has subestimado. Ahora vas a entender que tengo mucho que decir en Chase Beauty y que no voy a permitir que arruines la empresa.

Estaré allí en unos minutos.

Colgó y se preparó para ir a la compañía, dispuesta a batallar. Se llevaría las muestras ya preparadas para poder presentarlas allí. Lo primero que haría sería hablar con su padre. Luego trataría con los directivos más veteranos, los que estaban allí desde los inicios. Iría uno a uno abriéndoles los ojos sobre el error que estaban a punto de cometer.

Cuando bajaba por el ascensor, recordó que Nick le había dicho que quería hablar con ella. ¿De qué se trataría? ¿Acaso iba a decirle que estaba enamorado de ella? Eso sería fantástico por un lado, pero por otro tenía un extraño sentimiento que le impedía celebrarlo. Su actitud y el tono que había usado con Lilly le habían revuelto el estómago.

Entró en la peluquería para decirle a Nick que hablarían cuando ella regresara. Lo encontró hablando con uno de los detectives del caso.

–Miranda –dijo al verla aparecer.

–Siento interrumpir.

–No pasa nada –se excusó ante el oficial y se apartaron hasta una esquina del salón de belleza–. Tenías razón. Al parecer Lilly es inocente y tu hermano solo es culpable de ser un impresentable.

Allí estaba ese tono otra vez, inquisitorial y acusatorio.

A Miranda se le encogió el estómago.

–Solo quería decirte que ya hablaremos cuando vuelva.

–¿A dónde vas?

–Tengo que ver a mi padre.

–¿Por qué?

–Para resolver todo esto.

–¿Estás segura de que eso es lo que quieres? Verás, he estado pensando sobre nosotros. Ahora que las cosas han cambiado para ti, quizás ha llegado el momento de que te replantees tu vida, de que hagas algo diferente con ella.

–¿Algo diferente? Yo no quiero hacer algo diferente. Me encanta mi trabajo.

–Miranda, este no es el mejor sitio para hablar –dijo él, mirando de un lado a otro. En una parte del salón estaba un detective tomando declaración a Estelle y enfrente otro tomándosela a Burroughs. Los vecinos se habían congregado ante la puerta–. Ven –le dijo, llevándola a un lugar aún más apartado.

–¿Qué otra cosa podría querer hacer?

–Estar conmigo.

–¿Te refieres a tu barco?

Él asintió.

–¡Oh, Nick! Eso es maravilloso y generoso por tu parte –le estaba

pidiendo que compartiera su pequeño cielo. Eso debía significar que la amaba. Pero la confesión no podía llegar en peor momento–. Quizás después de que solucione esta crisis podríamos hacer un viaje.

Él la miró fijamente, con cierta tensión en la cara.

–¿Y si no se tratara de solo un viaje, sino de algo definitivo, de que dejaras el mundo de la cosmética?

–¿Dejarlo? No puedo dejarlo. Es mi vida.

–¿No crees que puede haber cosas mejores? En realidad no quieres trabajar para Chase Beauty. Ese lugar no es para ti. No necesitas tener que lidiar con necios como tu hermano.

A Miranda el corazón se le encogió.

–Mi hermano será un necio, como tú dices, pero no deja de ser mi hermano. Puede que en ocasiones haga las cosas mal, pero no es por malicia. ¿Por qué te empeñas siempre en pensar lo peor de la gente?

–Veo a la gente tal y como es.

–Yo no lo creo –en ese instante se dio cuenta de qué era lo que le había estado molestando de Nick–. Tenías un gesto absolutamente triunfante cuando entraste por la puerta acusando a mi hermano y Lilly.

–Solo estaba contento de haber resuelto el caso.

–Y ahora estás claramente decepcionado porque son inocentes.

–Entiéndelo. Yo pensé que los había desenmascarado. Tienes que admitir que las evidencias los apuntaban a ellos como culpables.

–¿Las evidencias? Esas evidencias han estado en tu cabeza desde el principio. Sospechabas de Lilly y creo que también de mi hermano antes incluso de que empezaras a investigar. Lo que has estado haciendo ha sido tratar de demostrar que había algo malo en la gente a la que yo quiero.

–Estaba atento por temor a que te ocurriera algo. Eres demasiado confiada.

–Y tú demasiado cínico. Piensas que todo el mundo oculta algo.

–El mundo es un lugar duro en el que tienes que estar siempre vigilante –dijo él.

–También es un lugar hermoso.

–Tienes que ser realista. No puedes ver las cosas a través de un cristal rosa siempre, Miranda.

Por primera vez se dio cuenta de que tenía parte de razón, porque había estado viendo su relación a través de ese cristal rosa del que hablaba. La atracción y el amor que sentía por él la habían cegado respecto a sus diferencias.

–Ni siquiera respetas lo que hago.

–¿Qué quieres decir? Yo te respeto, ya te lo dije. Te respeto

tanto que te estoy pidiendo que te vengas conmigo. ¿No es eso más importante que un poco de crema para la cara?

–Tú piensas que lo que yo hago no es más que un capricho como podría haber sido cualquier otro.

–Tú misma me dijiste anoche que te gustaría venirte conmigo.

–Eso fue anoche, en el calor del momento y porque estaba…

–Bebida –afirmó él secamente–. Sí, estabas borracha. Fue eso.

–¿Y tú? ¿Es que no estás huyendo del mundo porque no es el lugar perfecto que quieres que sea? ¿No te parece que eso es tremendamente infantil?

–No es justo que digas eso.

–Sí que lo es. Te dispararon y eso te asustó, tu mujer te hizo daño y eso también te asustó. Es por todo eso por lo que quieres huir. Pero sé que has disfrutado trabajando en este caso. Quizás si te quedaras por aquí encontrarías más cosas que te gustan.

–¿Cómo qué? ¿Vacaciones esquiando en la montaña, mercado de valores en alza? Nunca seré ese tipo de hombre.

–No tienes por qué serlo. Pero, ¿qué hay de malo con tener cosas buenas? A ti te gustan la comida y el arte. No sé por qué te empeñas en fingir que eres un tipo simple.

–Soy un tipo simple.

–Lo que trato de decirte es que tus opciones no son mejores que las mías. Te podrías quedar. Seguro que encontraríamos un trabajo para ti.

–¿Un trabajo? ¿Qué trabajo? ¿De portero en Chase Beauty? No me interesa –dijo él.

–Nick, no seas así –no podía ponerse a discutir en aquel momento. Nick le había pedido que se fuera con ella pero, ¿cómo iba a hacerlo? Eso significaría abandonar todo lo que había construido, todo lo que la había convertido en la persona que era, alguien a quien Nick ni comprendía ni respetaba, por mucho que él dijera.

Tenía que irse de allí, para poder solucionar cada cosa a su tiempo.

–Ya hablaremos más tarde, cuando pueda pensar con claridad. Ahora me tengo que ir.

–No lo hagas –le rogó él.

–Tengo que hacerlo –lo amaba, pero tenía que poner en orden su vida de nuevo. Si el también la amaba a ella, lo comprendería.

Sintió una extraña sensación de alivio mientras se alejaba de él, como si estuviera huyendo de algo tremendamente peligroso.

Miranda miró el reloj. Nick estaba a punto de llegar. Habían

pasado dos semanas desde su último encuentro en la peluquería de Estelle, cuando le había pedido que se fuera con él.

Finalmente, iban a reunirse para hablar.

Ella había estado muy ocupada con la crisis en Chase Beauty, pero esta no había sido la única razón por la que no se habían visto.

Nick había estado frío y distante en el teléfono cada vez que hablaban. Sin duda le había herido que ella le hubiera dado un «no» por respuesta. Era comprensible, pero también era una evidencia de lo distintos que eran. Si la hubiera conocido, admirado y respetado, habría sido el primero en apoyarla.

Quería pedirle disculpas y hacerle entender que su decisión no implicaba que no lo quisiera.

Ella quería que las cosas funcionaran, pero no a cualquier precio, eso estaba claro. Así había sido con Chase Beauty. Había conseguido negociar hasta obtener lo que quería. Con Nick haría lo mismo.

Abrió la puerta con el corazón acelerado, segundos después de que sonara el timbre.

–Nick –dijo ella con la respiración entrecortada.

–Miranda –sus ojos estaban opacos y su gesto era ilegible, inescrutable. Volvía a ser el policía de antes, extraño, distante.

Ella lo abrazó, pero él se apartó.

–¿Cómo estás? –le preguntó él entrando en la casa con la cojera que le había causado la caída en el baño.

–Yo estoy muy bien –respondió ella.

–Ya lo veo –dijo él, y su mirada revivió durante unos segundos, cayendo momentos después en el letargo de antes.

–¿Y tú? Veo que cojeas.

Él se encogió de hombros.

–Deberías haber hecho reposo –dijo ella, pero no persiguió el tema, al ver que no era bienvenido el comentario–. ¿Qué tal estás, aparte de eso?

–He estado ocupado, trabajando con un amigo en un restaurante.

–Eso está bien.

–Sí –dijo él sin mucho entusiasmo y cambió de tema–. Me he encontrado a la señora Faraday en el ascensor. Parece que la comunidad se ha unido.

–Sí, estamos creando una asociación. Estoy pensando en ser la presidenta.

–Lo harías muy bien.

–Gracias –dijo ella. ¿No había cierto tono crítico en su voz?–. Vamos a restaurar el edificio.

–Así que todo ha ido bien en Chase Beauty, ¿no? –preguntó

directamente él.

Ella le contó sus planes, tratando de parecer relajada.

Nick asentía ocasionalmente, sonriendo de vez en cuando.

–Las cosas han salido finalmente como esperabas. Me alegro.

–No todo –dijo ella–. Te echo de menos, Nick.

–¿De verdad?

–Tenía la esperanza de que pudiéramos intentarlo de nuevo. Los dos dijimos cosas…

–Cosas ciertas, Miranda –la interrumpió–. Vemos el mundo de formas diferentes y no queremos lo mismo de la vida.

–Pero…

–Me alegro de haberte podido ayudar, aunque realmente no me habrías necesitado. Resolviste el caso tú sola.

–Sí te necesité. De no haber sido por ti, no habría…

–Olvídalo, Miranda. No hagamos de todo esto más de lo que fue.

¿Y qué fue? Esa era la pregunta. No se atrevía a preguntárselo, porque no quería oír que no había sido más que química y tentación pasajera. Lo intentaría una vez más.

–¿Quieres decir que ya no hay nada entre nosotros?

–Nunca hubo un «nosotros». Me necesitaste en un par de ocasiones. Eso es todo. Quizás los dos queríamos algo más, pero no lo hay.

Si estaba decidido a acabar con todo allí mismo, no importaba lo que ella intentara. Era un hombre muy tozudo.

–Supongo que tienes razón: nunca hubo un «nosotros» –dijo ella.

–Bien. Por fin estamos de acuerdo en algo –dijo él con una carcajada cínica.

Miranda no podía creerse que se tomara aquello a broma.

–Nick…

–Lo siento. Sé que no tiene gracia –dijo él con un gesto dolorido–. Será mejor que me vaya.

Ella habría deseado retenerlo, pero no había lugar. Lo acompañó hasta la puerta.

–¿Cuándo te marchas al mar de Cortés?

–Cuando tenga dinero suficiente. Le prometí a Ricardo que trabajaría para él durante una temporada. Pero me gustaría irme pronto… cuanto antes.

Él no le dio un beso de despedida, ni siquiera la rozó.

–Que tengas una buena vida –dijo y se marchó.

No había lugar en la vida de Miranda para él. Por eso no había intentado retenerlo. Lo había necesitado en su momento, pero ese momento había pasado.

Él le había ofrecido su vida y ella la había rechazado.

Se montó en su jeep tratando de ignorar el modo en que su olor se había quedado prendido en sus sentidos.

Era tarde cuando llegó al Nick's Lady.

Agarró una cerveza fría, se tumbó en la cama y tomó la foto del mar de Cortés, para poder conjurar su pasión por marcharse allí. Pero el océano le pareció triste, la arena fría. Todo parecía carente de vida. ¿Acaso Miranda tenía razón? ¿Estaba huyendo de todo?

Sí, había disfrutado trabajando en su caso, aparte del placer de tenerla cerca. No quería volver a la policía, ese era un capítulo acabado y cerrado de su vida. Pero tenía que admitir que no estaba seguro de que lo único que quisiera para el futuro fuera navegar. Quería una existencia sencilla, pero claro que le gustaban las cosas buenas, el arte y los museos. Le encantaría trabajar en un restaurante.

Miranda le había dado la vuelta a su vida y a las ilusiones que había ido construyéndose durante un año. Se había enamorado de ella y había perdido la capacidad de ver con claridad lo que quería.

De pronto, el barco le parecía un lugar pequeño y claustrofóbico. ¿Es que el colchón estaba demasiado viejo? Golpeó la almohada y se la acomodó bajo la cabeza. ¡Maldición! Otra vez aquel maldito olor de Miranda. Había conseguido romper su paz, arruinar sus sueños y maldecir su barco.

# Capítulo Trece

–Lo siento, –les dijo Miranda a la señora Faraday y a Nadine Morris.

Las tres estaban tosiendo con toallas colocadas delante de la cara, en el descansillo del edificio.

Hacía una semana que Nick y ella se habían dado el adiós definitivo.

–Me he distraído y el agua se consumió demasiado rápido.

La verdad era que había encontrado un calcetín bajo la cama y se había quedado transida y soñadora con la mente centrada en él. ¡Solo por un calcetín! Realmente, no estaba en sus cabales.

–Al menos esta vez huele a rosas –dijo la señora Faraday.

–Lo siento de verdad –repitió Miranda–. Muy pronto trasladaré mi laboratorio a Chase Beauty. Necesito trabajar en la fábrica.

–Me alegro porque, de no ser tú la presidenta de la casa, tendríamos que echarte de aquí –dijo Irene. Luego se quedó observándola unos segundos–. Deberías llamar a Nick Ryder. Incluso con la cara naranja y aquella ropa gris de pordiosera tenías mejor aspecto del que tienes ahora. ¿No es verdad que tiene mal aspecto? –se volvió hacía Nadine.

–Ha pasado por momentos mejores, no cabe duda.

–Todo irá bien. Estas cosas tardan su tiempo –dijo Miranda, sorprendida de la percepción tan aguda que Irene Faraday tenía de las cosas.

–Estás enamorada, querida mía. Si dejas que se te escape, nunca te lo perdonarás.

–Créeme –añadió Nadine–. Es muy difícil encontrar un hombre como ese hoy en día.

–Os agradezco el consejo –dijo ella.

¿Tendrían razón? Quizás fuera así, pero, ¿qué podía hacer ella? Nick se había dado por vencido y ella no podía obligarlo a cambiar de opinión. Era muy testarudo.

Charlie salió del apartamento con el extintor en la mano.

–Miranda, creo que vas a tener que cambiar la cocina.

–Lo sé, ha sido una estupidez. Perdí la noción del tiempo.

Nadine e Irene volvieron a su juego de póquer una vez que la diversión hubo terminado.

Charlie le dio unas palmaditas en el hombro y la miró con tanta ternura que hizo que se le llenaran los ojos de lágrimas.

–¿Por qué no le das a Nick otra oportunidad?

–No fui yo la que lo dejó, Charlie. Fue Nick el que…

–Tonterías –respondió él agitando la cabeza de un lado a otro–. Seguro que si dejarais ese ridículo orgullo a un lado podríais aclarar las cosas.

En cuanto Charlie se marchó, Miranda regresó a su trabajo, sin poder quitarse de la cabeza las palabras oídas.

–¡Cielo santo! ¿Qué ha sucedido aquí? –preguntó Lilly, entrando en la cocina.

–No puse agua suficiente para cocer las rosas…

–Déjame que te ayude –Lilly agarró un estropajo y se puso a limpiar–. Jamás pensé que llegaría a decir lo que te voy a decir, pero me gustaría que pudieras arreglar las cosas con Nick. Así podrías centrarte un poco.

–Pero si ni siquiera te cae bien, Lilly.

–No soy yo la que está enamorada de él.

Miranda soltó una dolorida carcajada.

–¡Pues sí que me ha hecho bien el amor!

–¿No fuiste tú la que me dijo que cuando se ama a alguien se puede hacer funcionar las cosas?

–Sí, pero…

–Tenías razón –le dijo Lilly.

Miranda la miró fijamente.

–¿Ha ocurrido algo con Theo?

–Parece que se van resolviendo las cosas –respondió la asistente–. No está todo perfecto aún, pero parece que vamos encontrando el camino.

–¡Eso es maravilloso, Lilly! –le dijo Miranda y le dio un abrazo.

–Lo sé. Es tan extraño… La verdad es que nunca pensé que él me pudiera querer de verdad. Pero al parecer, así es. ¿Por qué no escuchas tu propio consejo y tratas de hacer que las cosas funcionen también en tu caso? Anda, llámalo. Mientras yo iré a hacer otro pedido de pétalos de rosa.

Miranda se quedó en mitad de la cocina, pensando. ¿Debía arriesgarse a llamarlo? Le tenía miedo. Nick era tan cabezota que, probablemente, se negaría a admitir lo que sentía.

No, no podía llamarlo, sería demasiado humillante.

Lo que necesitaba era verlo cara a cara. Solo así podría captar su atención, remover sus sentimientos. Y sabía exactamente cómo conseguirlo…

–¿No te resulta suficiente ese nuevo trabajo en el restaurante de Ricardo? –le preguntó Charlie a Nick, mientras este rociaba un

soufflé con chocolate derretido.

–Estoy experimentando con algo nuevo –respondió evasivamente Nick.

–¿Algo nuevo? Aquí no hay nada nuevo, solo un montón de sartenes que limpiar, como siempre que cocinas en mi casa –protestó Charlie–. Nick, ¿por qué no aceptas la oferta de Ricardo?

Su amigo le había ofrecido un puesto como chef jefe en un nuevo restaurante que iba a abrir.

–No voy a estar por aquí el tiempo suficiente.

–Venga, hombre. Te conozco y sé que, realmente, no quieres marcharte en ese barco. Lo que te pasa es que piensas que debes hacerlo por principios, para demostrarle algo a Miranda.

–Eso no es verdad.

Charlie farfulló entre dientes y luego le dijo:

–¿Sabes cuál es tu problema?

–No, pero seguro que tú vas a decírmelo.

–Tienes que darle a la gente una oportunidad. Ser policía te ha endurecido demasiado, como me ocurrió a mí. Fue mi Mary, que en paz descanse, la que me enseñó a verlo. No todo el mundo tiene malas intenciones, amigo mío.

–Eso lo sé.

–Entonces, deja de comportarte como un idiota y admite que la amas. Ella está esperando que se lo digas.

–¿Miranda? Lo dudo.

–Te aseguro que sí. Me lo dijo.

–¿Te lo dijo? –salpicó la encimera de chocolate. El corazón comenzó a latirle a toda prisa.

–Indirectamente. Esa mujer te echa tanto de menos, que casi quema el edificio.

–¡Vamos, Charlie! Eso no necesariamente significa algo –Nick recuperó su pulso normal–. No todo el mundo encuentra su alma gemela como te ocurrió a ti con Mary. Miranda pertenece a un mundo totalmente diferente al mío y del que yo no formo parte. Ya estuve en una situación similar y no quiero que me ocurra otra vez. Jamás podría complacerla y no haría sino tratar de cambiarme.

Charlie le lanzó una mirada crítica.

–¡De acuerdo, de acuerdo! –Miranda no era como Debbie y él lo sabía. Pero ella no iba a poder evitar tratar de convertirlo en el hombre que quería que fuera. No necesitaba nada de aquello.

Aunque tenía que confesar que a veces, por las noches, tenía tentaciones de intentarlo.

Al día siguiente, al recoger el correo del buzón del muelle,

encontró una carta con el logo de Chase Beauty. Lo abrió. Dentro había una nota y un cheque.

*Aquí tienes tu billete al mar de Cortés.*

Le había dicho claramente que no quería dinero. Pero aquella maldita mujer nunca lo escuchaba. No sabía si trataba de ayudarlo o de librarse de él. En cualquier caso, jamás aceptaría dinero de ella.

Estaba a punto de romper el cheque, pero se detuvo. Iba a decirle lo que pensaba de ella. No podía comprar todo lo que quería.

Se encaminó directamente a su casa y, una vez que hubo dejado el coche en el aparcamiento del edificio, subió directamente al piso de ella, sin pasar a ver a Charlie.

Se aproximó a la puerta dispuesto a llamar, cuando, de pronto, vio que estaba abierta.

Entró sin tocar al timbre y recorrió el pasillo atraído por el ruido. Se encontró a Miranda en la cocina, con la rodilla apoyada sobre el pecho de un adolescente delgaducho, mientras lo ahogaba con un difusor.

–¡Ya está bien! –dijo el muchacho atragantado.

–¿Cómo te atreves a volver a entrar aquí otra vez? –le gritó ella.

–He traído… las cosas –dijo tosiendo.

–¿Qué sucede aquí?

Miranda levantó el rostro.

–¡Nick! –dijo aliviada–. Este es Thad Tims, el ratero que me robó la fórmula y las joyas.

–¡Quítemela de encima, por favor! –le rogó Thad–. He venido a devolverle las cosas. Mire en la bolsa.

Viendo que Miranda lo tenía controlado, abrió la bolsa que él le señalaba y encontró un montón de joyas.

–¿Me vas a devolver las cosas? –preguntó Miranda sorprendida.

–Todo, menos un par de cosas que vendí. Ahora, por favor, suélteme –corrió a esconderse cerca de Nick–. ¡Ayúdeme, se lo pido!

–Creo que lo mejor será que escuches a la dama.

–¿Me estás diciendo que estás arrepentido y que me devuelves lo robado?

–Más o menos.

–Porque, si es así, podemos solucionar esto…

–Bueno, yo…

Miranda no le dejó terminar. En cuestión de segundos le dijo al joven delincuente cuáles eran sus planes para él. Trabajos en la comunidad de su edificio serían la solución para enmendar a Thad.

A Nick se le derretía el corazón oyéndola hablar. No podía dejar escapar a alguien así. Simplemente, hacía que se sintiera vivo. Le había tocado un punto muy sensible y sabía que su vida estaría vacía sin ella.

Llamaron a la policía y, cuando llegó, el muchacho casi pareció aliviado al ver que se la quitaban de las manos.

–Creo que deberías considerar la posibilidad de entrar en el cuerpo de policía –le dijo él.

–Esa es tu especialidad –dijo ella con un brillo tal en la mirada que decía a gritos que se alegraba de verlo.

Era un comienzo.

¿Y a partir de ahí qué? No tuvo tiempo de pensar lo que iba a decir, porque las palabras salieron atropelladamente de su boca.

–Te quiero, Miranda, y no puedo vivir sin ti.

–¡Nick! –gritó ella e hizo un amago de lanzarse a sus brazos. Pero él la retuvo.

–Un momento. Hay algunas cosas que tenemos que tratar.

–Sí, claro, lo que sea.

Él se metió la mano en el bolsillo y sacó el cheque.

–Esto, por ejemplo –lo partió en dos–. Ha sido una mala idea. Yo no quiero que me vayas dando dinero. Yo pago mis cosas. Nadie me mantiene.

–Lo sé.

–¿Lo sabes?

–¿Por qué te crees que te lo he enviado? Sabía que si venías a recriminarme por ello, sería porque aún teníamos alguna oportunidad.

–¿Me has tendido una trampa?

–Exacto. He aprendido de un maestro extraordinario: tú. Además, eres tan cabezota que este era el único modo de traerte a mí.

–¿Yo soy cabezota? ¿Y tú?

–Lo admito, yo también lo soy. Pero, por favor, no empecemos otra vez.

–Tienes razón. Los dos somos tremendamente tercos.

Ella lo tomó de la mano y lo invitó a sentarse en el sofá.

–He estado pensando mucho sobre lo que nos ha ocurrido.

–¿Sí?

–Y tengo un plan.

–¡Cielo santo, no! –dijo él haciendo un cómico gesto de desesperación–. ¡Otro plan no! A menos que haya un armario de por medio. Entonces… –su tono se hizo sensual.

–¡Estoy hablando en serio! Según lo que yo veo, para que lo nuestro funcione tenemos que comprometernos un poco. Lo primero

es que, cuando logre recuperar el control en Chase, nada dice que no pueda trabajar desde el pacífico. Solo que necesitaré un poco más de espacio…

–Miranda, escucha…

–No quiero decir que tengas que vender el Nick's Lady, solo ampliar un poco el área de la cocina.

Nick tuvo que contener la risa.

–Uno no puede ampliar la cocina de un barco, Miranda.

–Bueno, tenemos la opción de otro barco…

–Escúchame antes de seguir –le puso el dedo sobre los labios–. Me he dado cuenta de que no necesito irme al Pacífico en un barco para ser feliz. Solo te necesito a ti. Podemos hacer largos viajes, eso es todo. Pero me voy a quedar aquí. Ricardo me ha ofrecido un puesto como chef y, quién sabe, quizás pueda llegar a abrir mi propio restaurante.

–¡Eso sería maravilloso! –dijo ella tan emocionada que apenas si podía hablar.

Él observó encantado la calidez de aquel bello rostro que resplandecía de amor.

Por primera vez en su vida, Miranda había entendido qué era lo que buscaba en un hombre, y lo tenía allí, junto a ella en el sofá.

–Pero hay una cosa en la que voy a insistir –dijo Nick.

–¿Qué?

–Nos vamos a casar en el Nick's Lady al atardecer.

–¿Casarnos? Un momento –dijo ella con el corazón acelerado–. Se te está olvidando algo, Nick.

–No es negociable –dijo él con firmeza–. Yo ya estoy cediendo en muchas cosas…

Ella le tapó la boca con la mano.

–Calla un poco. Lo único que tengo que objetar es que no me lo has preguntado.

–¿Preguntarte qué?

–Preguntarme si me quiero casar contigo, ni me has prometido amor eterno y todas esas cosas.

–¡Ya, claro! –dijo él ruborizándose y se aclaró la garganta. Con sumo cuidado porque todavía le dolía el tobillo, se arrodilló ante ella–. Miranda, te amo con toda mi alma. Eres la única mujer a la que deseo. ¿Te quieres casar conmigo?

A ella se le puso un nudo tan grande en la garganta que, de pronto, no podía ni hablar.

–Dime que sí, por favor, me estás matando con tu silencio.

Ella asintió con los ojos llenos de lágrimas.

–Te quiero, Nick.

Se dieron un largo y glorioso beso y Miranda supo entonces que

lograrían unir sus vidas para hacer una mezcla perfecta que durara para siempre.